

Historia de Chile
1808 - 1994

Historia de Chile
1808-1994

SIMON COLLIER
Universidad Vanderbilt, Nashville, Tenn.

WILLIAM F. SATER
Universidad del Estado de California, Long Beach

*

Traducción de
MILENA GRASS

 CAMBRIDGE
UNIVERSITY PRESS

PUBLICADO POR THE PRESS SYNDICATE OF THE UNIVERSITY OF CAMBRIDGE
The Pitt Building, Trumpington Street, Cambridge, United Kingdom

CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS

The Edinburgh Building, Cambridge CB2 2RU, UK

<http://www.cup.cam.ac.uk>

40 West 20th Street, New York, NY 10011-4211, USA

<http://www.cup.org>

10 Stamford Road, Oakleigh, Melbourne 3166, Australia

Ruiz de Alarcón, 13, 28014 Madrid, España

Título original *A History of Chile, 1808–1994* (ISBN 0-521-56827-7)

publicado por Cambridge University Press 1996

© Cambridge University Press 1996

Edición y adaptación española como *Historia de Chile (1808–1994)*

Primera edición 1998

Primera reimpresión, octubre 1999

© Cambridge University Press, Madrid 1999

© Traducción española, Milena Grass, 1998

ISBN 84 8323 033 X rústica

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Producción: Fotomecánica y fotocomposición ANORMI, S.L.

Compuesto en Garamond Narrow 10 pt, en QuarkXPress™

Impreso en España por C+I, S.L.

Depósito legal: M-42492-1999

In memoriam

Harold Blakemore

(1930–1991)

Nuestro amigo. Amigo de Chile

Índice

<i>Prefacio</i>	9
<i>Nota geográfica</i>	12
Primera parte. Nacimiento de una nación-Estado	15
1 Las bases coloniales, 1540-1810.....	17
2 La Independencia, 1808-1830.....	40
3 El nuevo orden conservador, 1830-1841.....	56
Segunda parte. El auge de una República	73
4 Tiempo de progreso, 1831-1886.....	75
5 El impulso liberal, 1841-1876.....	102
6 La crisis y la guerra, 1876-1883.....	119
Tercera parte. La era del satélite	139
7 El periodo parlamentario, 1882-1920.....	141
8 El León y la mula, 1920-1938.....	183
Cuarta parte. El desarrollo industrial y el nacimiento de la política de masas	209
9 Los radicales, el general de la esperanza y el hijo del León, 1938-1964.....	211
10 El impulso industrial, 1930-1964.....	231
Quinta parte. Democracia y dictadura	263
11 Revolución en libertad, 1964-1970.....	265
12 La vía chilena hacia el socialismo, 1970-1973.....	284

13 Los años de Pinochet.....	307
Iniciales y acrónimos	333
Bibliografía	335
Índice de nombres.....	349
Índice de contenidos.....	357

Prefacio*

Este libro es una versión abreviada de nuestro *A History of Chile, 1808–1994*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996. Con el objetivo de reducir esta versión, hemos eliminado muchas explicaciones útiles e, incluso, indispensables para los lectores anglosajones, pero mucho menos necesarias para los lectores del mundo hispanohablante. Habría que señalar, también, que algunos detalles que aparecen en la versión en lengua inglesa con la idea de amenizar un relato relativamente largo se han sacrificado para llegar a una simplificación del texto. Creemos, no obstante, que un ochenta por ciento de nuestro relato original se ha conservado en el libro actual, el cual ofrece nuestra visión de la historia de Chile en la época «nacional», es decir, en la época comprendida entre la Independencia y mediados de la última década del siglo xx.

Nuestra fórmula fundamental al redactar el libro fue combinar una narración básica de la historia política del país con una serie de descripciones y análisis de su trayectoria económica y social. A lo largo del libro hemos intentado realizar «bosquejos panorámicos» de la economía y de la sociedad chilenas en tres épocas distintas: a mediados del siglo xx (capítulo 4), la época parlamentaria (parte del capítulo 7) y mediados del siglo xx (capítulo 10). En los demás capítulos, hay secciones sobre la dimensión socioeconómica que acompañan la narración política. Nuestros lectores podrán juzgar si este esquema les parece adecuado.

La tarea de escribir la historia de Chile es algo que, en lo fundamental, corresponde a los estudiosos chilenos. No tenemos duda alguna al respecto. Lo único que dos estudiosos foráneos —en este caso, un inglés y un norteamericano— podemos ofrecer es una aportación un tanto diferente, una visión de la historia chilena «desde fuera», si se quiere. Sin embargo, nuestras conexiones personales con Chile —un país que admiramos y queremos— se remontan a la presidencia de Jorge Alessandri, el siempre recordado «Paleta», y tales conexiones vitales constituyen un elemento entrañable e ineludible de nuestras propias identidades, un elemento que sería imposible eliminar de nuestras vidas.

* Redactado en castellano por los autores.

Pero, al mismo tiempo, vale la pena subrayar que, a pesar de nuestra admiración por Chile y los chilenos, no ha sido nuestro propósito presentar una visión idealizada o romántica del pasado chileno. La historia de todos los países es una mezcla de lo bueno y de lo malo, de lo positivo y de lo negativo, y —un contraste que se descubre en toda la civilización occidental desde la Ilustración europea— de lo progresista y de lo retrógrado. Se cuenta que el pintor sir Peter Lely, al retratar a Oliver Cromwell, le preguntó qué tipo de retrato deseaba. Había que retratar todo, le respondió el famoso general y dictador inglés, «todo, inclusive los granos y las verrugas». La historia tampoco se debe falsificar: no es una línea recta; tiene sus altibajos, sus capítulos hermosos y feos, sus propios granos y sus verrugas.

Sin embargo, es importante llamar la atención sobre una faceta específica de nuestro relato. Kingsley Amis, el novelista inglés, cuenta en sus memorias una observación de un profesor de la Universidad de Oxford: «No hay que tener miedo a lo obvio». La sabiduría de esta observación ha quedado olvidada quizá en nuestro mundo finisecular, en el cual ciertas tendencias filosóficas nos conducen a la idea de que ningún fenómeno en el plano epistemológico tiene una superioridad intrínseca sobre otros fenómenos. Cualquiera que sea la utilidad de tales enfoques en otras disciplinas —y no cabe duda de que resultan utilísimos para los intelectuales baratos que quieren convertirse en *quatuorllabs* periodísticos en muchas latitudes—, su posible aplicación a la historia es cuestionable, ya que los historiadores, de una manera o de otra, tenemos la obligación de *ordenar* los hechos. Sin dicha ordenación, la historia no es sino una *crónica*.

Con respecto a este libro, no vacilamos en afirmar que una visión de Chile que excluya la continuidad más importante de su historia nacional sería una visión gravemente distorsionada. Si se contempla la historia de Chile a vuelo de pájaro, desde la irrupción *pelucona* de 1829-1830 hasta la época del segundo presidente Frei, se puede afirmar que su trayectoria de estabilidad política, de continuidad institucional, es notablemente superior a la de la mayoría de las Repúblicas iberoamericanas e incluso, vale agregar, a la de países europeos, como, por ejemplo, Francia. En el mismo periodo (1830-1997), Francia ha pasado por cuatro Repúblicas y dos Monarquías, sin mencionar el nefasto Régimen de Vichy. Se podría pensar también en los cambios catastróficos que ha conocido Alemania en los cien años posteriores a la proclamación del Segundo Reich en el Palacio de Versalles en 1871. ¿Y qué ocurrió en Chile en el mismo lapso de tiempo?: la guerra civil de 1891, los regímenes *de hecho* entre 1924 y 1932, y el régimen de Pinochet; éstos son los únicos interregnos dentro de una trayectoria perfectamente patente.

* * *

Hemos contraído muchas deudas personales y profesionales en el curso de nuestra labor. Es fácil señalar nuestra deuda más importante: nuestro íntimo amigo el Dr. Harold

Blakemore iba a ser nuestro coautor, y su muerte (20 de febrero de 1991) fue un golpe muy duro tanto para nosotros dos como para muchísimos *chilenólogos* en todas las latitudes. Harold, como se sabe, se había granjeado una gran reputación, no solamente por sus escritos, sino también por sus excepcionales cualidades humanas. Quisiéramos manifestar también nuestra gratitud a muchos amigos chilenos, los cuales nos han ayudado de manera directa o indirecta a lo largo de los años, entre ellos: Mario H. y Nana Faivovich vda. de Bronfman, Eduardo Cavieres, Sofía Correa, Ricardo Couyoumdjian, †Patricio Estellé, †Gonzalo Izquierdo, Alfredo Jocelyn-Holt, †Rolando Mellafe, †Claudio Orrego V., Luis Ortega, †Dr. Arturo Prat, Elena Walker vda. de Prat, Sol Serrano, †Juan Uribe Echeverría y Sergio Villalobos R., cuya tenacidad intelectual ha sido una inspiración. Entre los historiadores chilenos de la generación anterior, sería imperdonable no mencionar a Ricardo Donoso, Eugenio Pereira Salas y Guillermo Feliú Cruz. Los tres fueron auténticos maestros y tuvimos el privilegio de conocerlos. Deseamos agradecer calurosamente las infinitas atenciones del personal de la Biblioteca Nacional de Chile (Sala Medina, Sala Matta Vial, Salón Los Fundadores, Hemeroteca, Sección Microfilm) y del Archivo Nacional dependiente de la misma.

Entre nuestros amigos del mundo anglosajón que han aportado una colaboración significativa de una manera u otra, debemos mencionar a Jaime Rodríguez y Linda Rodríguez (Los Ángeles, California), Christon Archer (Calgary, Canadá), Michael Varley (actualmente rector del Colegio Wenlock School, Santiago de Chile) y †Richard Southem, residente durante muchos años tanto en Cambridge (Reino Unido) como en La Serena (IV Región, Chile). Nuestro empleo de la cita del gran poeta inglés W. H. Auden que se encuentra en el capítulo 10 cuenta con la amable autorización de la editorial *Faber and Faber*, de Londres.

Simon Collier

Nashville, Tennessee

William F. Sater

Beverly Hills, California

Enero de 1998

argentina a menos de 160 kilómetros de Santiago. Hacia el oeste está el océano, por supuesto: entre las motas de tierra que contiene se incluye la isla de Pascua, el pie de Chile en la Polinesia (anexionada espontáneamente por un oficial naval en 1888), a cinco horas de avión del continente suramericano. Inmediatamente antes de la costa y a lo largo de gran parte del país (aunque no de todo el país), se eleva la Cordillera de la Costa. Es mucho más baja que la cadena principal de los Andes; a pesar de ello, alcanza en algunas partes (cerca de Santiago, por ejemplo) alturas de más de 1.800 metros. La agreste cordillera de Nahuelbuta, nombre que esta cadena secundaria recibe al sur de Concepción, es un poco más baja. Alrededor de los 42° de latitud Sur, a unos 1.000 kilómetros al sur de Santiago, el cordón costero se hunde en el mar, para volver a emerger más al sur formando islas, como Chiloé. Entre ambas cordilleras se produce una depresión poco profunda. En el Norte Chico, la depresión se ve interrumpida por cerros y valles formados por los ríos. En el Norte Grande se trata más bien de una ondulada plataforma que conecta el cordón costero (que aquí se eleva desde el océano en enormes riscos) con la cordillera principal. Entre Santiago (33° de latitud Sur) y Puerto Montt (42° de latitud Sur), sin embargo, una serie ininterrumpida de cuencas entre las montañas forman el llamado Valle Central, cuya mitad septentrional (los aproximadamente 480 kilómetros que unen Santiago y Concepción) ha constituido el verdadero corazón del territorio chileno por más de cuatro siglos. Se puede decir que el Sur comienza a la altura de Concepción y el Extremo Sur, un poco más allá de Chiloé.

Los primeros europeos que se vieron y escucharon en alguna parte de lo que ahora es Chile fueron Fernando de Magallanes y los miembros de su expedición, alguno de los cuales completaría luego el primer viaje en barco alrededor del globo. Entre octubre y noviembre de 1520, tres barcos de Magallanes se abrieron paso a través del estrecho que ahora lleva su nombre (una distancia de 574 kilómetros) y alcanzaron el océano que Magallanes decidió llamar Pacífico (abrigando la esperanza de una travesía en calma). Este hecho, sea cual sea su interés intrínseco, no tiene ninguna conexión real con la historia de Chile. No fue hasta que Francisco Pizarro conquistó el Imperio inca del Perú a comienzos de la década de 1530, cuando los españoles (que ahora arrasaban con el continente recién bautizado como americano con la más ruda y espectacular invasión jamás vista en el territorio) organizaron su primera incursión a Chile (1536), una expedición dirigida por Diego de Almagro, el principal lugarteniente de Pizarro. Tras explorar parte del Valle Central, los hombres de Almagro tuvieron que emprender la retirada hacia el Perú. En 1540, los conquistadores españoles volvieron a Chile. Esta vez llegaron para quedarse.

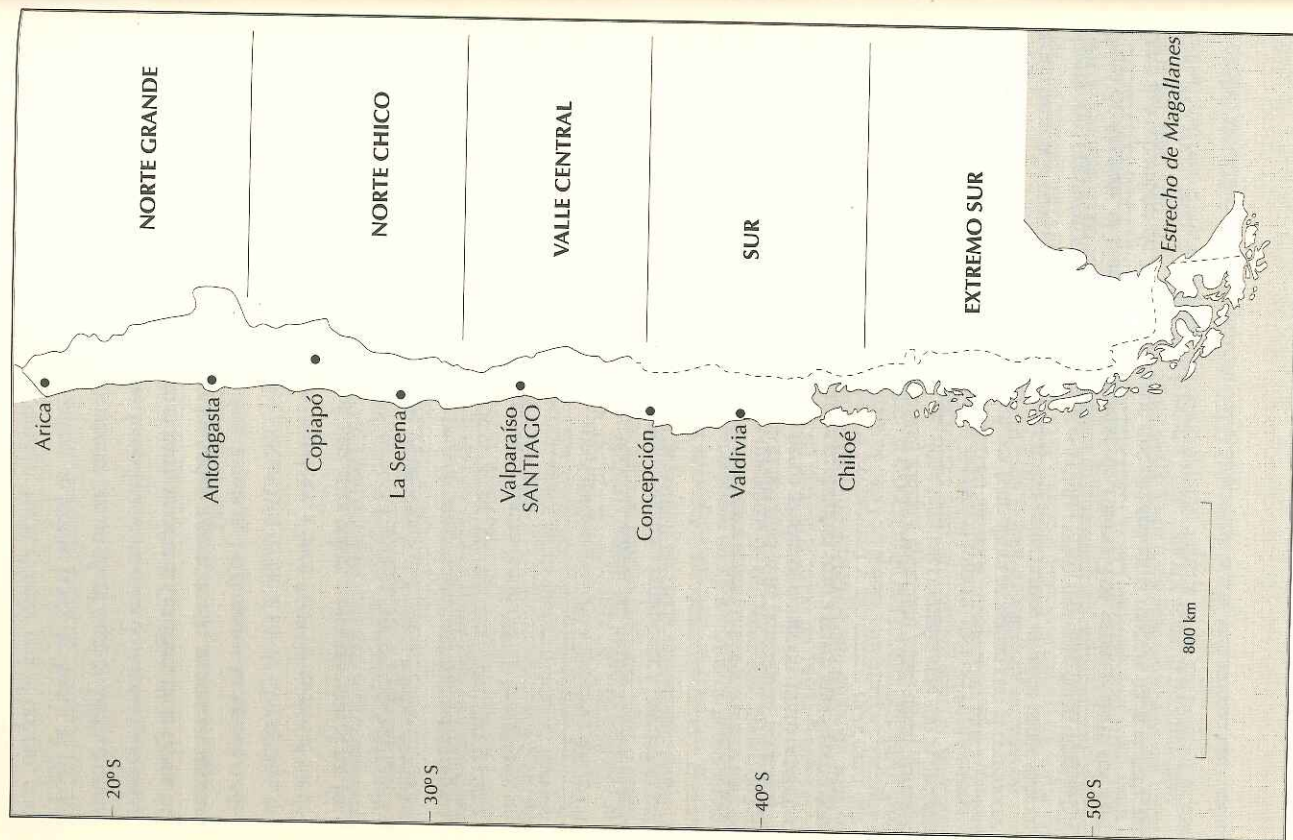
Nota geográfica

Quienquiera que eche una mirada al mapa del hemisferio Sur quedará impresionado por la forma inusual de la República de Chile: «quizá la nación [...] peor ubicada y estructurada del planeta». Este veredicto del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada¹ es, sin duda, exagerado. Sin embargo, no se puede negar que el país, con sus 4.200 kilómetros de longitud y un promedio de 140 kilómetros de anchura, es indiscutiblemente «una larga y angosta faja de tierra», como los mismos chilenos suelen decir. De qué manera la faja llegó a ser tan larga es parte de la historia revelada en este libro.

En términos de área, con sus 756.946 km², Chile no es mucho más grande que Francia o Tejas, pero, a diferencia de ellas, se extiende a lo largo de unos 38° de latitud: su punto más austral, la isla de Hornos, se encuentra exactamente en el paralelo 56°S. Además, una parte de Chile entra dentro de los trópicos y otra constituye el territorio continental más cercano a la helada extensión de la Antártida, una fracción de la cual es chilena. Abarcar tal amplitud en el rango de latitudes da lugar a una gran variedad de climas. En el clima desértico del norte, la lluvia es escasa. Santiago, la capital, goza de lo que suele llamarse un «clima mediterráneo». En el sur, la humedad alcanza proporciones inglesas o irlandesas. La parte más austral de Chile se asemeja a la ventosa Nueva Zelanda. Áridos desiertos, *valles-oasis*, tranquilos y verdes pastizales, selvas tropicales, lagos rodeados de montañas, helados glaciares, rocosos archipiélagos: es impresionante la diversidad del paisaje, el cual, en sí mismo, suele ser un deleite para la vista.

A veces, los geógrafos dividen el territorio chileno en zonas, segmentando el mapa siguiendo los paralelos: el Chile desértico, el Chile mediterráneo, el Chile forestal, etc. En este libro hemos evitado esa terminología, aunque sí aparecen ciertas expresiones de uso común: Norte Grande, Norte Chico, Valle Central, Sur, Extremo Sur. Todas las zonas comparten una misma configuración física fundamental, aunque a veces disfrazada. Hacia el este, la línea del horizonte aparece siempre dominada por la gigantesca cordillera de los Andes, cuya cumbre más alta, el Aconcagua (7.000 metros) se alza en la frontera chileno-

¹ *Radiografía de la pampa*, 8.ª ed., Buenos Aires, 1976, pág. 81.



Mapa 1: Nota geográfica.

Primera parte Nacimiento de una nación-Estado

Establecida por los conquistadores españoles en la década de 1540, la Capitanía general de Chile se convirtió en una pequeña y desatendida colonia agraria situada al extremo del Imperio americano de España, cuyo aislamiento marcó lo que, tras dos siglos y medio, sería una cultura nacional con características propias, aunque todavía en ciernes. La conformación de grandes latifundios estratificó verticalmente la sociedad colonial: trabajadores pobres, en su mayoría mestizos, dominados por una clase alta cuya composición se vio modificada por la inmigración del siglo XVIII. Las guerras de Independencia dieron nacimiento a la nación-Estado chilena: sus soldados y marinos jugaron un papel clave en la emancipación contra el Virreinato del Perú. La ocupación de los primeros líderes de la nueva nación por establecer un orden político satisfactorio culminó con la amplia consolidación de los políticos conservadores en la década de 1830. Como resultado, la nación ostentó un récord de continuidad institucional poco habitual en la América hispana del siglo XIX, agitada por continuos levantamientos.

GOBIERNOS

1817-1823:	General Bernardo O'Higgins
1823-1826:	General Ramón Freire
1827-1829:	General Francisco Antonio Pinto
1829-1830:	Junta
1830:	Francisco Ruiz Tagle
1830-1831:	José Tomás Ovalle
1831:	Fernando Errázuriz
1831-1841:	General Joaquín Prieto

Las bases coloniales, 1540-1810

El reino de Chile, sin contradicción el más fértil de la América y el más adecuado para la humana felicidad, es el más miserable de los dominios españoles.

Manuel de Salas, 1796

«Esta tierra es tal que, para poder vivir en ella y perpetuarse, no la hay mejor en el mundo», escribió Pedro de Valdivia, el conquistador español que en 1540 abrió el camino para la colonización europea de Chile¹. Es fácil entender que Valdivia y sus hombres, tras haber marchado desde el Perú hacia el sur atravesando un desierto interminable, se hayan solazado en el verde paisaje chileno. Sin embargo, los colonizadores tuvieron que pagar un alto precio para disfrutar de ese panorama: el aislamiento del resto del mundo, especialmente durante los dos primeros siglos y medio, periodo en que se asentaron las profundas bases de la cultura y el carácter nacional del Chile moderno. En efecto, la clave para comprender las características específicas de Chile se encuentra precisamente en su prolongado aislamiento (posteriormente paliado por la llegada de los barcos de vapor y más tarde por los aviones de las líneas aéreas comerciales).

Exceptuando Filipinas, Chile era la más remota de las posesiones españolas. Cuando, en marzo de 1796, una flotilla hizo su entrada en la bahía de Talcahuano, al sur de Chile, tras un viaje de noventa y cinco días desde Cádiz, se consideró que esta travesía había sido excepcionalmente rápida. Antes de que se empezara a usar la ruta del cabo de Hornos, en la década de 1740, el viaje era mucho más largo (vía Panamá o Buenos Aires). Por otra parte, el aislamiento de Chile no era sólo cuestión de distancia desde la metrópoli imperial. Incluso dentro de América del Sur, la «larga y angosta faja de tierra» estaba aislada: separada del Virreinato del Perú al norte por cientos de kilómetros de inhóspito desierto, y de las pampas del río de la Plata al este por la imponente cordillera de Los Andes; al oeste, el más vasto de los océanos del mundo representaba una temible extensión que no debía ser navegada intrépidamente, sino circundada con prudencia.

¹ «Al Emperador Carlos V», 4 de septiembre de 1545. Cit. por J. T. Medina (ed.), *Cartas de Pedro de Valdivia*, Santiago, 1953, pág. 42. A menos que se indique lo contrario, todos los libros, periódicos y revistas citados en las notas han sido publicados en Santiago, Chile [N. de los A.]

Al sur, no obstante, los hombres —y no la naturaleza— fijaron las fronteras de la nueva colonia española. A la larga, los invasores fueron repelidos por los habitantes indígenas, cuyas tierras habían venido a conquistar. Nunca se sabrá con certeza la población nativa de Chile en 1540: Rolando Mellafe la estima razonablemente entre 800.000 y 1.200.000 personas. Sin embargo, estos americanos nativos no conformaban una sola nación, aunque la mayoría compartiera un idioma común. En el Valle Central, más al norte, los picunches habían sido asimilados desde un comienzo por el gran Imperio inca del Perú. Al sur del Maule, zona más densamente poblada, los mapuches y otros grupos habían repelido al ejército inca. Estos pueblos se encontraban en una etapa protoagrícola y convivían agrupados en comunidades bastante dispersas y poco organizadas, cuya unidad básica era la familia extendida. No estaban concentrados en pueblos, ni mucho menos en ciudades, y tampoco poseían los tesoros que habían despertado las ansias de riqueza fácil de los soldados de Cortés y de Pizarro en México y en Perú.

Los españoles designaron a los pueblos nativos del sur de Chile con el nombre de araucanos. Sus proezas militares (comenzaron a utilizar muy pronto el caballo y se convirtieron en excelentes soldados de caballería) fueron elogiadas por Alonso de Ercilla, el soldado-poeta, cuyo poema épico sobre la conquista, *La Araucana* (3 partes, 1569-1589), fue la primera obra literaria que atrajo la atención de Europa sobre Chile. Gracias al talento poético de Ercilla, Caupolicán y Lautaro, los dos jefes araucanos más destacados de la época, fueron recordados a través de los tiempos y conocidos mucho más allá de las fronteras chilenas. Aún en la actualidad, algunos niños chilenos reciben en el bautismo sus nombres y los de otros héroes araucanos, como Galvarino y Tucapel.

La principal preocupación de los sucesores inmediatos de Valdivia fue la guerra. Iniciada en diciembre de 1598, la gran ofensiva araucana fijó los límites definitivos del Chile colonial, clausuró el paso a la irrigada mitad sur del Valle Central y obligó a los españoles a abandonar (en 1604) sus principales asentamientos al sur del río Biobío. Desde entonces, el sinuoso curso del Biobío (un clásico río histórico, se podría decir) se convirtió en la Frontera estable, aunque a veces sangrienta, entre la Araucanía no conquistada e independiente y la colonia española. En efecto, la «indómita Araucanía» se constituyó en un territorio aparte que perduró aun después de que concluyera el dominio español.

La colonia chilena nunca fue tan importante, en términos estratégicos o económicos, como para que el gobierno español considerara la posibilidad de una invasión a gran escala del territorio al sur del Biobío. Desde comienzos del siglo xvii, un pequeño ejército permanente (algo bastante inusual para el Imperio español) quedó estacionado en el sur con el fin de patrullar la Frontera, repeliendo los ataques indígenas (malones) y organizando a su vez sus propias y provechosas incursiones en territorio indígena (malocas). Con el tiempo, Chile se ganó la reputación de ser «el Flandes del Nuevo Mundo...», el palenque y

estacada del más conocido valor en la América, así de parte del español en su conquista, como del araucano en su resistencia². Esta cita es algo hiperbólica. La intensidad de la guerra en la Frontera disminuyó durante el siglo xvii y aún más durante el siglo xviii. Un comercio fronterizo estable se había desarrollado: los mapuches aportaban ganado, caballos y ponchos a cambio de herramientas de metal, vino y diversos artículos manufacturados provenientes de Europa.

EL DESARROLLO DE LA SOCIEDAD RURAL

Si bien los amerindios que habitaban al sur del Biobío conservaron su independencia, los del norte ocuparon un lugar estrictamente subordinado en la sociedad colonial. Los conquistadores no tuvieron nunca ni la menor duda de que la conquista les confería derechos sobre las tierras y los pueblos conquistados. Los lugartenientes de Valdivia y sus sucesores aspiraban a una forma de vida señorial. Su hispanidad les hacía preferir la vida urbana: de ella provenía la enorme importancia que dieron a la fundación de municipios, estableciéndolos con toda la ceremonia prescrita, instaurando los primeros Cabildos (consejos municipales) y trazando el plano urbano en manzanas cuya propiedad luego se repartían entre ellos. Santiago, la capital de la nueva colonia chilena, fue fundada por Valdivia precisamente con todos estos elementos el día 12 de febrero de 1541, al extremo norte del Valle Central, en las entonces boscosas riberas del río Mapocho. Las otras dos ciudades principales de la colonia fueron fundadas poco después: La Serena (diciembre de 1543), a unos 480 kilómetros al norte, y Concepción (marzo de 1550), al sur, cerca de la Frontera.

Para los conquistadores, tan urgente como la fundación de ciudades fue la movilización de la fuerza de trabajo amerindia. Al igual que todos sus congéneres, Valdivia asignó nativos a sus seguidores a través de lo que se conocería en todo el Imperio como «encomiendas»: cada *encomendero* (poseedor de una encomienda) debía, en teoría, civilizar y cristianizar a sus nativos, a cambio de lo cual (y esto no era en teoría) ellos debían pagarle un tributo o trabajar para él. En un comienzo, el trabajo consistió principalmente en lavar oro en los ríos. Durante el siglo xvi se extrajeron respetables cantidades de ese material precioso en Chile, pero muchos yacimientos se agotaron al poco tiempo obligando a los colonos a recurrir a la agricultura y, especialmente, a la ganadería como principal fuente de sustento. Así se iniciaría uno de los procesos fundamentales en la historia chilena: la formación de grandes latifundios administrados por una elite terrateniente y explotados por una población rural semiservil, tema vital en el desarrollo de la cultura y del carácter

² Alonso de Ovalle, *Historia relación del Reyno de Chile*, Walter Hanisch SJ, 1974, pág. 101.

nacional chilenos. Tal como Mario Góngora ha señalado con justa razón: «las configuraciones llamadas "coloniales" [...] son estructuras de base, que subyacen en todo el acontecer del período "nacional"».³

La tenencia de grandes predios no se estableció de un día para otro. Sus orígenes se encuentran, sin duda, en las concesiones de tierras (*mercedes de tierras*) otorgadas por Valdivia y sus sucesores. A los ojos del gobierno español, no existía conexión alguna entre una merced de tierra y las encomiendas, técnicamente una *merced de personas*. A los ojos de los conquistadores de Chile, es muy posible que esta distinción se haya perdido, ya que las encomiendas fueron incorporadas a los enormes latifundios señoriales.

El efecto que tuvieron las encomiendas en la población nativa, tanto en Chile como en otras áreas del Imperio español, fue casi catastrófico. A ello se unieron los efectos de las enfermedades del Viejo Mundo (contra las cuales los nativos no tenían defensas innatas), que si que fueron totalmente catastróficas. Al norte de la Araucanía, la sociedad indígena se desintegró rápidamente. A finales del siglo xvi, la población de amerindios en Chile había disminuido alrededor del 80%.

Un tercer factor que afectó al destino de los nativos en la colonia española fue el mestizaje, que dio origen al nuevo componente de la población: los mestizos. Dada la casi total ausencia de mujeres europeas en la primera etapa del período colonial, este fenómeno era inevitable. El conquistador Francisco de Aguirre se jactó abiertamente de sus logros en este sentido: en 1569, la Iglesia lo censuró por afirmar que el servicio que prestaba a Dios engendrando mestizos superaba con creces el pecado así cometido⁴.

En Chile, el mestizaje continuó durante varias generaciones, aunque sus efectos ya se percibían claramente mucho antes de finalizar la etapa colonial. A finales del siglo xvii, pocas comunidades amerindias sobrevivían al norte del Biobío y aquellas que lo hacían ya no eran nativas al cien por cien en términos genéticos o culturales. El nuevo elemento mestizo, en continua expansión, se convirtió en el componente predominante de la población chilena, que en 1800 alcanzaba unas 700.000 personas. Los registros bautismales muestran que, en esa fecha, no sólo habían disminuido notoriamente los nombres amerindios, sino también que los mestizos se estaban haciendo pasar en gran medida (o los estaban haciendo pasar) por españoles. Aquí, en este remoto rincón de un Imperio español donde las castas tenían gran importancia, se desarrolló una población relativamente homogénea en la que sólo una vaga división étnica tenía importancia: la división entre la mayoría mestiza predominante (español-amerindio) y la clase alta más claramente europea formada por los criollos (americanos nacidos de españoles) y los peninsulares

³ «Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (siglos xvii a xix)», *Cuadernos del Centro de Estudios Socio-Económicos*, 2, 1968, pág. 29.

⁴ Luis Silva Lezaeta, *El conquistador Francisco de Aguirre*, 1953, págs. 376-377.

(españoles de España). La cultura de la clase alta era fundamentalmente española, mientras que la influencia indígena dejó su huella en los deportes populares, las supersticiones, el régimen alimentario y el vocabulario (todo lo cual contribuyó a formar el carácter nacional chileno).

La disminución en el número de nativos disponibles para las encomiendas dio origen, a su debido tiempo, a diversos métodos alternativos para movilizar la fuerza de trabajo. Uno de ellos fue la esclavitud de los mapuches capturados en la guerra de la Frontera (una práctica legal entre 1608 y 1674). Las guarniciones de la Frontera veían la venta de los amerindios capturados como una gratificación por derecho propio. Los indios huarpe entregados como encomiendas en Cuyo (región transandina que formó parte de Chile hasta 1778) también fueron reclutados como mano de obra forzada. La esclavitud africana, en cambio, no tuvo gran relevancia: la pobreza de la colonia impidió su desarrollo a gran escala. En 1800, había entre 10.000 y 20.000 negros y mulatos en la colonia: unos 5.000 eran esclavos y muchos de ellos realizaban labores domésticas.

Durante el siglo xvii, la ganadería fue la base de la economía chilena, aunque el mercado para sus productos era muy limitado. Localmente, había que abastecer a las pequeñas guarniciones de la Frontera. Asimismo, un modesto comercio intercolonial se estableció con el Virreinato del Perú. Además de la «opulenta Lima», la floreciente ciudad del Potosí, con sus minas de plata, actuó como un imán económico para la parte más austral de América del Sur. Los mineros de Potosí satisficieron en parte su insaciable demanda de mulas con animales provenientes del Valle Central. No obstante, los principales productos chilenos durante el período fueron el cuero, el *charqui* y el sebo (empleado fundamentalmente para fabricar velas y jabón).

La ganadería, especialmente, determinó la forma definitiva que tomarían las grandes propiedades de los colonizadores: la estancia. Las necesidades impuestas por la cría de ganado dieron su fisonomía natural a los latifundios: una porción de tierra y pastos en el Valle Central, la irrigada zona entre la costa y la cordillera de Los Andes. Aunque aún no existe ningún registro detallado sobre la conformación de las estancias, es evidente que, a mediados del siglo xvii, se produjo cierta tendencia a la concentración, que se vio reforzada poco después por el auge de un nuevo producto chileno, el trigo, cuyo comercio con el Perú tuvo un auge importante.

En Perú, el cultivo del trigo se vio seriamente afectado en 1687 por un terremoto y luego por las plagas. Una vez introducido en el mercado peruano, el trigo chileno no perdió nunca su popularidad. Con el aumento de la población mestiza y su preferencia por los alimentos europeos con respecto a los nativos, la demanda interna también creció. Los latifundios chilenos se dedicaron entonces al cultivo de los cereales de manera preferente y, desde ese momento, se los denominó «haciendas» (la alternativa más común para este término, «fundo», sólo comenzó a usarse más tarde). Sin embargo, no debemos

exagerar la magnitud del comercio del trigo. Aunque, en Perú, éste llegó a ser considerado vital: el virrey afirmó en 1736 que «sin Chile no existiera Lima»⁵. La producción de mediados y finales del siglo xviii fue modesta en comparación con las cifras alcanzadas posteriormente. En sus orígenes, todos los latifundios dejaban gran parte de la tierra en barbecho durante todo el año; sin embargo, el cultivo fue suficiente para mantener un comercio razonable y darle al Valle Central su conformación social fundamental.

Con la sostenida disminución de las encomiendas (finalmente abolidas en 1791), los terratenientes tuvieron que buscar otra fuente de mano de obra fiable. Durante el periodo ganadero, solía ser ventajoso permitir a familias de españoles pobres o mestizos que se instalaran en las tierras como arrendatarios, a cambio de servicios tales como vigilar el ganado, protegerlo de los ladrones y participar en la reunión del ganado mayor y su matanza anual. Este tipo de contratos a corto plazo («arriendos» o «préstamos», como se los llamó) se convirtieron gradualmente en acuerdos más permanentes en los que los arrendatarios, a cambio de sus pequeñas parcelas y de otras gratificaciones, se comprometían a trabajar durante todo el año en las labores de la hacienda (una necesidad evidente dada la expansión del cultivo de trigo). La abierta camaradería militar de las décadas de la conquista se vio reemplazada por un orden más conscientemente jerárquico en el que la mejor tierra ya se encontraba en manos de la elite colonial. El cultivo de los cereales, el mestizaje y la jerarquía social iban de la mano.

Con el tiempo, los arrendatarios de las haciendas se constituyeron en una clase rural bien definida: los «inquilinos». El uso chileno particular de este término español común se fue difundiendo durante la segunda mitad del siglo xviii. En efecto, los inquilinatos se hicieron hereditarios. Con la expansión de la agricultura, los terratenientes, los hacendados, impusieron exigencias cada vez más pesadas a estos trabajadores-propietarios y su condición original se vio cada vez más disminuida. En la década de 1830, Charles Darwin observó esta situación y le impactó, por su carácter «feudal», aunque los inquilinos no estaban atados legalmente a la tierra como sí lo estaban los siervos europeos. Tras adquirir caballos, estos inquilinos y otros campesinos agricultores fueron conocidos, además, como «huasos» (lo que se convertiría en el estereotipo rural típico, evocado por escritores y músicos). El área donde los huasos eran más comunes estaba situada entre Santiago y el río Maule: en 1842, el escritor José Joaquín Vallejo describió Colchagua como «nuestra provincia cosaca»⁶.

Hacia 1800, la institución del inquilinato constituía un rasgo fundamental de la sociedad rural. No obstante, ni durante la colonia ni después, la hacienda o el inquilinato fueron universales. Abundaban las propiedades más pequeñas, algunas de ellas meras parcelas

⁵ Citado por Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 16 vols., vol. vi, 1884-1902, pág. 74.

⁶ José Joaquín de Vallejo, *Obras de don José Joaquín Vallejo*, 1911, pág. 140.

de subsistencia. Éstas parecen haber tenido diferentes orígenes: la simple ocupación, las mercedes de tierra más pequeñas otorgadas durante la conquista, las concesiones de tierras municipales para peones con méritos especiales y la subdivisión de propiedades de mayor tamaño, práctica común bajo la ley española. Las parcelas de menor tamaño más prósperas se encontraban en las áreas próximas a Santiago (por ejemplo, el valle del Aconcagua). En las inmediaciones de las ciudades era común, asimismo, la presencia de pequeñas granjas conocidas como «chacras» (de un término quechua). Aunque muchas de éstas eran propiedad de los hacendados, parece ser que también existió una economía campesina semiindependiente y modestamente floreciente que abastecía de carne y verduras a los municipios y sumaba su producción de trigo al comercio de exportación. A la larga, este potencial campesinado independiente se vio muy reducido por el creciente predominio de la hacienda.

La hacienda se convirtió en una de las instituciones chilenas más estables y permanentes, e imprimió huellas duraderas en la psicología nacional. ¿Cuántas de estas propiedades había hacia 1800? Arnold Bauer calcula aproximadamente unos 500 predios de más de 1.000 hectáreas en la región central entre Santiago y Concepción (obviamente no todas ellas estaban en el mercado del trigo). En muchos sentidos, cada hacienda constituía una comunidad autónoma, que producía sus propios alimentos, tejía sus propias ropas rústicas, organizaba sus propias fiestas campesinas. Dado que el campo del Valle Central contó con pocos villorios de estilo europeo (si es que hubo alguno), la hacienda se constituyó en el núcleo social natural. En determinados periodos del año, los hacendados recurrían a la mano de obra estacional de peones provenientes de otras áreas. Siempre hubo muchos más peones que trabajo. Fuera de las haciendas, de hecho, la vida para los pobres que habitaban la zona rural era evidentemente precaria. Durante todo el siglo xviii (y gran parte del siglo xx), una gran «población flotante» de peones y vagabundos deambulaba por el Valle Central procurando la subsistencia.

Con limitadas oportunidades de convertirse en un inquilino o en un campesino agricultor próspero y, sin contar con «fronteras» que colonizar, el peón estaba obligado a vagar. Los peones que se vieron atraídos por el trabajo ocasional de las ciudades fueron conocidos como «rotos», término que luego se aplicó a la clase urbana más baja. Así nació otro estereotipo chileno: el roto ha llegado a ser visto (e idealizado) con el tiempo como la supuesta encarnación de ciertos rasgos perennes del carácter chileno (jovialidad, poca previsión, un fuerte instinto para el juego, una habilidad casi milagrosa para improvisar).

Hacia 1800, el campo chileno clásico había adoptado su fisonomía más clara en la zona ubicada entre el valle del Aconcagua y el río Maule. Allí vivía la mayor parte de los aproximadamente 700.000 chilenos. Al alejarse de este centro en cualquier dirección, las regiones mostraban una configuración socioeconómica cada vez más diferente. Una de dichas regiones era la que se encontraba entre el río Maule y la Frontera: allí, el valor

económico de las grandes haciendas era más limitado, exceptuando las que tenían fácil acceso desde Concepción. Además de ser la ciudad fuerte de la Frontera, Concepción representaba el núcleo de una economía regional menor donde el trigo se embarcaba desde Talcahuano directamente hacia el mercado peruano.

Debemos señalar, además, que la Frontera siguió existiendo hasta el final de la colonia. El ejército permanente se fue reduciendo de manera progresiva: tras la reorganización efectuada por el gobernador Agustín Jáuregui en 1778, su contingente se fijó en 1.500 hombres. La frecuencia de los ataques araucanos disminuyó a finales del período colonial (siendo las ofensivas de 1723, 1766 y 1769-1770 las más serias del siglo xviii). Las relaciones entre el Chile español y el territorio amerindio fueron confiadas a oficiales especializados designados, los llamados *comisarios de Naciones*, y sus subordinados, los *capitanes de Amigos*. También hubo tratos regulares entre los oficiales coloniales y los mapuches, el primero de los cuales se llevó a cabo en 1641.

A finales del período colonial, se calcula que debía de haber unos 150.000 araucanos. Su forma de vida había cambiado, especialmente debido al floreciente comercio fronterizo antes mencionado. Al sur del río Biobío, la agricultura y la ganadería se fueron extendiendo cada vez más. Si bien en la Araucanía no se desarrolló ningún Estado centralizado, parece ser que algunos caciques llegaron a ejercer su autoridad sobre ciertas regiones particulares. A mediados del siglo xviii, los araucanos habían avanzado más allá de Los Andes hasta los llanos del río de la Plata, donde solían atacar los aislados asentamientos españoles situados en los límites de la pampa, jugando así un importante papel en los primeros años de la historia tanto de Argentina como de Chile.

En 1800 aún sobrevivían tres minúsculos enclaves del Imperio español ubicados al sur del territorio de la Araucanía. Dos tuvieron una larga duración: el minúsculo asentamiento de Valdivia y Chiloé, con una población aproximada de 25.000 personas que vivían en condiciones miserables. Valdivia, perdida en la ofensiva mapuche de 1599, fue refundada y fortificada en la década de 1640, poco después de que una expedición de corsarios holandeses hiciera su aparición por esas latitudes alterando la paz. En 1767, Chiloé pasó a depender directamente del Virreinato del Perú. Casi al final de la colonia, el gobernador general Ambrosio O'Higgins organizó el reasentamiento de Osorno (1796), mostrando así un renovado interés oficial por un área que los gobernadores del siglo xvi habían de tomar aún más en serio.

LA MINERÍA, LA MANUFACTURA Y EL COMERCIO

En el extremo norte de la colonia (área que ahora se conoce como Norte Chico), la población era ostensiblemente menos numerosa. Las tierras semidesérticas de la zona limitaban

ron la agricultura a unos pocos valles-oasis. El siglo xviii asistió a un crecimiento limitado en esta zona escasamente poblada. Entre 1763 y 1813, su población se duplicó (de 30.000 a 60.000 personas) gracias a su auge como zona minera especializada. La frontera efectiva de Chile se desplazó entonces a Copiapó, que en 1744 había entrado en la categoría de ciudad. Aunque en el Valle Central, área de importancia decisiva, también existían minas, fue el norte el que esta vez impulsó el ritmo. La minería del oro, que sumaba entre el 60% y el 70% de toda la producción mineral, encabezaba la lista; la extracción aumentó nueve veces en el siglo xviii y mantuvo un promedio de 3.000 kilos al año en la primera década del siglo xix. La minería de la plata también experimentó un desarrollo sostenido, aunque tuvo que sufrir las dificultades producidas por la irregularidad en el suministro de mercurio, elemento vital para la separación de la plata del mineral metalífero en el proceso conocido como «patio». En el norte también se extraía cobre, utilizado para fabricar utensilios domésticos y para la artillería. Al igual que en el caso de la agricultura y de la ganadería, es importante no sobredimensionar la envergadura de la minería. En términos monetarios, la producción alcanzó una cifra de entre uno y dos millones de pesos al año a finales del período colonial, suma que no era enorme. Tomando el período colonial en su globalidad, la producción de metales preciosos en Chile alcanzó solamente el 3% del total de la América española.

En el Norte Chico abundaban los minerales de alta ley, para cuya explotación bastaban los métodos técnicos más simples, algunos de los cuales fueron ingeniosos: el *trapiche*, mortero de mineral para oro y plata, parece haber sido una innovación local. En cuanto a las minas, éstas eran numerosas (varios cientos), pequeñas, poco profundas y de corta vida: la excavación de pozos o bocaminas fue escasa. Por lo general, se agrupaban en lo que se llamó «minerales» (que llegaron a ser aproximadamente ochenta), y varios minerales muy cercanos constituían un distrito minero reconocido. Un clásico ejemplo de lo anterior fue Copiapó, «la más brillante mansión del reino mineral», como dijera Juan Egaña con una nota de exageración⁷.

En este período, las minas eran explotadas en su mayoría por individuos o pequeñas compañías que contaban con la ayuda de algunos trabajadores, los *barreteros*, que excavaban el mineral, y por los *apires*, que lo sacaban de la mina. También fueron comunes diversas operaciones marginales de variada índole. Entre ellas, la más difundida fue el llamado sistema de «pirquén», en el que un *pirquinero* trabajaba una sección de la mina, o incluso toda una mina, por su propia cuenta pagando al dueño de la mina en cuestión una renta o derecho. Este esquema particular (pequeñas y numerosas empresas, tecnología simple, actividad marginal) seguiría siendo fundamental incluso durante el siglo xix.

⁷ J. Egaña, *Informe anual que presenta la secretaría de este Real Tribunal [...] Año de 1803, 1804*, pág. 5.

Por lo que se refiere a la manufactura, no debemos ignorar el volumen alcanzado por la industria nacional en el campo: los tejidos, la cerámica y la carpintería. Dado que sólo la pequeña clase alta criolla y peninsular podía permitirse el lujo de adquirir mercancías importadas de Europa, los tejedores, ceramistas y carpinteros locales tuvieron que satisfacer la mayor parte de las necesidades de la colonia. En el Valle Central existieron pocas y pequeñas curtidurías. En varios puntos a lo largo de la costa se construían barcos. En los pueblos era posible encontrar a los habituales artesanos y maestros, aunque evidentemente no se destacaban por su calidad: «Herreros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, sastres imitados, zapateros tramposos...», éste es el tan citado veredicto que Manuel de Salas emitió en la década de 1790 sobre la «caterva de artesanos» de la colonia⁸. En el ámbito de la población urbana, el artesanado, aunque pequeño y de poca formación, debe ser incluido en cualquier retrato de la vida colonial.

Los principales puntales del comercio exterior chileno, como ya hemos indicado, eran la agricultura y (a fines del periodo colonial) la minería. El sistema mercantilista del Imperio español, cuidadosamente regulado, prescribía en un comienzo que todo el comercio hacia y desde Chile fuera canalizado a través del istmo de Panamá y del Perú. Además, el poderoso interés mercantil de Lima, con su Consulado al frente (juzgado de comercio y organismo encargado de su fomento), tuvo un efecto decisivo en los intereses comerciales por Chile—mucho más débiles—. En este sentido, el siglo xviii trajo notables cambios. Las reformas de los Borbones ampliaron los horizontes comerciales de Chile, al tiempo que restringieron considerablemente el absoluto dominio peruano. Desde 1740, se permitió que los barcos utilizaran la ruta directa desde España por el cabo de Hornos y el creciente comercio de Chile con las vecinas provincias del río de la Plata fue legalizado. Los memorables decretos emitidos por el rey Carlos III (febrero y octubre de 1778) para liberalizar el comercio tan solo confirmaron la dirección que estaban tomando los sucesos. Por su parte, el Consulado limeño se resistió fuertemente de todos estos cambios, pues le preocupaba especialmente el ascenso de Buenos Aires como foco comercial «siempre peligroso al del Perú», como se afirmó en 1774⁹.

Hacia 1800, la mayoría de los comerciantes más importantes eran españoles recién llegados de la metrópoli: unos cuarenta comerciantes que formaban la élite mercantil. Las relaciones comerciales con España seguían siendo las más importantes. Aunque España mantenía su puesto como único mercado para el trigo y el sebo chilenos, Perú comenzó a enviar a Chile a su vez productos tropicales (especialmente azúcar), puesto que ahora

⁸ Escritos de don Manuel de Salas y documentos relativos a él y a su familia, 3 vols., vol. I, 1910-1914, pág. 171.

⁹ Citado en Manfred Kossok, *El virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1959, pág. 68.

las mercancías europeas estaban llegando directamente desde España a esa colonia. Así, el antiguo «dominio» peruano se había ido limitando progresivamente a la venta que daba a Lima el importante comercio del trigo: los peruanos poseían la mayoría de los veinticinco o treinta barcos que servían para el comercio entre las colonias. Esta situación producía una manifiesta insatisfacción entre los chilenos, que provocó varias y violentas disputas y afectó a la manera en que los criollos chilenos veían el mundo exterior (a su temor y respeto por Perú, en particular). No obstante, en términos prácticos, todas las reformas comerciales del siglo xviii brindaron a Chile cada vez mayor independencia respecto del Perú. La creación de una Casa de La Moneda en Santiago (1750) y la fundación de un Consulado separado del de Lima (1796) culminaron este proceso.

Los historiadores liberales del siglo xix a veces culpan al «odioso monopolio español» por limitar el comercio colonial chileno. Investigaciones más recientes realizadas por Sergio Villalobos y otros han ido cuestionando este planteamiento. Más allá de la liberalización borbónica, una serie de concesiones a corto plazo (para compensar el desajuste del comercio en tiempos de guerra) permitieron a los comerciantes chilenos negociar con las embarcaciones de las potencias aliadas o neutrales, con algunas colonias extranjeras e, incluso, bajo determinadas circunstancias, con ciertos países extranjeros. Un comerciante chileno llegó a planear comprar mercancías en la lejana Suecia¹⁰. Por otra parte, hay que recordar que, desde 1796, España estuvo casi permanentemente en guerra, y que tales concesiones estaban muy lejos de ser meras formalidades.

Además del comercio legal, existía también el contrabando, que a veces debió de ser considerable, aunque, por razones obvias, sea imposible de cuantificar. Durante las primeras dos décadas del siglo xviii llegaban en gran número barcos franceses hasta las costas chilenas y peruanas, y unos cuantos comerciantes franceses se establecieron en la Capitanía general (entre ellos un tal Guillaume Pinochet, de Bretaña). A finales del siglo xviii, navíos británicos y norteamericanos surcaban con regularidad las aguas chilenas: al menos 257 barcos contando sólo los de Estados Unidos entre 1788 y 1810¹¹.

El verdadero problema del comercio de la etapa final del periodo colonial, además, no tenía tanto que ver con la oferta como con la demanda y, en este sentido, el «odioso monopolio español» era mucho menos culpable que la estructura social de la colonia. Dada la pobreza general, el mercado interno se saturó rápidamente. Como resultado, la élite mercantil quiso restringir, no expandir, el flujo comercial. A diferencia del nuevo Virreinato del río de la Plata, Chile no estaba bien situado para aprovechar las reformas borbónicas. No había un gran flujo comercial a través de la colonia y, aparte del trigo, tampoco existían bienes que produjeran grandes entradas de capital desde el mercado

¹⁰ Sergio Villalobos R., *El comercio y la crisis colonial*, 1968, pág. 209.

¹¹ Eugenio Pereira Salas, *Buques norteamericanos en Chile a fines de la era colonial*, 1936.

externo. El déficit anual, inevitablemente, fue cubierto por embarques de metal o monedas, práctica que provocó en Chile cierta fuga de circulante. La falta de moneda menuda, en particular, constituyó una queja constante hasta bien entrado el siglo xx.

LA ELITE COLONIAL Y SU ASENTAMIENTO URBANO

Casi desde el comienzo, una pequeña clase alta de criollos y españoles ocupó su lugar a la cabeza de esta aislada colonia agraria. En las primeras décadas, los conquistadores y sus seguidores se destacaron como grupo dominante gracias a su origen europeo y al poder que detentaban. Posteriormente, en la medida en que se consolidaron las grandes propiedades, la línea divisoria entre la clase terrateniente dominante y todas las demás se hizo mucho más marcada. A mediados del siglo xvii, un típico chileno de clase alta tenía una encomienda, una estancia y una chacra. Solía vivir parte del tiempo en Santiago, quizá servía un periodo o dos en el Cabildo (consejo municipal) y posiblemente ocupaba algún tipo de cargo público. Tampoco se trataba siempre de él, como lo muestra el caso de la sádica viuda y probable asesina Catalina de los Ríos Lisperguer, más conocida por su apodo de *La Quintrala*.

La composición de esta elite colonial cambió ostensiblemente durante el siglo xviii. Como resultado del aumento de las oportunidades comerciales, miles de españoles inmigraron a la colonia (unos 24.000 entre 1700 y 1810). Aproximadamente la mitad de éstos provenían del País Vasco. Los inmigrantes con más éxito ganaron el suficiente dinero (generalmente en el comercio) como para comprar haciendas y ocupar un lugar entre la clase alta. Muchas familias criollas más antiguas (los Carrera, los Cerda, los Covarrubias, los Irarrázaval, los Ovalle y los Toro, entre otros) conservaron su posición, pero otras cedieron su puesto a los recién llegados. De esta manera, nació lo que se llamó la «aristocracia castellano-vasca»: si bien la mayor parte de estas familias provenía efectivamente del norte o centro de España, otras regiones ibéricas también estaban representadas, a las que había que sumar una pequeña gota de sangre extranjera. A pesar de que a los extranjeros les estaba prohibido establecerse en el Imperio español, unos pocos lograron echar raíces en la colonia. Varias familias portuguesas, unas cuantas francesas y una o dos italianas también formaban parte de la clase alta a finales del siglo xviii, época en la cual podemos estimar que más de 300 familias constituían la elite colonial.

La imagen que la elite colonial tenía de sí misma era aristocrática, sin ninguna duda. Había varias formas de reforzar esta sensación. Para los criollos más ricos, los símbolos de alcurnia más codiciados eran la creación de *mayorazgos* (estrictos vínculos de propiedad de la tierra a través de sucesivas generaciones en el interior de la familia) y la obtención de títulos de nobleza. Dado que se trataba de una colonia pobre, en 1800, Chile sólo con-

taba con diecisiete mayorazgos y no más de doce títulos (siete marqueses y cinco condes); muchos títulos y mayorazgos coincidían. Para aquellos que no podían aspirar a un título, pertenecer a una de las grandes órdenes españolas de caballería (Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa) podía llegar a ser una alternativa. Mayor número de personas obtuvo nombramientos en las milicias coloniales, reorganizadas bajo el gobierno borbónico.

Al igual que en otras regiones del Imperio español, la clase alta tenía un férreo sentido de la genealogía. Muchas de las familias más importantes contaban con vastas ramificaciones, siendo el caso más célebre, sin duda, el del clan Larraín, cuyo fundador vasco llegó a Chile en la década de 1680. Hacia 1800, la familia se había dividido en dos ramas principales: una estaba liderada por un marqués que ostentaba un mayorazgo; la otra, si bien menos próspera, era tan grande que se hizo conocida como la casa «otomana» o «de los ochocientos». Los Larraín (con sus vínculos con otras familias de notables, como los Errázuriz y los Vicuña) aparecerían y reaparecerían en la escena política de la Independencia.

En términos económicos y sociales, esta elite colonial ejerció durante la colonia un dominio que nunca llegó a ser desafiado. Su influencia política fue necesariamente un poco menos directa, dada la política española de excluir a las familias criollas del gobierno. Sin embargo, parece ser que algunas familias criollas de finales del siglo xviii lograron formar alianzas matrimoniales con funcionarios civiles u oficiales militares bien ubicados, y ya en 1800 varios criollos ocupaban buenas posiciones. El estudio de Jacques Barbier acerca de ese periodo indica que siempre hubo «estrechos vínculos entre la elite local y los cuadros administrativos»¹².

En términos generales, la elite criolla fue claramente menos próspera que sus semejantes en los grandes virreinos. En 1796, un visitante español hizo una lista de los siete hombres en Chile cuyos ingresos «pasan de cien mil pesos con exceso», junto con otros veinte que percibían ingresos de alrededor de cien mil pesos. Esta lista era incompleta¹³. La agricultura no dejaba grandes ganancias. En 1796, Manuel de Salas indicó que el campo estaba lleno de personas «llevando un nombre ilustre» y amargadas por las penurias económicas¹⁴. Si bien resulta difícil hacerse una idea global de los ingresos de la clase alta, esto es definitivamente más complejo cuando se trata de los salarios que existían más abajo en la escala social. En el campo, los salarios en dinero eran raros. En Santiago, un carpintero podía ganar entre 200 y 300 pesos en un buen año; un albanil, un poco más.

¹² *Reform and Politics in Bourbon Chile, 1755-1796*, Ottawa, 1980, pág. 192.

¹³ Juan Ricardo Cuyumondjian, «Los magnates chilenos del siglo xviii», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 136, 1968, págs. 315-322.

¹⁴ *Escritos de don Manuel de Salas*, vol. I, pág. 155.

Aunque valoraba la propiedad rural, la elite colonial prefería el asentamiento urbano. Algunas de las conocidas ciudades modernas del Valle Central (Talca, San Fernando, Rancagua, Curicó) fueron fundadas por el gobernador Manso de Velasco a comienzos de la década de 1740; otras (Linares, Parral) lo fueron en la década de 1790. Entre ellas, ninguna llegaba a ser más que unas pocas calles cubiertas de polvo o de barro, según la estación del año. Prácticamente todas las ciudades principales de Chile correspondían a pueblos según los patrones urbanos europeos. Valparaíso, el puerto principal, era un pequeño conjunto de casas y destaralados almacenes en una playa desangelada. En 1800, su población pudo haber excedido las 4.000 personas. La Serena era algo mayor y más parecida a una pequeña ciudad con su propia atmósfera. La segunda ciudad de la colonia, Concepción, destruida por el terremoto de 1751 y reconstruida en una nueva ubicación junto al Biobío, se veía a sí misma, en forma no del todo convincente, como la rival de Santiago.

De hecho, en 1800, sólo la capital era lo que podría llamarse una verdadera ciudad. Su población ese año se aproximaba a las 30.000 personas. Algunas de sus calles estaban adoquinadas. A finales del período colonial, se realizaron unas pocas obras para embellecerla: en 1765, se alzó sobre El Mapocho un imponente puente de piedra con once arcos, el Puente de Cal-y-Canto. El Mapocho estuvo seco durante la mayor parte del año. En otras épocas, el río podía producir desastrosas inundaciones, como aún lo hace cada cierto tiempo: en 1804, se construyó un muro de contención que corría a lo largo de treinta cuadras por una de sus riberas. La pobreza de Chile, así como los terremotos, impedían que surgiera una arquitectura algo más sofisticada; no obstante, hacia 1800, la capital se vio dotada con algunos edificios respetables. El más notable, sin duda, fue la Casa de La Moneda (más simplemente «La Moneda»), un hermoso palacio austestamente neoclásico que, desde 1805, albergó la ceca colonial y, desde 1846, la Presidencia de la República.

Si bien Chile se encontraba aislada del mundo, las ciudades coloniales estaban aisladas, además, unas de otras en varios sentidos. Muy escasos eran los caminos que merecieran dicho nombre. El gobernador Ambrosio O'Higgins construyó una carretera adecuada de Santiago a Valparaíso, pero el viaje por tierra de Santiago a Concepción era trabajoso: ocho días a Talca, y otros ocho días de allí a Concepción¹⁵. Hasta la llegada del ferrocarril, la forma más fácil para viajar hacia el norte o el sur del país era por barco. En el caso de las provincias del Norte, esta situación se mantuvo hasta el siglo xx.

Los horizontes de la clase alta criolla, por ende, eran estrechos. La colonia no contaba con una imprenta propiamente dicha y, como resultado, no había periódicos, ni siquiera parecidos a los limitados ejemplares que se publicaban en Lima o en Buenos Aires. Aunque en 1802 se abrió un pequeño teatro en Santiago, la mayor parte de la vida social

¹⁵ Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 16 vols., vol. VII, 1884-1902, pág. 406.

se veía reducida a las *soirées* y tertulias organizadas por las familias más ricas. Las veladas musicales y los bailes (fandangos y boleros en esta época *pre-cueta*) eran animados, a fines del siglo xviii, por flautas, clarinetes e incluso algunos pianos importados. Los hijos varones de la clase alta recibían su educación superior en la Real Universidad de San Felipe, abierta en 1758. Entre 1758 y 1813, ésta formó a 1.837 estudiantes y otorgó 299 doctorados. La Academia de San Luis, creada en 1797 gracias a la iniciativa de Manuel de Salas para impartir una educación más técnica, no prosperó. El sopor de la escena urbana rara vez se veía interrumpido, y sólo por las festividades públicas —y también por los numerosos días de fiesta de la Iglesia católica—.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

La Iglesia católica era un elemento obligado de la vida en los tiempos coloniales, al menos en las ciudades: en el campo, los oficios religiosos del clero eran mucho más intermitentes. Los dos obispos de Chile, Santiago y Concepción, dependían del Perú y databan de comienzos del asentamiento español (1561 y 1603, respectivamente). En 1800, el clero secular de la diócesis de Santiago contaba 220 personas; en Concepción, unas 90. También había alrededor de 1.000 religiosos, distribuidos en las cinco Órdenes principales. La Iglesia jugaba un papel activo en la educación y dirigía los seis hospitales de la colonia. Sin embargo, no poseía grandes extensiones de terreno. La única Orden religiosa que alguna vez poseyó cierta cantidad de tierras se destacaba por su ausencia en 1800. Al igual que en otras regiones del Imperio español, la Sociedad de Jesús (presente en Chile desde 1593) se constituyó desde los comienzos como la Orden más poderosa: poseía y trabajaba más de cincuenta propiedades, las únicas farmacias de Chile, talleres que producían artículos de vidrio, cerámica y textiles, e, incluso, un pequeño astillero en la desembocadura del río Maule. Esta imponente función económica, junto con sus opiniones supuestamente ultramontanas, la llevaron finalmente a su ruina: en 1767, la Orden fue expulsada abruptamente del Imperio español. De los 400 jesuitas deportados de Chile por el gobernador Guill y Gonzaga, el 50% eran sacerdotes, y el 75%, criollos. Quizá éste haya sido el acontecimiento aislado más grave que debió de vivir el Chile del siglo xviii. Además de dejar un importante vacío en la educación, la expulsión colocó en el mercado un buen número de haciendas bien administradas. Estas fueron reasignadas por un comité, desde 1771 en adelante, y muchas de ellas pasaron a manos de la «aristocracia castellano-vasca».

Más allá de su función religiosa, la Iglesia también constituyó un hito en el panorama de la autoridad colonial. El gobierno vio, en la jerarquía y el clero, agentes del Estado, que inculcaban debidamente la lealtad y la obediencia al lejano monarca. La mayoría de los chilenos, consciente o inconscientemente, aceptó el sistema de gobierno jerárquico en

cuya cima dominaba el rey. Dentro de este sistema, Chile era una Capitanía general, una provincia menor en el interior del enorme Imperio del rey. Su subordinación administrativa al Virreinato del Perú nunca tuvo mucha importancia y fue abandonada formalmente en 1798. La colonia era regida por un gobernador y (desde 1609) por una Audiencia, cuyo presidente era el propio gobernador. Por debajo del gobernador y la Audiencia, una serie de corregidores presidían los distritos locales de variado tamaño en que estuvo dividida la colonia hasta que se produjeron los cambios administrativos de la década de 1780.

Las reformas del rey Carlos III no afectaron, en lo esencial, el sistema autoritario y jerárquico; de hecho, habían sido concebidas conscientemente para fortalecerlo. En 1786-1787, Chile fue reorganizado en dos Intendencias, Santiago y Concepción (con el río Maule como frontera), y veintidós jurisdicciones menores (catorce para Santiago, ocho para Concepción) conocidas como Partidos, cada uno gobernado por un subdelegado. El nuevo sistema no operó durante el suficiente tiempo como para permitirnos evaluar sus méritos. Tampoco resulta fácil estimar la calidad del gobierno durante los últimos años del periodo colonial. Podemos señalar que la mayoría de los gobernadores de dicho periodo obtuvieron luego el rango de virrey. Uno de los más laboriosos de estos gobernadores, el irlandés Ambrosio O'Higgins, dejó huellas muy concretas en Chile, llegando incluso a honrar, con verdadera vena irlandesa, su lejano terruño natal bautizando la nueva ciudad nor-teña como Vallenar: nombre españolizado de Ballinury (Condado de Sligo).

La estructura autoritaria del Imperio no permitió el desarrollo de una tradición de debate y disentimiento políticos como la que se encuentra en la mayoría de las colonias británicas. Y, aunque los criollos fueron excluidos de los estratos más altos de gobierno, no les faltó su propio foro: el Cabildo. A finales del siglo XVIII, el Cabildo de Santiago, por razones obvias el más importante de Chile, consistía en doce regidores permanentes, un secretario y un procurador: los cargos de consejero, como muchos otros cargos en el Imperio, eran vendidos y comprados cuando surgían vacantes. La tradición, sin embargo, asignaba al Cabildo un papel importante en momentos críticos, cuando podía convocar a Cabildo Abierto, asamblea general de los principales ciudadanos.

Por su parte, los criollos también encontraron los medios para expresar su descontento. La introducción de un Estanco (monopolio estatal del tabaco) en 1753, creado para financiar las guarniciones de la Frontera, provocó una ola de agitación, que se recrudeció trece años después. Los intentos del gobierno por reunir dinero mediante nuevos impuestos (en 1776) y por otros medios (1781 y 1805) también desencadenaron momentos de tensión entre los criollos y el gobernador¹⁶. Todo esto produjo serias quejas, pero no puso en peligro la estructura política absolutista del Imperio.

¹⁶ El Estanco se convirtió en la mayor fuente de ingresos para la Capitanía general. Los impuestos coloniales incluían gravámenes a los metales, derechos aduaneros (*almofarizazgos*), diversos tipos de impuestos a

No obstante, había un problema latente más grave: el deseo crioil de acceder a estratos administrativos más altos. Esto se dejaba sentir en los intentos esporádicos que los criollos realizaban para impedir que los españoles ocuparan cargos provinciales en las Órdenes religiosas y para mantenerlos fuera del Cabildo de Santiago. A pesar de tales señales, las relaciones entre los criollos y los españoles parecen haber sido muy armoniosas en términos globales. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, la conciencia crioilla de los defectos de la sociedad colonial se fue haciendo cada vez más aguda. Los criollos educados e ilustrados pusieron al descubierto en una serie de escritos los males económicos y sociales que percibían a su alrededor: el gran número de vagabundos y mendigos, los problemas del comercio, el retraso en la educación. Jamás se mostraron tímidos en el momento de solicitar la reforma. Todas estas discusiones estaban arraigadas en la creencia optimista sobre el potencial de la colonia. «Chile podría ser el emporio de la Tierra», escribió en 1800 Anselmo de la Cruz, secretario del nuevo Consulado y excepcional defensor de un comercio más libre¹⁷. No es difícil detectar aquí el desarrollo de un tibio protonacionalismo, reflejado en algunos escritos del periodo, así como en las hermosas descripciones de Chile compiladas por algunos de los exiliados jesuitas, especialmente el gran Juan Ignacio Molina, para quien su tierra natal era «el jardín de Suramérica». Durante todo su largo exilio italiano, Molina nunca dejó de expresar (en vano) sus deseos «de volver a la patria... y de morir entre los míos»¹⁸.

¿UNA NACIONALIDAD INCIPIENTE?

¿Pero quiénes eran los «míos» del padre Molina? ¿Qué impulsaba su elocuente identificación con la tierra que había perdido? No podemos argumentar que ya en el siglo XVIII existiera un sentido desarrollado y profundamente arraigado de pertenencia a la nación chilena. Habría que preguntarse si quienes vivían en las haciendas o quienes eran los habitantes más pobres de las ciudades coloniales tenían algún sentido definido de identidad «chilena». La vena patriótica en la propaganda de la revolución independentista y la creación moderadamente sistemática de una tradición nacional que se produjo en la primera etapa de la República pertenecían al futuro. Sin embargo, consciente o inconscientemente, cierta nacionalidad chilena había empezado a surgir ya en tiempos de la colonia y debemos tomarla en cuenta, aunque sea con prudencia.

las ventas (*alcabalas*) y peajes por el uso de puentes y caminos. También se recolectaba (por decirlo así) un diezmo en beneficio de la Iglesia. La mayoría de los impuestos coloniales fueron abolidos o reemplazados en las décadas posteriores a la Independencia.

¹⁷ Miguel Cruchaga Tocornal, *Estudio sobre la organización económica y la hacienda pública de Chile*, 2 vols., vol. I, 1878-1881, pág. 343.

¹⁸ Charles E. Roman SJ y Walter Hanisch SJ (eds.), *Epistolario de Juan Ignacio Molina SJ*, 1979, pág. 218.

Se puede objetar que la aguda estratificación social del periodo impide siquiera sugerir que existiera una incipiente cultura «nacional». Podemos argumentar, no obstante, que el sentido de jerarquía social era en sí mismo un componente importante de la incipiente cultura nacional. Ciertos patrones de deferencia y esnobismo quedaron profundamente engarzados en la vida chilena del periodo colonial, patrones que han comenzado a desintegrarse en los últimos tiempos y que, posiblemente (como veremos), fueron evocados de manera inconsciente durante el régimen militar de las décadas de 1970 y 1980.

Para ilustrar este aspecto, debemos concentrar nuestra atención en dos cuestiones básicas de innegable importancia para cualquier cultura: *alimentación y lenguaje*.

Aunque, obviamente, el desarrollo de una cocina propiamente chilena se tomó su tiempo (el primer libro de cocina verdaderamente chileno, de tan sólo veintinueve páginas, fue publicado en 1851), sus principales componentes ya estaban presentes en el siglo xvi. Si bien el trigo y otros cultivos del Viejo Mundo se extendieron rápidamente en el Valle Central tras la conquista, los conquistadores no tardaron en adoptar algunos alimentos locales, como el maíz, la patata y el omnipresente poroto. Del gran océano provenían el pescado (la corvina, el congrio y otros) y los mariscos, que siguen siendo sin lugar a dudas el recuerdo gastronómico más permanente que de Chile se lleva el visitante moderno; sin olvidar el cochayuyo (alga), rápidamente asimilada por quienes ya se habían instalado en el siglo xvi.

El maíz, las patatas y los porotos se volvieron tan fundamentales en el régimen alimentario de los criollos como lo habían sido para los mapuches. Al mismo tiempo, a los platos españoles se fueron incorporando gradualmente ingredientes locales: es el caso de la empanada o de la clásica cazuela chilena, por ejemplo, que evolucionó de la olla podrida (cocido) española. Durante mucho tiempo, la carne de vacuno solía ser consumida seca, en forma de charqui, que se había convertido en la base de platos antiguos populares, como el charquicán y el valdiviano. Un condimento habitual para muchos de estos platos era, y sigue siendo, el ají. La escasez y el alto precio del azúcar hicieron que los amantes de los dulces tuvieran que esperar a la aparición de los postres; sin embargo, la pastelería se desarrolló finalmente en el siglo xvi y siempre hubo abundantes frutas, tanto importadas como nacionales, incluida la frutilla nativa chilena (*Fragaria chilensis*), que después fue llevada a Europa y cultivada en Versalles. Desde los primeros años de asentamiento se produjo vino en Chile, con vides de las variedades país y moscatel, a las que, más tarde, se agregó la chicha (proveniente del jugo fermentado de uvas, manzanas o frutillas). Los excesos con el vino y la chicha fueron normales tanto en los tiempos de la colonia como en los periodos posteriores de la historia chilena. Entre otras bebidas se encontraban también el mate (té paraguayo), que se hizo popular a finales del siglo xvii, y el chocolate (para quienes podían permitirse este lujo), que apareció en el siglo xviii.

La obra de Eugenio Pereira Salas y de otros nos proporciona una buena descripción de los diversos platos que se sabe fueron creados y comidos por los criollos y mestizos más prósperos. Mucho menos se sabe de los hábitos alimentarios de los pobres en el ámbito urbano o en el rural, cuya alimentación era más monótona y menos variada que la de los adinerados. Los datos que se conservan indican que el maíz, el trigo, las patatas, los porotos y (a veces) el charqui formaban la mezcla habitual. Además, hay que destacar que, durante el periodo colonial y en el caso de los más pudientes, la periodicidad de las comidas seguía un modelo esencialmente español: un almuerzo temprano, una comida a la una y una cena no más allá de las 6:30 p. m. También se tomaba un refrigerio alrededor de las 11 de la mañana. Durante el siglo xx, de una manera que no ha sido documentada adecuadamente, se estableció el sistema de comidas chileno moderno: desayuno, almuerzo a la una y comida al final de la tarde; el refrigerio de las once se desplazó a después del almuerzo.

Si pasamos de lo que la gente comía a lo que hablaba, queda claro que los principales rasgos distintivos del idioma español chileno ya estaban bien definidos a finales de la colonia. El español chileno ha sido reconocido como una de las cinco variantes principales del idioma español en las Américas. Los lingüistas modernos, de hecho, clasifican a Chile como un «área dialectal» por derecho propio. El dialecto en cuestión no siempre ha tenido buena fama. El gran gramático y erudito Andrés Bello se manifestó duramente en contra del habla atolondrada y mutilada que escuchó a su alrededor cuando se instaló en el país en 1829. En la década de 1870, Zorobabel Rodríguez escribió: «La incorrección con que en Chile se habla y escribe la lengua española es un mal tan generalmente reconocido como justamente deplorado»¹⁹. Desde esa época, la educación ha hecho mucho por mejorar el nivel gramatical y ortográfico del lenguaje escrito, pero la pronunciación característica y las diversas peculiaridades sintácticas (y de vocabulario) chilenas han sobrevivido y (felizmente) no muestran signos de desaparecer.

El español chileno comparte muchos rasgos con otras formas americanas, en las cuales la influencia andaluza ha sido especialmente fuerte. La influencia mapuche en el acento y la entonación no parece demasiado importante, excepto posiblemente en el sur. Como en otras regiones de América, la *c* y *z* suaves se convirtieron en [s]; la *ll* no es más que una [j], carente de su sonido más líquido castellano, aunque a veces se acerca al característico [zh] rioplatense. Los visitantes del Chile de hoy, acostumbrados a los estrictos cánones del español de Castilla, notarán la entonación más bien musical, la desaparición de la *s* en los plurales (y su virtual desaparición antes de las consonantes), el marcado pasaje gradual que se da a la vocal *e* después de la *g* o la *j* y el tan particular sonido de [tr]. El rico vocabulario local incluye elementos del mapuche (poncho, pichanga, etc.), y

¹⁹ *Diccionario de Chilanismos*, 1875, pág. vii.

del quechua (papa, palta, etc.), así como muchos otros préstamos del inglés, del francés o del alemán. También debemos señalar aquí que los chilenos tienden a emplear más diminutivos (y también más aumentativos) que otros hispanohablantes. Y, si bien es difícil medir tales cosas, la tendencia chilena a utilizar un lenguaje soez quizás sea la más pronunciada de todo el mundo hispanohablante. Los sustantivos *buevón* y *buevada* (y el verbo correspondiente, *buevear*) —a menudo considerados groseros en otras partes— tienen un uso tan extendido que han perdido gran parte de la fuerza que originalmente poseían. El gran lingüista chileno Rodolfo Oroz, al notar a mediados del siglo xx que estos términos eran universales entre los pobres de la ciudad, sugirió que incluso habían penetrado en «ciertos sectores de la clase media»²⁰. De hecho, era así.

Sería interesante esbozar algunas generalizaciones sobre la psicología de ese incipiente carácter nacional chileno, pero hasta ahora pocos académicos se han preocupado seriamente del tema. Ciertos aspectos (el humor chileno, por ejemplo, el más agudo de América Latina) encierran grandes dificultades para su análisis. Rolando Mellafe ha sugerido que los periódicos desastres naturales, especialmente los terremotos, han marcado la mentalidad de los chilenos. Mellafe cuenta 282 desastres entre 1520 y 1906: 100 terremotos, 46 inundaciones importantes, 50 sequías, 82 epidemias y 4 plagas de insectos devoradores de plantas y árboles²¹. Los visitantes modernos de Chile también suelen especular en este sentido. El escritor francés Albert Camus, durante una breve visita en 1949, detectó «una psicología de la inestabilidad» que probablemente era producto de los terremotos y que llevaba, según él, a cierta propensión a los juegos de azar²². Stephen Clissold, un antiguo residente inglés del mismo período, se preguntó retóricamente: «¿no es acaso toda la vida un juego de azar... para quienes viven en una tierra donde fuertes terremotos pueden arrebatarte de un momento a otro todas sus posesiones mundanas e incluso la vida misma?»²³.

REFORMADORES Y REVOLUCIONARIOS

Sin importar lo aislada y remota que fuera la Capitanía general de Chile, ésta no podía permanecer totalmente al margen de las nuevas tendencias internacionales, en particular de

las críticas liberales que se alzaban en Europa contra la monarquía absoluta y el principio de la dependencia colonial. Unos cuantos criollos se familiarizaron con la literatura de la Ilustración europea. La exitosa rebelión de las trece colonias inglesas en América del Norte no pasó inadvertida. Al cabo de pocos años, algunos celosos americanos, imbuidos de un patriotismo revolucionario, distribuyeron traducciones de la *Declaración de Independencia* o de la nueva Constitución federal a través de viajes que realizaban los balleneros o los contrabandistas por la costa chilena. La Revolución Francesa también dejó su huella en el pensamiento de algunos criollos. Sin embargo, cualquiera que haya sido el impacto que estas nuevas ideas y grandes acontecimientos hayan tenido en otras regiones del Imperio español, ningún historiador ha sido capaz de demostrar convincentemente la existencia de serias conspiraciones criollas contra el orden establecido en Chile. A lo más a que se puede llegar en este terreno es al caso de un excéntrico cura, fray Clemente Morán de Coquimbo, cuyas declaraciones en favor de la Revolución Francesa le valieron el confinamiento en el monasterio de Santo Domingo en Santiago y la muerte en la oscuridad (octubre de 1800).

A finales del período colonial, sin embargo, ya había indiscutiblemente en Chile un puñado de convencidos separatistas. Bernardo Riquelme, el hijo bastardo del gobernador O'Higgins, enviado a Inglaterra para recibir allí parte de su educación, asimiló los ideales revolucionarios nada menos que de boca del inagotable conspirador venezolano Francisco de Miranda. Esto no impidió que Riquelme, al volver a Chile para heredar una propiedad de 26.000 hectáreas en la Frontera, intentara (infructuosamente) asumir el marquesado y la baronía de su famoso padre, así como su apellido. Sin embargo, no olvidó las enseñanzas de Miranda. Los criollos más ilustrados de la época, hombres como Manuel de Salas y Juan Egaña, fueron poderosos defensores de la reforma económica e incluso social e impulsaron prácticos programas, en la mejor tradición de la Ilustración. Sus escritos pueden verse, retrospectivamente, como ejemplos del protonacionalismo ya mencionado. La mayoría de los criollos de espíritu reformador (como sus colegas en España) eran «neomercantilistas» que veían como agente del cambio a la monarquía imperial, y no a alguna hipotética revolución nacional que podía no ocurrir nunca. Los líderes de la sociedad criolla siguieron, a distancia (y con un retraso de tres o cuatro meses), los tumultuosos acontecimientos de la Europa revolucionaria y napoleónica, acontecimientos en los que rápidamente se vio involucrada la propia España. Estos desaprobaron manifestamente el régimen del Terror que reinaba en Francia: «el mayor escándalo que han visto los siglos», escribió el poseedor de un mayorazgo, José Antonio de Rojas²⁴, posiblemente un separatista encubierto y sin duda un escéptico ilustrado que había visitado Europa y traído consigo libros prohibidos. Los criollos enviaron donaciones

²⁰ *La lengua castellana en Chile*, 1966, pág. 403.

²¹ *Historia social de Chile y América*, 1986, págs. 279-288. Para una lista de desastres más reciente—755 en total entre 1541 y 1992 (260 incendios, 136 epidemias y hambrunas, 166 terremotos y erupciones volcánicas, 173 inundaciones y sequías)—, ver Rosa Urrutia de Hazzbin y Carlos Lanza Lazzano, *Catástrofes en Chile 1541-1992*, 1993. No todos los desastres catalogados impresionan al lector como desastres mayores.

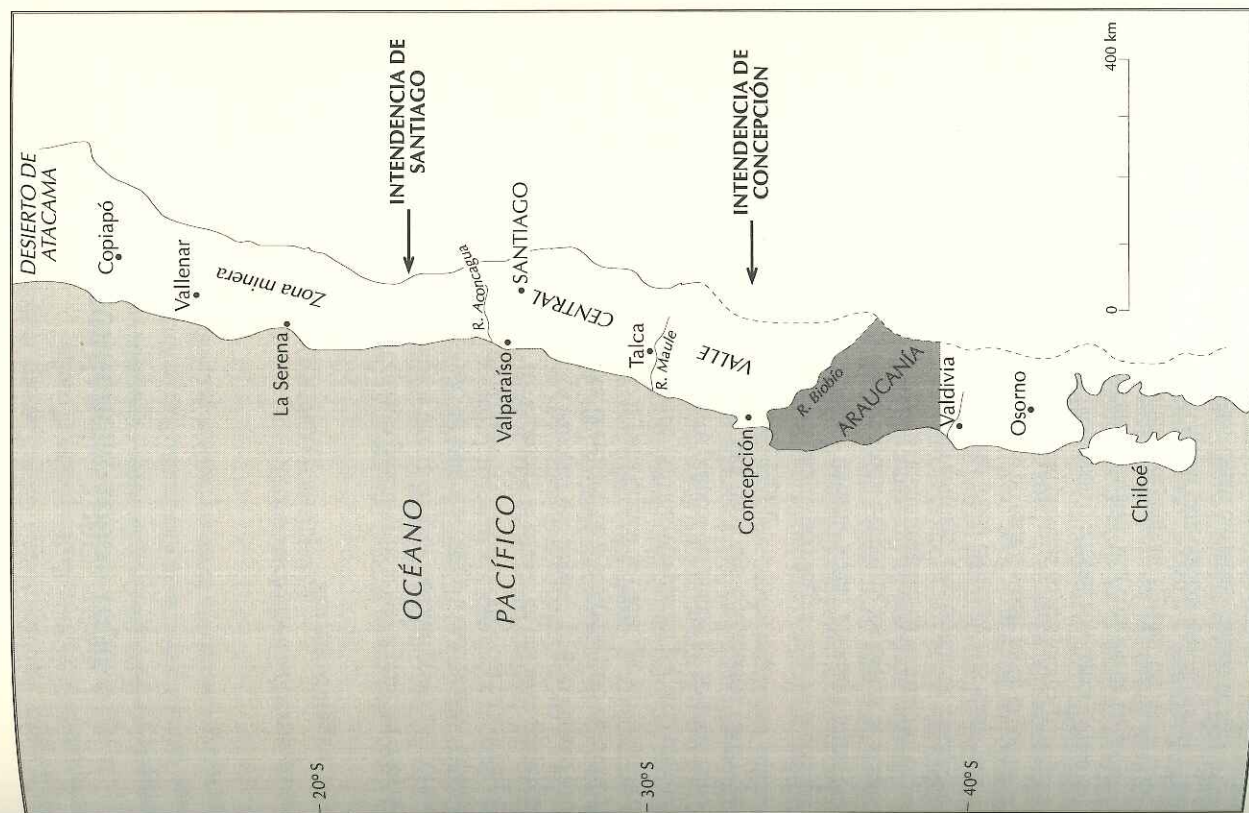
²² *American Journals*, Londres, 1990, pág. 132.

²³ *Chilean Scrapbook*, Londres, 1952, pág. 143.

²⁴ Citado en Jaime Eyzaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, 1957, pág. 76.

para contribuir a la guerra española (127.988 pesos entre 1793 y 1806), pero el gran mundo europeo parecía tranquilizadamente distante. Y de hecho lo estaba.

En 1806–1807, sin embargo, ese mundo se acercó de manera apabullante: una expedición británica proveniente de Suráfrica capturó repentinamente Buenos Aires. Si bien fue repelida por una fuerza criolla reclutada con presteza, los británicos volvieron con fuerza y tomaron Montevideo, sólo para retirarse del río de la Plata tras un segundo asalto infructuoso a Buenos Aires. Estos serios acontecimientos en una provincia vecina tocaron la fibra del patriotismo imperial en el corazón de los criollos chilenos. La mayor parte de ellos estaban seguros de que el principal peligro provenía del enemigo tradicional del Imperio español: Inglaterra. Tales temores estaban perfectamente justificados: una expedición británica a Chile, de hecho, había sido planeada y enviada, pero había tenido que desviarse debido a las torpes operaciones en el río de la Plata. Por un irónico revés del destino, Gran Bretaña pronto tendría que ir en ayuda de la propia España, en las terribles circunstancias de 1808. Como resultado del sorpresivo giro que tomaron los acontecimientos, la remota y aislada Capitanía general de Chile se convirtió en una nación independiente cuya historia es el tema de nuestro libro.



Mapa 2: Chile tardo-colonial.

La Independencia, 1808-1830

¡O vivir con honor o morir con gloria!

Bernardo O'Higgins, 1813

La llegada de la independencia de la Capitanía general (y de la mayor parte del resto de la América española) fue una consecuencia directa del gran trastorno provocado por las guerras napoleónicas en Europa. En mayo de 1808, tras obligar a abdicar al rey español Carlos IV, Napoleón destituyó y desterró al nuevo rey, Fernando VII, y colocó a su propio hermano José en el trono de España. Los españoles se alzaron en una feroz resistencia contra el rey intruso y contra los ejércitos franceses que llegaban en gran número a su país. En lo que quedaba de la España libre, el ejercicio de la autoridad pasó espontáneamente a una serie de juntas locales, como la Junta Central de Cádiz, que se convirtió en el verdadero gobierno, aunque a comienzos de 1810 fue reemplazada por un Consejo de Regencia. Los liberales españoles (los primeros políticos del mundo en llevar tan honorable nombre) aprovecharon la oportunidad para darse una Constitución (1812) que transformaba a España en una monarquía constitucional.

La noticia de que Fernando VII había sido destronado llegó a Chile en septiembre de 1808. La reacción inmediata fue de intensa y ferviente lealtad a la madre patria. Una vez más, los criollos enviaron donaciones para ayudar a la guerra; los jóvenes de alcurnia de Santiago (Francisco Antonio Pinto, entre ellos) lucían imágenes de Fernando VII en sus sombreros. A medida que pasaban los meses, sin embargo, este espíritu de lealtad cambió. Puesto que la propaganda española apuntaba a una estructura más liberal para el Imperio, algunos criollos comenzaron a sopesar si no sería deseable tomar el control de los asuntos de la colonia. La presión en este sentido provenía de tres fuentes principales. Los criollos instruidos que ya antes habían promovido la reforma económica y social sentían ahora que este cambio podía lograrse mejor a través de la creación de un gobierno chileno autónomo, aunque siempre en el interior del Imperio español. Un mayor número, quizá, veía el régimen nacional como un medio para obtener más fácilmente el tan deseado acceso a los cargos públicos. Y también estaba ese ínfimo puñado de separatistas y revolucionarios a ultranza para los cuales las dificultades de España eran la oportunidad para Chile. Para el gobernador y la Audiencia, de más está decirlo, incluso la más leve de estas proposiciones sonaba a subversión. A la luz de los acontecimientos, el gobernador

de la época, Francisco Antonio García Carrasco, resultó un imprudente, incapaz de enfrentarse a la creciente ola de aspiraciones criollas.

En abril de 1810, la Capitanía general de Venezuela se convirtió en la primera colonia española que derrocaba a su gobernador e instauraba una Junta criolla. Un mes después, entre turbulentas escenas multitudinarias, Buenos Aires hizo lo mismo. Estas noticias de los vecinos causaron una fuerte impresión en la opinión pública criolla de Santiago.

LOS PRIMEROS GOBIERNOS CRIOLLOS

El Cabildo desempeñó el papel principal en la configuración del emergente programa criollo. En mayo de 1810, el arresto de tres prominentes criollos por orden de García Carrasco, bajo el cargo de sospecha de conspiración, abrió una lucha a tres bandos entre el Cabildo, el gobernador y la Audiencia. La tensión llegó a su punto máximo cuando dos de los tres hombres fueron deportados al Perú. Para apaciguar una peligrosa protesta pública, la Audiencia destituyó rápidamente a García Carrasco, nombrando en su lugar al acudalado criollo octogenario Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista. Gracias a esta maniobra, el Cabildo sólo se salvó por corto tiempo. Con la aceptación del nuevo gobernador, llamó a un Cabildo Abierto para evaluar la crisis de la corona. Dicha asamblea, a la que asistieron unos 400 de los ciudadanos más importantes, fue realizada en el edificio del Consulado el 18 de septiembre de 1810. El joven e inteligente procurador del Cabildo, José Miguel Infante, analizó los precedentes legales de una Junta criolla y la atestada sala estalló en gritos de «¡Junta queremos!». De esta manera, se eligió una Junta que debía defender y preservar a Chile para el «desgraciado monarca» Fernando VII, y gobernar la colonia hasta que se pudiera convocar un congreso en Santiago.

La cauta autonomía de septiembre de 1810 podía transformarse fácilmente en una postura más radical. Por su mera existencia (y no menos por su decisión de convocar un congreso), la Junta marcó una ruptura decisiva con el pasado. Su miembro más activo, el abogado Juan Martínez de Rojas, era sin duda un separatista. Bajo su influencia, el nuevo gobierno creó discretamente las bases para un pequeño ejército. Los acontecimientos en otras regiones pronto recordaron a los chilenos que sus destinos estaban unidos a un drama mucho mayor: en el desolado altiplano peruano, los soldados de las nuevas Provincias Unidas del Río de la Plata (Argentina) estaban luchando ahora contra el Virreinato del Perú, aún bajo el control español. Los 400 hombres que la Junta ofreció a Buenos Aires constituyeron un claro gesto de solidaridad. Que la lucha en ciernes podía ser sangrienta, se hizo evidente también en un abortado levantamiento realista en Santiago (abril de 1811), que se cobró más de cincuenta víctimas. Su caudillo español, el coronel Tomás de Figueroa, fue llevado ante un pelotón de fusilamiento.

La opinión pública criolla, sin embargo, aún no estaba preparada para moverse tan rápido como lo deseaban Rojas y otros radicales. Cuando el prometido congreso (elegido por los diversos cabildos) se reunió en Santiago en julio de 1811, había quedado compuesto en su mayoría por moderados más bien cautos. Rojas se retiró a Concepción disgustado. Los irrefrenables reformistas de Santiago, dirigidos por los «ochocientos» Larraín, establecieron entonces un desafortunado precedente cuando recurrieron al apoyo de los militares para su causa, con la ayuda de un impetuoso y joven oficial, José Miguel Carrera. Sin demora, se realizó una purga en el congreso. Sin embargo, la naturaleza apasionada de Carrera no lo predisponía para aceptar un papel subalterno y, menos aún, ante los Larraín. Dos meses después (el 15 de noviembre de 1811), se colocó a sí mismo a la cabeza de una nueva Junta y disolvió sin más el congreso. Los primeros meses de 1812 fueron testigos de la lucha entre Carrera y el aún desafiante Rojas en Concepción. Finalmente, Rojas fue depuesto y desterrado (julio de 1812). Por el momento al menos, Chile estaba bajo el gobierno de un solo señor: un caudillo.

A la postre, los escritores habrían de describir a Carrera como la gran figura romántica de la revolución criolla: un joven atractivo y elegante de indudable popularidad y ardor reformista. Bajo su égida, la reforma aceleró su ritmo. Las doctrinas revolucionarias fueron apareciendo en las páginas de *La Aurora de Chile*, el primer periódico chileno, editado por el clérigo radical fray Camilo Henríquez. Sin embargo, Carrera no hizo mucho más que declarar la Independencia. Su breve *Constitución Provisional* (octubre de 1812) aún mostraba cierta lealtad formal a Fernando VII. Incluso entre los criollos, el sentimiento realista todavía era fuerte y el clan Larraín, con sus numerosos contactos y vinculaciones, se le oponía desde el interior mismo del campo patriota. Si bien los primeros gobiernos patriotas habían descubierto el fervor reformista, aún les quedaba por descubrir la importancia vital de la unidad.

LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA

Muy pronto, el incipiente Estado chileno se vio puesto a prueba. El virrey del Perú, José Fernando Abascal, no podía seguir tolerando la evidente subversión de Chile. A comienzos de 1813, envió una pequeña fuerza operante bajo el mando del general de Brigada Antonio Pareja a Chiloe y Valdivia, cuyas guarniciones seguían siendo fieles a España. En cuestión de semanas, Pareja había reclutado un ejército de 2.000 hombres y ganado el control de gran parte de la provincia de Concepción. Comenzaron así una serie de guerras en las que, en gran medida, peleaban chilenos contra chilenos; sólo después, las fuerzas regulares españolas entraron a jugar un papel real. Hasta entonces la estrategia del virrey se centraba en el sur —fidel al rey— como base de sus operaciones.

Al enterarse de la invasión de Pareja, Carrera dejó el gobierno en manos de una nueva Junta y se dirigió inmediatamente hacia el sur, a Talca, para reunir a las fuerzas patriotas. La campaña inicial dejó en evidencia la desorganización tanto de los patriotas como de los realistas. El éxito de estos últimos en Yumbes Buenas (abril de 1813), la primera acción que superó una mera escaramuza, fue seguido por la intrascendente batalla de San Carlos. Mortalmente enfermo de neumonía, Pareja decidió concentrar sus fuerzas en Chillán y pasar allí el invierno. Los patriotas sitiaron la ciudad, pero no lograron vencer al enemigo. La guerra pronto se estancó.

Sin embargo, a pesar de todo, sí se trataba de una guerra y sus efectos en la revolución criolla eran predecibles. Ahora, a los criollos les resultaba más difícil permanecer neutrales. Sus familias a veces se encontraban divididas. La mayoría de los españoles, aunque no todos, eran leales al rey. El comienzo de la guerra ciertamente contribuyó a reforzar la posición de los líderes patriotas en Santiago. Asimismo, la labor de Henríquez y de otros editores contribuyó considerablemente a la difusión de la ideología revolucionaria. Además, la creación de un nuevo Instituto Nacional (para la educación secundaria y superior) y de una nueva Biblioteca Nacional, fueron signos elocuentes de que el impulso reformador no cedía.

La nueva Junta (influida por los Larraín) empezó a criticar cada vez con mayor dureza los fracasos de Carrera en Chillán. En octubre de 1813, la Junta se trasladó a Talca y, poco después, nombró a Bernardo O'Higgins para suceder a Carrera como comandante en jefe. Antiguo aliado de Rojas, O'Higgins había peleado con valentía en la primera campaña, pero su ascenso, al cual Carrera se opuso brevemente, sólo aumentó las divisiones en las filas patriotas. El cambio de mando (1 de febrero de 1814) se produjo justo a tiempo. Una segunda fuerza operante realista, bajo las órdenes del general de Brigada Gabino Gainza, avanzó rápidamente rumbo norte hacia el Maule, pero las enardecidas tropas de O'Higgins, victoriosas en las acciones de El Quilo y Membrillar, detuvieron su avance hacia Santiago. En estas circunstancias, un oficial naval inglés, el capitán James Hillyar, con el evidente apoyo del virrey del Perú, se ofreció para mediar entre ambos bandos. El acuerdo resultante, el Tratado de Lircay (3 de mayo de 1814), garantizaba cierto grado de autonomía chilena dentro del Imperio español.

Con gran parte del sur todavía bajo el control de los realistas, la última cosa que los patriotas necesitaban era la discrepancia. No obstante, Carrera, brevemente encarcelado por los realistas, logró escapar, volvió a Santiago y derrocó el gobierno (julio de 1814). O'Higgins repudió el nuevo régimen y se produjeron algunos encuentros esporádicos entre los dos ejércitos patriotas rivales. Mientras, llegó la noticia de que el virrey había rechazado el Tratado de Lircay y que una tercera expedición, bajo el mando del general Mariano Osorio, avanzaba hacia Santiago. La reconciliación con Carrera llegó demasiado tarde. O'Higgins decidió detenerse en Rancagua (80 kilómetros al sur de la capital) y ofre-

cer allí una desesperada resistencia. Fue una defensa feroz y heroica (1 y 2 de octubre de 1814), pero inútil: los refuerzos de Carrera no llegaron y O'Higgins tuvo que abrirse camino en retirada. Al ver desintegrados los ejércitos patriotas, el pánico se apoderó de la capital. O'Higgins, Carrera y unos 2.000 hombres huyeron por los altos pasos andinos para refugiarse en Argentina. Osorio entró triunfante en Santiago con el aplauso de la multitud y la gratitud de todos los criollos leales al rey.

Sin ser un hombre vengativo, Osorio se vio obligado a tomar severas medidas en Chile. El rey Fernando VII, ya restituído en su trono, estaba decidido a borrar todas las huellas que quedaban del liberalismo en España y en América. Alrededor de 1816, la causa patriota estaba en ruinas por doquier excepto en las provincias del río de la Plata. En Chile, la mayoría de las reformas patriotas de 1810-1814 habían sido eliminadas: el Instituto Nacional y la Biblioteca Nacional también habían desaparecido. Tanto el propio Osorio como su sucesor, mucho más vengativo, Francisco Casimiro Marcó del Pont, lucharon tenazmente por erradicar el respaldo patriota. Unos cuarenta prominentes criollos fueron desterrados al archipiélago de Juan Fernández; otros fueron encarcelados, desterrados de Santiago, obligados a pagar préstamos forzosos, despojados de sus propiedades. El asesinato brutal de unos cuantos prisioneros patriotas a manos de los soldados españoles del Regimiento Talavera fue un episodio particularmente lamentable de este infeliz período.

La represiva «reconquista» española de Chile transformó los corazones y las mentes de los criollos. Para la mayoría de ellos, la Independencia parecía ahora la única posibilidad práctica. El legendario Manuel Rodríguez organizó una escurridiza banda guerrillera, ejemplo imitado por otros. Las principales esperanzas de los patriotas, sin embargo, estaban puestas al otro lado de los Andes, donde el gobernador de Cuyo, el general José de San Martín, planeaba desde hacía tiempo utilizar un Chile liberado como base para el asalto marítimo al Virreinato del Perú —clave para expulsar a España de Suramérica—. A comienzos de 1817, el Ejército de los Andes de San Martín (más de 4.000 hombres) estaba listo para emprender su misión liberadora. Si bien este ejército estaba compuesto mayoritariamente por argentinos, también contaba con un contingente de chilenos exiliados y O'Higgins estaba al mando de una de sus divisiones.

El cruce del ejército de San Martín por los desolados y gélidos pasos de los Andes fue una suprema hazaña de guerra. Distráidos por la acción de la guerrilla, los realistas fueron sorprendidos. En la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817), O'Higgins le dio la victoria a los patriotas y despejó el camino a Santiago, donde una asamblea de hombres ilustres ofreció el gobierno a San Martín. Sin embargo, éste se encontraba decidido a atacar al Perú y declinó el ofrecimiento. La única alternativa era O'Higgins, quien, por ende, fue elegido director supremo del Estado de Chile.

Desde sus comienzos, el nuevo régimen se sumergió en los esfuerzos por continuar la guerra. Nueve días después de Chacabuco, O'Higgins decretó la creación de una

Academia militar y, a fin de año, el nuevo Ejército de Chile (cerca de 4.800 hombres) era más numeroso que el Ejército de los Andes. Los realistas, mientras tanto, se habían fortificado inexpugnablemente en la península de Talcahuano y no podían ser expulsados. El sucesor de Abascal como virrey del Perú ordenó entonces al general Osorio que dirigiera otra expedición contra Chile. Su llegada a Talcahuano fue la señal para una nueva y poderosa ofensiva realista. En señal de desafío y, mientras replegaba a sus soldados una vez más hacia el norte, O'Higgins dio el tan aplazado paso de proclamar la Independencia de «el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes» (febrero de 1818).

Durante unas pocas y tensas semanas, nada pudo parecer menos adecuado. En Cancha Rayada, cerca de Talca, los realistas cayeron de noche sobre los patriotas (el 19 de marzo de 1818); O'Higgins fue herido gravemente. En Santiago reinaba la confusión: algunos patriotas incluso huyeron por segunda vez cruzando las montañas hacia Mendoza. Sin embargo, San Martín logró reagrupar sus maltrechas tropas y, el 5 de abril de 1818, le infligió una derrota devastadora a Osorio en los llanos de Maipo, a las afueras de Santiago.

Maipo fue un golpe devastador para el Imperio español. No obstante, la resistencia realista continuó en el sur, donde la causa fue asumida por un excepcional jefe guerrillero, el cruel y licencioso Vicente Benavides. Sus bandas depredadoras andaban por doquier, con lo cual se organizó una pequeña guerra de ataques sorpresa, emboscadas, saqueos y quema de haciendas, junto con frecuentes atrocidades. Todo esto devastó aún más la provincia de Concepción, que ya había sido víctima de la táctica de tierra arrasada por parte tanto del ejército patriota como del realista. Finalmente, Benavides fue capturado (febrero de 1822) y la «guerra a muerte», como se la había llamado, cedió lentamente, pero no sin dejar como secuela un difundido pillaje.

Después de Maipo, O'Higgins y San Martín volcaron sus esfuerzos en la prometida liberación del Perú. Se organizó una pequeña escuadra naval chilena, cuya comandancia fue confiada a lord Thomas Cochrane, uno de los más famosos y audaces capitanes navales británicos de la época —alejado de su querida Armada Real por un gobierno reaccionario—. Cochrane rápidamente trabó una cordial amistad con O'Higgins y una aversión igualmente cordial hacia San Martín. En 1819, estuvo al frente de la escuadra en dos incursiones que le dieron a Chile control sobre el mar; y su sorprendente captura de la ciudad de Valdivia, entonces en manos de los realistas (enero de 1820), llenó de alegría los corazones patriotas. Ahora sólo la isla de Chiloé permanecía bajo dominio español.

Supuestamente, la emancipación del Perú debía ser una empresa mancomunada entre Chile y Argentina. Sin embargo, con la sombra de la guerra civil al acecho en las provincias del río de la Plata, recayó sobre Chile organizar y financiar (y en gran medida reunir las tropas de) la *Expedición Libertadora*. Los remanentes del Ejército de los Andes se fusionaron con el nuevo Ejército Chileno. La expedición zarpó de Valparaíso en agosto de 1820, contaba con unos 4.500 soldados, 16 barcos de transporte de tropas y 7 buques

de guerra. Al verlos dejar la bahía, O'Higgins quizá presintió que éste era su mejor momento; ciertamente nadie podía negarle a su gobierno todo el crédito que necesitaba. Chile no jugó un papel realmente significativo en las campañas posteriores, en las que Simón Bolívar y su Ejército colombiano liberaron Perú y Bolivia (el antiguo Alto Perú) —aunque algunos soldados chilenos pelearon en Ayacucho (diciembre de 1824)—, la gran batalla final.

La heroica infancia de la nación chilena había llegado a su fin. Sin embargo, el mundo exterior demoró todavía varios años reconocer el nuevo Estado de Chile. Los primeros países que lo reconocieron diplomáticamente fueron potencias menores, como Portugal (agosto de 1821) y Estados Unidos (marzo de 1822). En términos prácticos, la actitud de Gran Bretaña y Francia tuvo mayor importancia. Ni Antonio José de Irisarri ni Mariano Egaña, enviados chilenos a Europa (1819-1824 y 1824-1826, respectivamente) lograron nada en este sentido. En 1824, los británicos enviaron cónsules a los nuevos Estados americanos españoles y, en 1825, reconocieron a México, Colombia y Argentina, pero no a Chile. En las cancillerías europeas, las dudas sobre la estabilidad política del país habrían de persistir aún durante algunos años. Francia otorgó su reconocimiento en septiembre de 1830; Gran Bretaña lo hizo efectivo en julio de 1831, aunque el cónsul británico en Santiago sólo ocupó el cargo de encargado de Negocios durante otros diez años. España nunca pudo hacerse a la idea de haber perdido su antigua colonia hasta la firma de un tratado en abril de 1844. A estas alturas, gran parte del resto de Europa reconoció la existencia de la nueva nación-Estado chilena tanto en la teoría como en la práctica.

EL LEGADO DE LA REVOLUCIÓN

La Independencia marcó la cesura más profunda en la historia chilena. Es posible que el carácter nacional chileno se haya formado durante el período colonial; sin embargo, la nación moderna como tal data precisamente de la revolución criolla. Los hábitos de los chilenos en términos de *conducta* política se veían influidos en las generaciones futuras por las actitudes y prácticas heredadas del pasado colonial; no obstante, el marco de las *ideas* políticas ahora se había transformado radicalmente. La tradicional lealtad criolla a la monarquía absoluta desapareció, junto con el principio de la subordinación colonial. Con la derrota de España, el realismo dejó de ser una opción política válida. Tampoco lo era la forma local de monarquía constitucional que muchos defendían como un posible marco de gobierno. En la América española había quienes pensaban que éste podía ser el remedio para los problemas de los nuevos Estados. Aunque O'Higgins, por su parte, no estaba de acuerdo, la palabra «república» no se incluyó en una constitución chilena hasta 1823.

El nuevo panorama político criollo estaba formado por las doctrinas habituales del liberalismo, derivadas de la Ilustración y de la Revolución norteamericana, y por la po-

rosa fusión del liberalismo y del nacionalismo que constituyó el regalo de doble filo que la Revolución Francesa dio al mundo. Todos los chilenos involucrados en la vida pública proclamaban ahora su creencia en los derechos del hombre («derechos naturales e imprescriptibles: igualdad, libertad, seguridad y propiedad», como rezaba la Constitución de 1822), en un gobierno representativo, en la división de los poderes del Estado, en la igualdad ante la ley y en la virtud republicana. Por ende, la principal preocupación de los políticos chilenos durante el resto del siglo —y aún después— sería cuán lejos y cuán rápido debían ser llevados a la práctica todos estos principios.

El nacionalismo también fue un elemento clave en este nuevo panorama. Es cierto que, durante las guerras de independencia, los planes de una unión o confederación hispanoamericana fueron discutidos ocasionalmente. O'Higgins expresó una vez la esperanza en que Chile, Perú y Argentina pudieran formar algún día una «gran confederación similar a la de los Estados Unidos»¹. Tal acuerdo nunca fue ni remotamente probable. Los chilenos adoptaron a toda prisa los símbolos externos de una nacionalidad propia. La bandera nacional, en su forma definitiva, ondeó por primera vez en las ceremonias de la Independencia de 1818. Las palabras y la música del himno nacional fueron escritas en 1819-1820, aunque en 1847 se adoptó una nueva versión. El nuevo escudo nacional pasó por varias versiones antes de asumir su forma final en 1834, con el conocido cóndor, el huemul² y el lema nacional: «Por la razón o la fuerza».

Un nuevo estilo de apasionadas actitudes públicas entró en juego. Toda la herencia española era condenada ahora vehementemente como reaccionaria y oscurantista por los editores criollos: a los españoles se les llamaba constantemente «sarracenos» o «godos», apodos recordados por mucho tiempo e incluso a veces revividos. Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos se convirtieron en el modelo para medir el progreso chileno; el concepto mismo de progreso fue un componente importante en la mística revolucionaria. Pero, *¿cuál era la mejor forma de garantizar el progreso?* En general, los nuevos políticos de la década de 1820 creían que la legislación era eficaz en sí misma: buenas leyes —y, en particular, una buena constitución—, obrarían maravillas de forma automática. La nueva ola de fervor patriótico estaba marcada por una clara señal de utópico optimismo: el futuro nacional, se pensaba, tenía asegurado un destino luminoso. Ciertos elementos del pasado, también, eran gloriosos —como la historia de los araucanos y su larga lucha contra el imperialismo español—. «Qué son los semidioses de la Antigüedad al lado de nuestros araucanos»³. Era una lástima que la Frontera aún se mantuviera inamovible en su lugar y que los mapuches hubieran tendido a apoyar a los realistas durante la guerra.

¹ Simon Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence 1808-1833*, Cambridge, 1967, pág. 218.

² Huemul: tipo de venado que se encuentra en Chile y otros países andinos de Suramérica.

³ La Clave, n° 22, 11 de octubre de 1827.

La distancia entre los hechos y la fantasía no se limitaba a la manera en que los criollos idealizaban ahora a los araucanos. Dada la estructura social chilena, con su pequeña y cohesionada clase alta y su enorme masa de pobres analfabetos en los campos, necesariamente iba a ser difícil introducir la utopía liberal de la noche a la mañana. Las leyes electorales del período muestran este hecho: el derecho a voto sólo favorecía a un segmento muy estrecho de la población. Por tanto, los beneficios políticos de la Independencia quedaron restringidos en gran medida a la clase alta. En este sentido, la revolución fue una revolución conservadora que no iba acompañada de drásticos cambios en la sociedad.

Resulta muy difícil decir de qué manera esto podría haber sido diferente. La estabilidad del campo y la falta de castas étnicas claramente definidas dejaron poco espacio al tipo de tensiones y revueltas que se produjeron, por ejemplo, en México —una sociedad más rica y compleja— tras 1810. La abolición final de la esclavitud (julio de 1823) fue un gesto noble de José Miguel Infante y marcó su mejor momento, aunque sólo había unos 4.000 esclavos. Los esfuerzos para finalizar con la condición diferenciada de los amerindios (por medio de varias leyes) tampoco tuvieron resultados prácticos. Había muy pocas comunidades indígenas al norte de la Frontera que los rapaces terratenientes pudieran despojar. A este respecto, Chile fue muy diferente del Ecuador, de Perú o de Bolivia. Tratando de conseguir la igualdad ante la ley, O'Higgins abolió los signos externos y visibles de la aristocracia: el despliegue público de escudos de armas y de títulos de nobleza (marzo y septiembre de 1817). Sin embargo, su intento de eliminar los mayorazgos (junio de 1818) se vio frustrado. Treinta años más tarde, éstos fueron abolidos sin controversia ni mayores comentarios.

Las guerras de Independencia permitieron a algunos individuos, gracias a sus proezas militares, ascender en la escala social. Los *snobs* criollos de Santiago pueden haber despreciado «al huacho Riquelme», pero si Bernardo O'Higgins hubiera dejado familia, ésta hubiera sido socialmente muy respetada. De forma similar, las revoluciones suelen dar cabida a aventureros que en tiempos más tranquilos permanecen en la oscuridad. Algunos de los liberales de la década de 1820 pueden verse bajo esta luz, prestando una contribución menor al radicalismo social. Sin embargo, la «aristocracia castellano-vasca» de finales de la colonia se instaló firmemente como la clase gobernante de la nueva República; su posición se había visto fortalecida por la revolución.

Por ende, y a pesar de los cambios ideológicos, los principales hitos sociales de los tiempos de la colonia seguían siendo tan conspicuos como siempre. También la Iglesia había conservado su influencia tradicional: su naturaleza oficial figuraba por escrito en las constituciones del período. En realidad, la lealtad flagrantemente realista de la jerarquía y del clero (con excepciones tales como Camilo Henríquez) hizo que las relaciones entre la Iglesia y el Estado se vieran algo entorpecidas tras la Independencia. Por su parte, la Iglesia no aceptó que el nuevo Estado chileno heredara el *Patronato*, el antiguo poder

supervisor imperial. Una misión papal a Chile (1824), encabezada por fray Giovanni Muzi, trató de negociar esta cuestión sin éxito: el futuro del Patronato quedó en suspenso. El secretario de esta misión, fray Giovanni Mastai-Ferretti se convertiría después en el papa Pío IX y no olvidó jamás los paisajes y sonidos de Chile, como contarían luego muchos visitantes chilenos de Roma. En la década de 1820, asimismo, el gobierno interfirió en las Órdenes religiosas y confiscó sus escasas propiedades. Dejando de lado estos episodios, el poder implícito de la Iglesia se conservó prácticamente intacto tras la revolución, algo que los visitantes de confesión protestante de Chile advirtieron con desaprobación.

El hecho de que llegaran visitantes protestantes al país simboliza uno de los cambios de mayor alcance producidos por la Independencia: el fin de las restricciones comerciales coloniales. En enero de 1811, se abrieron cuatro puertos para el comercio extranjero. A finales de la década de 1820, más de 200 barcos anclaban anualmente en Valparaíso (más de cuatro veces la cantidad vista en 1810). Navíos británicos, franceses, norteamericanos y otros extranjeros reemplazaron rápidamente a sus competidores españoles y peruanos; también aumentaron los navíos chilenos, comprados a los extranjeros o consiguídos en los modestos astilleros de Nueva Bilbao (rebautizada Constitución en 1828) o Talcahuano. Con la abrupta caída del comercio transandino anteriormente significativo, el mar pasó a ser más que nunca la carretera de Chile hacia el mundo exterior, y ahora esa carretera llevaba a todas direcciones. Como resultado, los países marítimos del Atlántico Norte, encabezados por Gran Bretaña, cobraron una importancia en el comercio chileno que nunca más decaería.

El volumen del comercio exterior de Chile prácticamente se duplicó entre 1810 y mediados de la década de 1830. Este aumento del potencial comercial tenía diversas implicaciones para los diferentes sectores de la economía chilena. La agricultura se había visto gravemente afectada por las guerras. La provincia de Concepción, en particular, no logró recuperarse de verdad hasta después de la década de 1830: había sufrido el espantoso terremoto que tanto impresionó a Charles Darwin, así como una serie de epidemias de viruela un poco después. Las guerras de Independencia alteraron la tradicional exportación de grano al Perú, y los mercados alternativos (Argentina, Brasil, Uruguay) no constituyeron un sustituto real. La creciente demanda de provisiones para los barcos anclados en Valparaíso y otros puertos, junto con un alza general en el precio de los productos del campo, hicieron aumentar el volumen de las exportaciones agrícolas en la década de 1830, pero sólo modestamente.

En este nuevo clima comercial, las minas del norte florecieron. Ayudada por los nuevos hallazgos en Agua Amarga, cerca de Vallenar (1811), y Arqueros, cerca de Coquimbo (1825), la producción de plata probablemente se duplicó entre 1810 y 1830. El cobre, cuya demanda internacional aumentaba progresivamente, también se explotaba en una escala mucho mayor que antes y, durante algunos años, gran parte de la producción fue

enviada a la India británica y a China. En Londres se formaron tres compañías para explorar esta evidente bonanza minera. Sin embargo, sus ingenieros y máquinas no se adaptaron bien a las condiciones del Norte Chico, donde los métodos mineros chilenos tradicionales resultaron mucho más eficaces.

El cónsul británico recién llegado, que se presentó en 1825, describió el comercio de Chile en términos generales como «estable y provechoso»⁴. Una primera racha de importaciones alcanzó su máximo esplendor en 1820-1821, pero el limitado mercado chileno se saturó al cabo de poco tiempo. A mediados de la década de 1820, las importaciones llegaron casi al doble de las de 1810 y, en la década de 1830, volvieron a aumentar. La comunidad comercial, concentrada en un Valparaíso de veloz crecimiento (sede de las principales oficinas de aduanas desde 1820), se volvió marcadamente cosmopolita: la abrupta partida de los comerciantes españoles brindó nuevas oportunidades tanto a los extranjeros como a los propios chilenos. Estos últimos comenzaron muy pronto a destacarse. Entre ellos cabe mencionar a Felipe Santiago del Solar, protegido de O'Higgins, que ganó el contrato para aprovisionar la expedición peruana, o a Diego Antonio Barros y también al bien establecido Agustín de Eyzaguirre, que en 1819 creó la primera verdadera compañía naviera chilena para despachar embarques de cobre a Calcuta. Los nuevos comerciantes extranjeros tenían menos influencias políticas y familiares, pero sus contactos con el mundo comercial del Atlántico Norte eran mejores y eso les dio cierta ventaja sobre los competidores locales. Dichos extranjeros habían llegado, bien como comerciantes particulares, bien como representantes de casas comerciales de ultramar. Un ejemplo clásico en este sentido fue el de Anthony Gibbs & Sons, firma inglesa que abrió una sucursal en Valparaíso en 1822. Quienes presentaron batalla lograron granjearse el respeto local. John James Barnard, primer presidente de la asociación de comerciantes ingleses de Valparaíso (1819), fue consultado por el gobierno en asuntos comerciales. Joshua Waddington, llegado en 1818, pronto se convirtió en un hombre importante, director de una de las mayores casas comerciales y propietario de las mejores tierras del valle del Aconcagua. Su hijo Guillermo fue el primer ministro chileno con apellido inglés (1852). El caso más célebre fue el de uno de los primeros en llegar, George Edwards, quien se instaló en el Norte Chico en 1802. Sus propias empresas de negocios no fueron nunca muy prósperas, pero uno de sus nietos llegó a ser el hombre más rico de Chile.

Dada la hegemonía global de Gran Bretaña, la presencia británica en la joven nación chilena no resulta sorprendente. Durante los siguientes noventa años, los buques de guerra de la Escuadra Suramericana de la Armada Real solían permanecer estacionados en Valparaíso. Sin embargo, las nuevas influencias en juego en la vida chilena (especialmente

⁴ C. R. Nugent a George Canning, 17 de marzo de 1825. R. A. Humphreys (ed.), *British Consular Reports on the Trade and Politics of Latin America 1824-1826*, Camden, 3ª serie, vol. LXII, Londres, 1940, pág. 933.

de la clase alta) no fueron exclusivamente británicas ni exclusivamente comerciales. Francia comenzaba a ejercer su dominio cultural, especialmente a través de material de lectura importado. Algunos de los nuevos edificios de Valparaíso (cuya población llegó a unas 20.000 personas en 1830) reflejaron estilos arquitectónicos extranjeros. Las mujeres de la clase alta adoptaron algunas modas europeas; mientras que, tanto entre los hombres como entre las mujeres, el té comenzó a reemplazar al tradicional mate como bebida popular. Los extranjeros también jugaron un papel importante en las limitadas mejoras educacionales y culturales de la época; algunos de ellos se unieron en 1828 para crear una Sociedad filarmónica en Santiago, precursora de otras notables sociedades de este tipo.

Puesto que los ingresos aduaneros eran cada vez más importantes, los gobiernos patriotas se fueron interesando progresivamente en desarrollar el comercio. El decreto de 1811 impuso el equivalente a un arancel aduanero del 30% *ad valorem* sobre la mayoría de los artículos importados. O'Higgins elevó considerablemente esta tasa en 1817, 1818 y 1822, pero la tendencia general de los aranceles aduaneros durante el periodo en términos globales fue a la baja, si bien los gobiernos también trataron de proteger la actividad económica interna. De todas maneras, el neomercantilismo colonial proporcionaba un marco inevitable para las ideas económicas. Aunque se prohibió a los extranjeros entrar en el comercio detallista, ésto no quedó más que en papel mojado tanto en Valparaíso como en Santiago. Asimismo fueron excluidos del cabotaje, aunque esto tampoco fue llevado realmente a la práctica. El impulso proteccionista, aunque fuerte, tenía que llegar a un equilibrio con las necesidades del Estado de captar ingresos en una época de desajustes administrativos.

El dilema fue resuelto por las mismas guerras. Aquí, los logros de O'Higgins fueron poco menos que heroicos. A través de una serie de planes de emergencia, elevó los ingresos públicos a volúmenes que no volverían a alcanzar en los siguientes quince años (2,3 millones de pesos en 1818 y lo mismo en 1822). Incluso logró mantener la deuda pública dentro de unos límites razonables. En 1822, a través del agente chileno Antonio José de Itisarrí, O'Higgins contrajo también un préstamo de un millón de libras esterlinas en Londres. De forma inmediata, parte de este dinero (sólo 675.000 libras en capital efectivo) fue prestado a su vez al recientemente independizado Perú, un gesto de solidaridad que no significó más que inconvenientes para Chile, en un momento en que ya tenía suficientes problemas a raíz del préstamo londinense. Con la caída de los ingresos aduaneros, producto de una disminución en el comercio, al gobierno le fue imposible cancelar la deuda. Para superar el *impasse*, transfirió el Estanco (el lucrativo monopolio estatal del tabaco) a una casa comercial de Valparaíso dirigida por Diego Portales y José Manuel Cea con el compromiso contractual de que se hiciera cargo del pago. No obstante, esto no surtió efecto: Portales y Cea debieron emplear violentos métodos para hacer cumplir el monopolio, con lo cual se granjearon la hostilidad de un amplio sector; y tampoco fue-

ron capaces de realizar los pagos correspondientes. En septiembre de 1826, el contrato fue rescindido abruptamente. El asunto del Estanco se convirtió en una de las cuestiones más estruendosas de la década. El agraviado Portales se volvió a la política. Tenía mucho en que pensar.

EN BUSCA DEL ORDEN POLÍTICO, 1817-1830

En la década de 1820, las esperanzas despertadas por la Independencia se vieron brutalemente frustradas por episodios de confusión y derramamiento de sangre en toda la América española. La experiencia de Chile en ese período fue bastante suave. El primer gobierno nuevo, la Dictadura Suprema de Bernardo O'Higgins, duró seis años. «Si alguna vez existió un buen patriota y un hombre honesto, ése fue O'Higgins»⁵, escribió un inglés poco lerrado pero elocuente que servía en la nueva Armada chilena. No obstante, otros no compartían esta opinión y veían en él más bien a alguien con falta de agallas. A la vista de las rencillas patriotas de 1810-1814, O'Higgins consideró que Chile requería un período de régimen firme —autoritario, pero no arbitrario—. Asimismo, parece haberse interesado genuinamente en mejorar la fortuna de sus iguales y también de los pobres. «Si no van a ser felices por sus propios esfuerzos», profirió una vez, «lo serán por la fuerza. ¡Por Dios!, serán felices»⁶. Obviamente, O'Higgins restableció el Instituto Nacional y la Biblioteca Nacional. Al igual que su padre, el virrey, O'Higgins tenía un fuerte carácter práctico. Él mismo trazó los planos (en 1818) de una nueva avenida principal flanqueada por álamos en Santiago y, durante su régimen, se terminó de construir el Canal del Maipo (San Carlos), un antiguo proyecto colonial de irrigación para las zonas oriente y sur de Santiago.

Mientras continuó la guerra, la clase alta aceptó y aplaudió el régimen autoritario de O'Higgins. Después de 1820, sin embargo, se volvió más inquieta. El conjunto de medidas antianitocráticas de O'Higgins resultaron sin duda irritantes. La naturaleza personal del régimen impidió una mayor participación de la clase alta en el gobierno. La élite de Santiago nunca llegó a considerar que este terrateniente de la Frontera fuera realmente uno de los suyos. Algunas de las medidas de O'Higgins con respecto a la Iglesia (el permiso otorgado para un cementerio extranjero protestante, la prohibición de dar sepultura en las iglesias, la interferencia con la disciplina eclesiástica) provocaron una predecible intranquilidad. También hubo otras quejas específicas. En los primeros años del régimen,

⁵ John Spry a John Thomas, 13 de enero de 1824. Archivo Nacional, Santiago: *Archivo Vicuña Mackenna*, vol. 88, fs. 80-81 (documentos de O'Higgins).

⁶ John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, 2 vols., vol. II, Londres, 1826, págs. 36-37.

se sospechaba de los vínculos que O'Higgins sostenía con Argentina, sin duda, era miembro de la oscura «Logia Lautaro», sociedad secreta semimasónica fundada por San Martín. También se le culpó del violento fin que sufrieron algunos de sus principales adversarios. Los hermanos Carrera, Juan José y Luis, camino a Chile para fomentar la rebelión, fueron asesinados a tiros en Mendoza, en abril de 1818. De hecho, O'Higgins pidió clemencia, pero demasiado tarde. El antiguo jefe guerrillero Manuel Rodríguez —de espíritu turbulento— fue asesinado seis semanas más tarde, tras haber dirigido una rencilla de más. El archienemigo de O'Higgins, José Miguel Carrera, sobrevivió todavía un tiempo. Nunca volvió a Chile y se sumergió con feroz abandono en la guerra provincial que entonces ardía en Argentina. También él, a la postre, fue capturado y asesinado (en septiembre de 1821).

Tras cinco años en el poder, O'Higgins decidió introducir una Constitución de gran envergadura. Redactada principalmente por un ministro suyo muy impopular, José Antonio Rodríguez Aldea, ésta incluía —sin ningún tacto— cláusulas que permitían a O'Higgins permanecer en su cargo por otros diez años. Para la clase alta, esto era inaceptable. Un grave terremoto en Valparaíso (noviembre de 1822), brindó al dero la oportunidad de denunciar las herejías foráneas que, evidentemente, eran la causa de la catástrofe y que habían sido favorecidas de manera flagrante por el director supremo. No obstante, el golpe final al régimen se lo dio el general Ramón Freire, intendente de Concepción. Él había tenido que soportar el peso de la pernicioso «guerra a muertes» y su provincia seguía postrada tras nueve años de guerra y de pillaje. El pronunciamiento de Freire contra «el monstruoso feto» de la nueva Constitución (noviembre de 1822), fue la señal para que una provincia de más al norte, Coquimbo, hiciera lo mismo. La inevitable conspiración pronto prendió en Santiago. El 28 de enero de 1823, en una de las escenas más clásicas de la historia chilena, O'Higgins aceptó renunciar. Seis meses después, un buque de guerra británico lo llevó al exilio en Perú. Nunca volvió a Chile. Pasó gran parte de los años que le quedaban en Montalván (una propiedad en el valle de Cañete que le fue concedida por Perú), para morir en Lima en octubre de 1842. Sus restos no fueron traídos de vuelta a Santiago hasta 1869. Para los chilenos, sigue y seguirá siendo el *Libertador*, el padre de la patria.

El sucesor de O'Higgins como director supremo fue, inevitablemente, el victorioso Freire. «Su semblante», escribió un clérigo inglés que lo conoció al poco tiempo, «demuestra gran bondad y benevolencia»⁷. Es cierto, Freire era un soldado tolerante, de espíritu liberal y deseoso de agradar a los pendencieros políticos que lo rodeaban, cuyas disputas se veían aumentadas por el auge de una floreciente tradición que incentivaba el periodismo polémico: entre 1823 y 1830 se imprimieron más de cien periódicos (muchos de ellos, muy

⁷ [Hugh Salvin], *Journal written on board of His Majesty's Ship Cambridge from January 1824 to May 1827*, Newcastle, 1829, pág. 130.

efímeros). El nuevo clima también permitió el libre juego del sectarismo en la pequeña clase política. Por el momento, los autodenominados *liberales* estaban en el centro; sus opositores conservadores tendían a permanecer (con ciertas excepciones) en los extremos.

Durante unos cuantos años, Chile pasó tranquilamente de un experimento político a otro. El primero y más improbable de éstos fue la Constitución de 1823. Su autor, Juan Egaña, cuyo conservadurismo moralista (basado en una admiración extrema por las antiguas Grecia y Roma, los incas y la China imperial) representaba una nota algo discordante en una época de un creciente liberalismo. La Constitución era demasiado compleja para aplicarse en Chile (o en cualquier otra parte), pero ni el Congreso que la revocó (diciembre de 1824) ni su sucesora del año siguiente (boicoteada por Concepción y Coquimbo) contribuyeron con algo original en la búsqueda de nuevas instituciones. En octubre de 1825, Freire disolvió por la fuerza lo que quedaba del Congreso y partió a liberar la isla de Chiloé, que capturó en enero de 1826. Las últimas fuerzas españolas en suelo chileno finalmente se rindieron.

Cuando Freire volvió victorioso, los políticos liberales habían abrazado una nueva moda. El hombre del momento era José Miguel Infante, obsesionado ahora con la idea del federalismo. Bajo su influencia, el Congreso Constituyente de 1826 creó en las provincias⁸ Asambleas elegidas y debatió el borrador de una constitución federal. El momento no era precisamente el más ideal para tales cambios radicales. Intermitentes desórdenes locales y una creciente falta de disciplina en el Ejército se habían combinado para entonces, creando una atmósfera de incertidumbre. La hostilidad del Congreso hacia el poder ejecutivo se encontraba en su punto álgido. Ninguno de los dos sucesores de Freire como presidente (el título de director supremo ya no se usaba) pudo soportar la presión.

Para entonces, ya estaba claro que se necesitaba otro Congreso Constituyente —el cuarto en cinco años—. Con la ayuda de un distinguido liberal español, José Joaquín de Mora, vio la luz una nueva Constitución (agosto de 1828), un elegante documento admitido durante mucho tiempo después por los liberales chilenos. Ésta mantenía las asambleas provinciales inspiradas en el federalismo, pocas de las cuales realmente estaban en funcionamiento. El general Francisco Antonio Pinto, el nuevo presidente, era un hombre generoso y filosófico, deseoso de consolidar un régimen liberal estable. Junto con un prominente conservador, Francisco Ruiz Tagle, como ministro de Hacienda, y con el apoyo del general Joaquín Prieto, comandante de la decisiva guarnición de Concepción, sus posibilidades parecían excelentes. Desgraciadamente para Pinto, los mismos liberales (los

⁸ Además de Santiago y Concepción (las intendencias coloniales) y Coquimbo (primera provincia «nueva», 1811), el gobierno creó cinco provincias adicionales en enero de 1826: Aconcagua, Colchagua, Maule, Valdivia y Chiloé. Después se establecieron alrededor de una docena más, como resultado de la expansión y de la subdivisión territorial.

*pipiolo*s, como se les apodó) seguían siendo presa del sectarismo, mientras que el fiasco federalista había endurecido la oposición conservadora.

De hecho, la amargura partidista mostró signos de estar perdiendo el control —tal como iba a ocurrir en diversas ocasiones futuras en la historia de la República—. La retórica antiautocrática y anticlerical de algunos *pipiolo*s ofendió a los conservadores de espíritu tradicional (*pelucones*, como los llamaban los liberales). Los seguidores del exiliado O'Higgins soñaban con el restablecimiento de un régimen autoritario y sin duda estaban molestos por la solemne repatriación de los restos de los hermanos Carrera (junio de 1828). La oposición más feroz, sin embargo, provenía de un tercer grupo, los llamados *estancieros*, políticos asociados con el desafortunado contrato del Estanco y dirigidos por Diego Portales. Su estridente y simple demanda era un gobierno más fuerte y el fin del desorden. Los pelucones, los o'higginsistas y los estancieros, por igual, estaban deseosos por arrancar la delicada flor del liberalismo.

El presidente Pinto no tenía las agallas suficientes para la lucha que sabía se avecinaba y renunció a su cargo. El pretexto para el inevitable enfrentamiento final surgió en septiembre de 1829 con una irregularidad en la elección del vicepresidente en un Congreso dominado por los liberales. En Concepción, el general Prieto ordenó a su ejército marchar al norte. En Santiago, el régimen liberal se desintegró gradualmente en medio de la confusión. A mediados de diciembre, el ejército liberal (constitucional) se enfrentó en una batalla poco decisiva a las tropas de Prieto en Ochagavía, a unos pocos kilómetros de Santiago. Esto dio como resultado una tregua y al general Freire se le puso tomar el mando de ambos ejércitos. El trato tuvo corta duración. En enero de 1830, resentido por el creciente control del gobierno ejercido por los conservadores, Freire rompió con Prieto y reunió el ejército liberal en Valparaíso. Fue una decisión fatal, puesto que los conservadores rápidamente consolidaron su autoridad en el poder. Su *Congreso de Plenipotenciarios*, convocado de manera muy apresurada, anuló todos los actos del Congreso de 1829; el pelucón Francisco Ruiz Tagle se convirtió en presidente; y, el 6 de abril de 1830, Diego Portales, cuya suerte se jugaba junto con la del ejército conservador que se acercaba a Santiago, se hizo cargo de dos de los tres ministerios, instaurándose así como la figura más poderosa del nuevo régimen.

Once días después, no lejos de la confluencia de los ríos Lircay y Claro, cerca de Talca, el ejército de Freire, con unos 1.700 hombres, sucumbió ante la fuerza superior de Prieto. Unos 200 hombres murieron en acción. Sólo retrospectivamente, por supuesto, puede considerarse Lircay como una de las batallas realmente decisivas de la historia chilena. Pero eso aún estaba por verse. Habían de transcurrir más de treinta años antes de que los derrotados liberales volvieran siquiera parcialmente al poder en un Chile que, para entonces, era bastante diferente.

El nuevo orden conservador, 1830-1841

*Si un día [...] tomé un palo para dar tranquilidad al país,
fue sólo para que los jodidos y las putas de Santiago me
dejaran trabajar en paz.*

Diego Portales, 1831

La coalición conservadora que llegó al poder en 1830 fue la primera de las tres alianzas políticas sucesivas que gobernaron Chile en las seis décadas siguientes. Sus veintisiete años en el poder asentaron las bases de una tradición de estabilidad política única en la América española del siglo XIX. Gracias a esta tradición, Chile gozaría de lo que Tulio Halperín describe como «un prestigio político sin rival entre las repúblicas hispanoamericanas»¹.

No había nada que garantizara lo anterior. Sin embargo, la ex-colonia poseía, sin duda, algunas ventajas intrínsecas a la hora de consolidar una nación-Estado viable, las cuales vale la pena recordar aquí. El Chile poscolonial era un territorio compacto y gobernable, con una distancia máxima de 1.200 kilómetros entre el último asentamiento al norte y la Frontera araucana, y con la mayor parte de su población concentrada en el Valle Central, al norte. Los asentamientos de más al sur, cerca de Valdivia y en la isla de Chiloé, eran tan sólo apéndices de la nueva República, sin mayor importancia, al igual que la colonia penal establecida en el estrecho de Magallanes después de 1843, en parte para hacer valer el derecho chileno en esa zona.

En 1830, había alrededor de un millón de chilenos. Durante los cuarenta años siguientes, la población se duplicó: el cuarto censo nacional (1875) arrojó un total de 2.075.971 personas; esto muestra que no era demasiado grande, aunque sí, en ciertos sentidos, homogénea. Pocos amerindios —si es que había alguno— lograron sobrevivir en comunidades separadas al norte del territorio araucano. El débil ingrediente negro-mulato en la población desapareció del todo al cabo de pocas décadas tras abolirse la esclavitud. Por ende, Chile era esencialmente un territorio donde la pequeña clase alta criolla coexistía con la gran masa de pobres trabajadores, en su mayoría mestizos y campesinos. Los pobres que habitaban el campo siguieron constituyendo un gran sector pasivo tanto

¹ *The Aftermath of Independence in Spanish America*, Nueva York, 1973, pág. 14.

en la sociedad como en la política. Esta estructura social simple no se vio complicada por agudas divisiones de intereses económicos en el interior de la clase alta. Tampoco la diversidad regional tuvo mucha significación. Las provincias más remotas al norte y al sur pueden haberse sentido un poco abandonadas por Santiago, pero no tenían cómo contrapesar la hegemonía de la capital y de las riquezas de la zona central del país. Lo anterior quedaría claramente expuesto por las dos rebeliones armadas de la década de 1850. Concepción, cuya ventajosa militar fue vital para derrocar a O'Higgins en 1823 y a los liberales en 1829-1830, no fue capaz de repetir ese ejercicio en 1851. En forma similar, las rebeliones del norte en 1851 y en 1859 no tuvieron éxito ante un gobierno firme.

¿Necesitamos aún más hipótesis que expliquen la notable tranquilidad con que Chile se estabilizó después de 1830? Sin duda, la tan admirada «idiosincrasia» nacional en términos de orden y política (generalmente) civilizada provino, en parte, de un legado geográfico y social adecuado. Pero también tuvo que ser creada; y lo fue.

DIEGO PORTALES

Sin duda hay buenas razones para considerar a Diego Portales (quien contaba con treinta y siete años en 1830) como la figura clave del nuevo orden conservador. A la postre, Portales fue transformado por sus admiradores en lo que un escritor de la década de 1870 llamó un «semidios de nuestra mitología o nuestra idolatría política»². Portales no era un semidios. Su fuerte carácter —a ratos sarcástico, neurótico, encantador y dominante— era demasiado humano. Hijo de un distinguido patriota, su vocación personal estaba en el comercio: las cartas que nos ha legado reflejan una vívida imagen de las preocupaciones cotidianas de un comerciante de Valparaíso de las décadas de 1820 y 1830. Lejos de sus negocios, se dedicaba con entusiasmo a cultivar una alegre sociabilidad, le gustaba tocar la guitarra y la compañía de las mujeres. Su rostro público era muy diferente: el sarcástico hedonista se convertía en el austero servidor del Estado. Sus ideas políticas eran simples. «Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos miembros sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo» —tal era el ideal que esbozó a su socio comercial Cea en marzo de 1822³—. Portales no tenía una opinión demasiado favorable de la elite castellano-vasca a la cual pertenecía. «Nadie», se quejó una vez, «quiere vivir sin el apoyo del elefante blanco del Gobierno»⁴.

² Justo Arteaga Alemparte, «Los candidatos en candelero» [1876], en Ricardo Donoso (ed.), «Diógenes» y otros escritos, 1956, pág. 408.

³ Carta de marzo de 1822. Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú Cruz (eds.), *Epistolario de don Diego Portales*, 3 vols., vol. I, 1937, pág. 177.

⁴ A Antonio Gariñas, 10 de diciembre de 1831. Cruz y Feliú Cruz, vol. I, pág. 353.

Una vez que Portales se convirtió en ministro (a cargo de los Ministerios de Gobierno y Relaciones, y Guerra y Marina), ya nadie pudo interponerse en su camino. Incluso antes de asumir el cargo, logró la destitución del primer presidente pelucón, Francisco Ruiz Tagle (primo suyo y excesivamente conciliador), en favor de José Tomás Ovalle, de carácter más dócil. Cuando el general José María de la Cruz, veterano de Chacabuco y Maipo, demostró ser demasiado independiente como nuevo ministro de Guerra y Marina, Portales lo apartó. La intempestiva muerte del presidente Ovalle en marzo de 1831 brindó al ministro una oportunidad para neutralizar a los todavía esperanzados o'higinistas llevando a uno de ellos, el general Prieto, a la Presidencia.

En agosto de 1831, Portales renunció al Ministerio de Gobierno (conservando el de Guerra y Marina durante un año más) y se retiró a Valparaíso, donde permaneció, actuando como gobernador del puerto, hasta 1834, en que se trasladó al campo para probar suerte en la agricultura. No obstante, siguió siendo sin duda alguna la figura más poderosa del país. En abril de 1832, insatisfecho con el ministro de Gobierno de turno, hizo algunas maniobras para colocar en el cargo a un antiguo amigo, Joaquín Tocornal. «Portales a un millón de habitantes», escribió amargamente un o'higinista, «los tiene metidos en su zapato».⁵ Su aversión a ocupar altos cargos parece haber sido bastante genuina. Con sólo haberlo pedido, podría haber ocupado la Presidencia, pero nunca lo hizo. Esto mismo probablemente contribuyó a inhibir el desarrollo de una verdadera tradición de caudillos en Chile.

Los efectos de un gobierno firme fueron inequívocos después de abril de 1830. Uno de los primeros actos de Portales como ministro fue destituir a 136 oficiales del Ejército que habían apoyado a Freire en la guerra civil. Este duro trato a los militares no tenía precedentes. La persecución de los pipiolos estuvo a partir de entonces a la orden del día. La prensa liberal pronto desapareció, aunque *El Mercurio*, el periódico de Valparaíso fundado en 1827, sobrevivió (no por última vez) gracias a que supo adaptarse a las circunstancias. Las inevitables conspiraciones liberales fueron arrancadas de raíz rápidamente; y sus cabecillas, castigados. El gobierno desplegó una dura actitud contra el crimen y realizó renovados esfuerzos para suprimir el pillaje, todavía muy común en el sur. Mientras tanto, los políticos conservadores de Santiago se dedicaban a construir su propio sistema político, notable por su duración.

EL NUEVO ORDEN POLÍTICO CONSERVADOR

En su época, los conservadores fueron acusados de haber destruido la esperanzada revo-

⁵ Ramón Mariano de Aris a Bernardo O'Higgins, 9 de diciembre de 1832. Benjamín Vicuña Mackenna, *D. Diego Portales*, 3ª ed., 1974, pág. 86.

lución iniciada en 1810. El mismo Portales veía a Chile como una tierra donde «el orden social» era mantenido por «el peso de la noche»⁶ —con lo cual parecía referirse a la tradición y a la inercia—. La República tenía que encontrar un nuevo marco de legitimidad. El respeto por la autoridad, debilitado por los trastornos de la Independencia, debía volver a convertirse en hábito —en otra de sus gráficas frases, Portales lo describió como «el principal resorte de la máquina»⁷—. Era imposible volver a la monarquía. Lo que se necesitaba, por tanto, era una fusión del autoritarismo colonial con las formas externas del constitucionalismo republicano. Tal sistema, sostenía el propio Portales, sería capaz de liberalizarse a sí mismo a la larga. En esto tenía razón.

Las instituciones formales del nuevo régimen quedaron establecidas en la Constitución de 1833. En la primavera de 1831, se convocó una gran Convención Constituyente con el fin de reformar la Constitución de 1828. Tras confiarle la tarea a un pequeño comité, revisó varios borradores alternativos cuando se volvió a reunir en octubre de 1832. El más influyente de éstos fue entregado por Mariano Egaña, hijo de Juan Egaña, un corpulento pelucón conocido como *lord Callampa*, si bien sus ideas muy extremas, incluida la reeligibilidad indefinida del presidente y un senado hereditario, fueron rechazadas. La nueva Constitución entró en vigencia en mayo de 1833. No fue enmendada en absoluto durante treinta y ocho años; hasta que en 1891 se produjo una cesura en su funcionamiento regular.

La Constitución era fuertemente presidencialista. El presidente (elegido indirectamente) podía gobernar por dos periodos consecutivos de cinco años cada uno —esto llevó en la práctica a cuatro gobiernos «decenales», de 1831 a 1871—. Los poderes presidenciales sobre el gabinete, el poder judicial, la administración pública y las fuerzas armadas eran muy amplios. Los gabinetes del siglo xix eran pequeños, con Ministerios de Interior-Relaciones Exteriores, Hacienda, Guerra-Marina y Justicia-Instrucción Pública. Culto entre 1837 y 1871, cuando se creó un Ministerio de Relaciones Exteriores por separado. El poder ejecutivo también estaba dotado de importantes poderes de emergencia: el Congreso podía votar las «facultades extraordinarias», con lo cual suspendía efectivamente las libertades constitucionales y civiles, y, si el Congreso estaba en receso (lo que ocurría durante la mayor parte del año), el presidente podía decretar «estados de sitio» en provincias específicas, lo cual estaba sujeto a posterior aprobación del Congreso. Tales poderes estuvieron en vigencia durante aproximadamente un tercio del periodo entre 1833 y 1861.

En términos formales, el control que el poder ejecutivo ejercía sobre el poder legislativo fue sustancial, pero de ninguna manera absoluto. El veto presidencial podía ser

⁶ A Joaquín Tocornal, 16 de julio de 1832. Cruz y Feliú Cruz, vol. II, pág. 228.

⁷ A Garfías, 14 de mayo 1832. Cruz y Feliú Cruz, vol. II, pág. 203.

revocado, en teoría, por una mayoría de dos tercios del Senado y de la Cámara de Diputados. El Congreso también tenía poder para votar las «leyes periódicas» al estilo inglés: aprobación del presupuesto (anualmente), y de los impuestos y la dotación militar (cada dieciocho meses). En teoría, por ende, un Congreso hostil podía negarle los fondos al presidente. Estos poderes, a la larga, dieron origen a toda una reinterpretación «parlamentaria» de la Constitución. Sin embargo, hasta las décadas de 1860 y 1870, excepto un puñado de sesiones memorables por su agitación, la vida parlamentaria fue más bien moderada y a menudo aburrida, con sesiones breves y a veces sin que se reuniera siquiera el quórum mínimo.

La Constitución de 1833 era claramente centralista. Atrás habían quedado las asambleas provinciales de 1828 inspiradas en el federalismo. El intendente provincial, designado por el presidente, quedaba definido ahora como su «agente natural e inmediato». Las intendencias provinciales actuaban en muchos sentidos como el nexo con la administración local. Los intendentes y sus subdelegados y gobernadores subalternos tenían poderes de veto absoluto sobre los consejos municipales elegidos. Así, la hegemonía de Santiago se vio reforzada, a costa de la iniciativa local.

El nuevo orden conservador no radicaba exclusivamente en la Constitución de 1833. Quizá dependía aún más de ciertas técnicas y métodos políticos bien probados. La reprensión lisa y llana (y no sólo durante los periodos de facultades extraordinarias) fue un tema recurrente durante treinta años. De acuerdo con los cánones más avanzados de nuestra época, dicha represión no fue excesivamente dura. La pena de muerte se aplicaba generalmente en algunos casos (por ejemplo, en los motines militares) en que la oposición había recurrido a la violencia y, por lo general, sólo fueron fusilados algunos cabecillas. La prisión, el exilio interno («relegación») o el destierro fueron las penas más comunes para la disidencia activa. Los adversarios del régimen aceptaron a veces el exilio voluntario, dejándole una garantía al gobierno —una especie de acuerdo entre caballeros—.

La inquietud e indisciplina militares de la década de 1820 no eran de buen agüero para la estabilidad nacional. Portales emprendió una seria reorganización de la Guardia Nacional (también conocida como Guardia Cívica), con 25.000 hombres en 1831. Los oficiales de la Guardia pertenecían a la clase alta; mientras los soldados rasos eran reclutados entre los artesanos, los comerciantes ocasionales y otras personas de condición modesta. Portales consideró sus ejercicios dominicales periódicos como medidas «moralizantes». El argentino Domingo Sarmiento, en sus escritos de finales de la década de 1840, sugería (lo que resulta interesante) que la Guardia Nacional había «servido poderosamente para crear la nacionalidad chilena»⁸. Los cívicos representaban un verosímil contrapeso para el muy pequeño Ejército regular y, en dos ocasiones (junio de 1837 y abril

⁸ «De las instituciones militares en Chile», *La Crónica*, n.º 38, 14 de octubre de 1849.

de 1851), ayudaron a salvar al gobierno del derrocamiento. Además, tenían una última función de extrema importancia: una función electoral.

He aquí uno de los secretos de la estabilidad chilena del siglo XIX: la «intervención» electoral: las elecciones estaban totalmente arregladas por el poder ejecutivo. Este rasgo particular del nuevo orden conservador duró mucho más que la hegemonía del propio Partido Conservador. Precisamente un presidente liberal, ante la pregunta que le planteara un ministro conservador en 1871 respecto de si Chile tendría alguna vez elecciones «reales», respondió: «Nunca [...] Es que usted mira las cosas de Tejas arriba»⁹. Y otro presidente liberal escribió en 1885: «Se me ha llamado interventor. Lo soy [...], porque quiero un Parlamento eficiente, disciplinado, que colabore en los afanes del bien público del gobierno»¹⁰. Durante los sesenta años que siguieron a 1830, el presidente, para usar un término común en la década de 1860, fue el *Gran Elector*.

Su «electorado» era muy pequeño. La ley electoral de 1833 establecía que los votantes debían tener propiedades para estar habilitados como tales, pero también admitía a los maestros y a los artesanos, muchos de los cuales servían en las milicias¹¹. El saber leer y escribir era otro requisito más, pero esta regla no se aplicó (en gran medida para abultar los votos gubernamentales) hasta comienzos de la década de 1840. En las elecciones parlamentarias de 1846 se emitieron unos 24.000 votos. Dieciocho años después (1864), el total fue en realidad 2.000 votos más bajo. En 1876, alrededor de 80.000 hombres tenían derecho a votar, aunque sólo unos 30.000 lo hicieron ese año. Y resulta casi imposible estimar qué proporción de las cifras aquí citadas era fraudulenta.

Un completo catálogo de los diversos tipos de intervención sería interminable —si bien pintoresco—. El sistema se prestaba para los abusos en cualquiera de sus etapas. Los votantes se registraban a finales del año previo a la elección y recibían certificados de registro conocidos como «calificaciones». Dichas calificaciones debían ser presentadas en las mesas de votación en cada distrito en el momento de la elección (marzo para las elecciones parlamentarias y junio para las presidenciales). La votación se realizaba en dos días, dándole tiempo al gobierno para tomar medidas correctivas cuando fuera necesario. La estrategia fundamental tanto para el gobierno como para la oposición (cuando entraba en la pelea) consistía en amasar la mayor cantidad de calificaciones posible. Los comandantes de la Guardia Nacional a veces «se hacían cargo» de los certificados de sus hombres

⁹ Abdón Cifuentes, *Memorias*, 2 vols., vol. II, 1936, págs. 69-70.

¹⁰ Domingo Santa María a Pedro Pablo Figueroa, 8 de septiembre de 1885, F. A. Encina y Leopoldo Castedo, *Resumen de la historia de Chile*, 8ª ed., 3 vols., vol. III, 1970, pág. 1987.

¹¹ En la provincia de Santiago estaban calificados para votar quienes poseían una propiedad por un valor mínimo de 1.000 pesos, un capital de trabajo de 2.000 pesos o una renta comercial o artesanal de 200 pesos al año. En otras provincias se aplicaban escalas más bajas. La edad para votar era de 21 años para los hombres casados y de 25 para los solteros. Las mujeres, por supuesto, no tenían derecho al voto.

hasta el día de la votación, cuando los cívicos marchaban a las urnas para cumplir con su deber republicano. La Guardia Nacional representaba así un importante factor en cada elección. Esto explica en gran medida los esfuerzos periódicos de la oposición por influir o movilizar a los maestros y a los artesanos. Sin embargo, existían muchos otros medios (suplantar a una persona, intimidación, arresto temporal, soborno) para impedir que los votantes de la oposición emitieran sus votos. Cuando pudo hacerlo, la oposición respondió de la misma manera.

Por otra parte, no todas las elecciones presentaban una competencia real. En siete de las once elecciones parlamentarias entre 1833 y 1864, la oposición se abstuvo o bien apenas se molestó en pelear. Previamente a cada elección, las listas de candidatos oficiales del gobierno eran despachadas a los intendentes, quienes esperaban movilizar a sus subalternos, como en Valdivia en 1850, donde era habitual que el intendente visitara a sus subordinados, «que [...] los saluden con demostraciones de aprecio, les estrechen la mano con cariño, les brinden un cigarro y los conviden a tomar una copa de vino».¹² Generar votos era un aspecto vital del trabajo del intendente. En 1849, Manuel Blanco Encalada, entonces intendente de Valparaíso, permitió a los guardias nacionales que votaran como quisieran. La oposición ganó. Como resultado, Blanco Encalada fue vilipendiado en la prensa gubernamental. Sin embargo, los intendentes a veces podían llegar demasiado lejos en el sentido contrario. Ocasionalmente, las elecciones no eran admitidas en el Congreso. Cuando (también en 1849) el intendente de Colchagua, Domingo Santa María, interpretó las instrucciones del presidente de ganar la elección «a todo trance» en términos demasiado entusiásticos, el hecho fue aprovechado por sus enemigos como un pretexto para destituirlo. Treinta años después, se convertiría en el presidente liberal cuyos puntos de vista sobre los congresos disciplinados ya se citaron.

Dado que el Senado era elegido a partir de una sola lista nacional por un colegio electoral, en la práctica, los esfuerzos de la oposición tuvieron que centrarse en la Cámara de Diputados, elegida directamente. En este caso, gracias a un arduo trabajo y a la influencia local, era posible obtener la elección de unos pocos diputados, aunque hasta la década de 1860 nunca llegaron a ser más que unos pocos e, incluso después de esa década, nunca fue una mayoría. Hay que agregar, sin embargo, que el *Gran Elector* se tomaba la molestia de buscar parlamentarios aptos.

El régimen conservador de la década de 1830 también consiguió el apoyo de la Iglesia. «Usted cree en Dios», se dice que dijo Portales a Mariano Egaña (en algunas versiones, Juan), «yo creo en los curas». El limitado anticlericalismo de la década de 1820 fue reparado: las propiedades fueron restituidas a las Órdenes religiosas (o se les pagó una

¹² Juan Miguel Riesco a Antonio Varas, 20 de noviembre de 1850. *Correspondencia de Antonio Varas*, 5 vols., vol. III, 1918-1929, pág. 245.

compensación por ellas), en septiembre de 1830. Desde agosto de 1832, el presidente y el gabinete nuevamente asistieron a importantes ceremonias religiosas y, para ciertos festivales, la Guardia Nacional se prestaba a extender la bandera nacional chilena sobre la tierra, como una alfombra para el sacerdote que consagraba la hostia sagrada. El presidente Prieto, hombre piadoso, se tomó esto muy en serio. Su sucesor no lo hizo y muchas de estas prácticas fueron abandonadas sin mayores objeciones en la década de 1840. Portales también estableció la censura para el teatro y los libros importados, pero esto rápidamente se convirtió en papel mojado, aunque el comité correspondiente siguió existiendo hasta 1878.

Con posterioridad, el gobierno tomó algunas medidas para normalizar la condición eclesiástica todavía algo anómala de Chile, y le propuso al Papa la creación de una nueva Archidiócesis de Santiago, independiente del Perú, junto con dos nuevas sedes (Coquimbo y Chiloé). El primer arzobispo de Santiago, Manuel Vicuña, fue nombrado en 1841. Por el momento, el tan mentado asunto del Patronato fue soslayado discretamente con simples fórmulas de procedimientos. Mientras tanto, la Iglesia y el Estado encontraron un *modus vivendi* ventajoso para ambos, que perduró hasta la década de 1850.

El nuevo orden político conservador claramente tuvo un aspecto más duro. Durante tres décadas, se operó con un espíritu definitivamente autoritario, que despertó mucha animadversión en prácticamente todas las fuerzas vivas de la nación. Se trataba fundamentalmente de una creación pragmática. En 1845 apareció en el periódico *El Orden* una limpia expresión, casi *burkeana*, del enfoque conservador básico:

Hay en las naciones ciertos hábitos, ciertas preocupaciones, ciertos hechos a los que se tiene mucho apego, y que sólo la acción lenta y gradual de la civilización puede hacer desaparecer. Si se las quiere arrancar por la fuerza, puede sobrevenir una reacción peligrosa [...]. La mano conservadora no toca estas circunstancias sino con prudencia [...]. Por eso es que ningún abuso, ninguna preocupación, que parezca que ha hecho parte del bien común será destruida o desaparecerá sino cuando la generalidad esté convencida de ello.¹³

Esto puede leerse fácilmente, por supuesto, como una racionalización de ciertos intereses creados. Aun así, mostraba sin lugar a dudas la fisonomía instintiva de los pelucones. En términos políticos, también hay que reconocer que el sistema conservador se adaptó, al final, lo suficientemente bien como para que el país entrara en una etapa mucho más liberal.

¹³ *El Orden*, 26 de octubre de 1845.

EL FORTALECIMIENTO ECONÓMICO

Junto con el nuevo orden político de la década de 1830, se produjo una consolidación de las finanzas y políticas económicas del país. La figura clave en este caso fue el amigo de Portales, también comerciante, Manuel Rengifo (ministro de Hacienda entre 1830-1835, 1841-1844). Portales lo apodó «Don Proyetos». Los principales objetivos de Rengifo eran equilibrar el presupuesto y estabilizar la política comercial. Desde agosto de 1830, todos los pagos públicos fueron canalizados a través del Ministerio de Hacienda. Con la ayuda de un inmigrante español conservador, Victorino Garrido, Rengifo redujo la administración pública, disminuyendo los gastos aproximadamente en un sexto.

Su principal reforma tributaria consistió en reemplazar la «alcabala del viento» (un impuesto sobre los productos agrícolas que databa de tiempos de la colonia) por un impuesto directo del 3% sobre los predios agrícolas y sus beneficios —fácilmente evadido por los hacendados más astutos—. En parte gracias al aumento de los ingresos por concepto de aranceles aduaneros, el presupuesto ya había sido equilibrado en 1839 (año en que dichos ingresos alcanzaron 2,3 millones de pesos). Rengifo también redujo a la mitad la deuda pública interna, ofreciendo generosos términos para su registro, pagando las letras del gobierno y creando un fondo de amortización. El pago de la deuda externa (el préstamo de Londres de 1822) tendría que esperar a que Rengifo retomara el cargo en la década de 1840. Por ahora, Chile estaba primero.

La filosofía comercial de Rengifo era más liberal que neomercantilista e instintivamente estaba a favor de la expansión del comercio. La legislación comercial de 1834 confirmó la tendencia a la baja de los impuestos, después de los experimentos de alzarlos impulsados años atrás por O'Higgins. El sistema *ad valorem* global fue reemplazado por impuestos flexibles a las importaciones: los artículos que competían con ciertos productos chilenos pagaban la tasa más alta (35%), pero la cantidad promedio rondaba el 25%. Los impuestos sobre el trigo importado dependían de una escala fluctuante determinada por el mercado. La mayor parte de los impuestos a las exportaciones fueron eliminados, excepto el 4% sobre el trigo y el 6% sobre los minerales. El estímulo más importante para el comercio, no obstante, consistió en normalizar una innovación que todos los gobiernos desde 1813 habían tratado de instaurar: el almacén fiscal público o franco, donde los comerciantes podían almacenar sus mercancías en Valparaíso a bajo costo, para importarla o reexportarla cuando el mercado fuera favorable. El período de almacenamiento permitido se extendió de tres a seis años en 1833. Rengifo se aseguró de que hubiera suficiente espacio en los almacenes fiscales para satisfacer la demanda (también estableció un programa de construcción) y de que los almacenes contaran con una supervisión adecuada. Estas medidas dieron muy buenos resultados en términos de capitalizar las ventajas geográficas de Valparaíso para los barcos que entraban o salían del Pacífico vía cabo de

Hornos. De hecho, la ciudad se convirtió en ese período en el centro neurálgico de un vasto mercado regional que incluía Bolivia, Perú y Ecuador. A mediados de la década de 1830, alrededor del 60% de las importaciones al Perú pasaban por los almacenes fiscales de Valparaíso.

La expansión del propio comercio exterior de Chile en la década de 1830 (ya en 1840 alcanzaba un valor tres veces mayor que en 1810) no se debió exclusivamente a los incentivos de Rengifo. En mayo de 1832, el leñador Juan Godoy descubrió un nuevo yacimiento de plata impresionante en Chañarillo, cerca de Copiapó; así nació la veta más espectacular de la historia chilena —como señaló José Joaquín Vallejo diez años más tarde, «uno de los más sólidos fundamentos de la riqueza de esta República»¹⁴—. La creciente bonanza de la plata y del cobre confirmaron al Norte Chico como la clásica zona minera de Chile del siglo XIX y, con ello, su población comenzó a crecer a un ritmo más acelerado que el de la del resto del país. Esto creó un nuevo mercado para la agricultura del Valle Central, que alrededor de 1840 contribuía sólo con el 25% de las exportaciones chilenas. Desde entonces, la minería marcaría la pauta económica del país.

A comienzos de la década de 1840, 300 barcos reclaban en Valparaíso cada año. La importante ley de octubre de 1835 confirmó el monopolio chileno del cabotaje, que durante la década de 1830 correspondía a cerca de la mitad del tráfico dentro y fuera de los puertos. Una ley posterior (julio de 1836) trató de aumentar el número de marinos chilenos en los navíos registrados en Chile. Aunque la flota mercante casi duplicó su tamaño en la década siguiente a la ley de Rengifo (61 barcos en 1835, 101 en 1844), muchos barcos extranjeros simplemente se cambiaron a la bandera chilena para entrar en el comercio.

Un capítulo «transpacífico» poco considerado en la historia comercial de Valparaíso merece ser mencionado aquí. Desde mediados de la década de 1820, varios comerciantes (en su mayoría extranjeros) habían estado embarcando perlas y madreperlas desde Tahití y otras islas del Pacífico central hacia Valparaíso (en su mayor parte para reexportarlas a Francia). El peso chileno («plata de pájaro», como se lo conocía, por el cóndor del reverso) se convirtió en una de las monedas que circulaban en las islas polinésicas; las acacias y los Algarrobos de Chile echaron raíces en lejanos y diversos puntos de todo el Pacífico. En la década de 1830, embarques de trigo chileno eran enviados a Nueva Gales del Sur —un ensayo para las exportaciones mucho más sustanciales que se producirían en la década de 1850—.

A pesar de la ampliación gradual del comercio, el hecho más imponente de la vida del Chile de la década de 1830 fue su pobreza. Incluso en el interior de la clase alta, la riqueza familiar no era de ninguna manera digna de mención. A Charles Darwin se le dijo

¹⁴ «Mineral de Chañarillo», *Obras de don José Joaquín Vallejo*, ed. por Alberto Edwards, 1911, pág. 67.

a mediados de 1830 que «unos pocos grandes terratenientes» tenían ingresos anuales que fluctuaban entre las 5.000 y las 10.000 libras esterlinas (entre 25.000 y 50.000 pesos). El también percibió que la «desigualdad de fortunas» era mayor en Chile que en Argentina. Los chilenos que aún recordaban los días de la colonia no encontraban nada que fuera excepcionalmente extraño en el Chile de Portales. Los signos de una nueva vida eran más evidentes en Valparaíso; aún así, los extranjeros a menudo consideraban que el puerto era ruinoso y desagradable; sus días de gloria aún estaban por venir. Santiago había crecido en tamaño (a mediados de la década de 1830 contaba con unos 70.000 habitantes), pero aún tenía el aspecto de la capital de finales de la colonia. Las comunicaciones en el interior del país seguían siendo difíciles, aunque la carretera de Santiago a Valparaíso estaba más transitada que antes. Sólo dos correos al mes unían Santiago y Concepción. En 1834, se introdujeron cuatro correos mensuales a Coquimbo, señal de la nueva importancia de la zona minera. En cuanto a la vida literaria, no había prácticamente nada que pudiera recibir ese nombre. La Universidad de San Felipe había quedado tan desfallecida después de la Independencia, que el gobierno simplemente la abolió (en abril de 1839).

Nadie era más consciente de la pobreza de Chile que el propio Rengifo. Su clásico informe ministerial de 1834 expuso lúcida y plenamente la visión económica de la nueva clase gobernante chilena. Las guerras de Independencia, según Rengifo, habían hundido a Chile en «una languidez espantosa», de la cual sólo se podría salir mediante la expansión comercial. Él veía dos maneras en que el gobierno podía promover el desarrollo: primero, «aquellas leyes que remuevan los estorbos impeditivos de la industria; las que protegen la propiedad y su libre uso» y, segundo, «las leyes que regulen con moderación y disminuyen los impuestos». Por «industria», Rengifo entendía el trabajo en general. Señaló a Valparaíso, «convertido por la liberalidad de las leyes en el principal y más vasto mercado del Pacífico». No obstante, Valparaíso, a pesar de su agitada vida, era sólo uno de los rostros de Chile en la década de 1830. La perspectiva (y limitaciones) de la visión de Rengifo se hace más evidente cuando se refiere a la cuestión agraria.

Entre los obstáculos que detienen el desarrollo de nuestra industria, podemos enumerar la acumulación de muchos terrenos en pocas manos. Una grande heredad no llega a cultivarse toda, ni puede cultivarse bien [...] Las haciendas de campo demasiado extensas no rinden el producto que, subdivididas, deben dar, y [...] la nación pierde cuantiosas rentas por efecto de esta desproporcionada distribución de la tierra. Sin embargo, presérvanos el Cielo de empeñarnos en cortar el mal recurriendo a medidas coactivas con detrimento al libre uso de la propiedad. Cualquiera que sea la intervención del poder público en los actos del interés privado en lugar de adelantar menoscabaría la creación de la riqueza pública.

«Don Proyectos» moriría ciento veinte años antes de que las «medidas coactivas» fueran aplicadas a las haciendas por primera vez.

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERUANO-BOLIVIANA

El primer signo de seria deslealtad política después de 1833 provino, no de los derrotados liberales, sino de los disidentes conservadores. Los así llamados «flopólitás» (el nombre provenía de su periódico *El Flopólitá*, 1835) eran un grupo cuyo núcleo estaba formado por los estancieros Diego José Benavente y Manuel José Gandarillas, antiguos liberales, junto con Manuel Rengifo y la poderosa familia de los Errázuriz («los litres», como Portales llamó a la familia, aludiendo al árbol bajo cuya sombra se dice que nada crece). El primer mandato del presidente Prieto debía terminar en 1836 y Rengifo esperaba sucederlo. El anticlericalismo de los flopólitás ofendió al presidente Prieto y puso nuevamente a Portales a cargo de varias carteras (septiembre de 1835). Rengifo se retiró; los sueños de los flopólitás se desvanecieron y Prieto fue reelegido prácticamente sin ningún revuelo.

El segundo ministerio de Portales se vio absorbido en gran medida por el franco deterioro de las relaciones entre Chile y Perú. Había varios contentiosos sobre el tapete. Perú no había pagado el préstamo chileno de la década de 1820 y tampoco miraba con buenos ojos las peticiones chilenas de que reembolsara los costos de la expedición de 1820-1821. En 1832, el gobierno chileno duplicó el arancel aduanero sobre el azúcar importada del Perú, como represalia por un nuevo impuesto peruano sobre el trigo chileno. Perú respondió imponiendo una sobretasa en las mercaderías foráneas que llegaban de los almacenes fiscales francos de Valparaíso. Este golpe a la hegemonía comercial de Valparaíso incitó a Portales a comentar que Chile podía verse obligado a «ir [...] sobre ellos con un ejército»¹⁵. En 1835, la guerra de los aranceles aduaneros concluyó gracias a un tratado, pero esta reconciliación se vio ensombrecida de inmediato por el acontecer político. Durante 1836, el mariscal Andrés Santa Cruz, el ambicioso presidente de Bolivia, formó una nueva Confederación peruano-boliviana nombrándose a sí mismo como su Protector. Chile se veía enfrentado ahora a un vecino norteño potencialmente poderoso.

El sentido patriótico de Portales era muy pronunciado. A veces decía que quería que Chile se convirtiera en la Inglaterra del Pacífico¹⁶. En sus negociaciones con los cónsules extranjeros con respecto a las demandas surgidas en la guerra civil de 1829-1830, siempre fue cortés pero firme. «Somos pobres, pero somos nación», dijo al cónsul francés La Forest, cuya casa había sido atacada¹⁷. La xenofobia popular no alcanzó a la clase alta, pero Portales era consciente de ella: en 1833, cuando era gobernador de Valparaíso, permitió que el comandante de un barco ballenero norteamericano, el demente capitán Paddock,

¹⁵ A Carriás, 30 de agosto de 1832. Cruz y Feliú Cruz, vol. II, pág. 272.

¹⁶ En el uso popular, la frase cambió a «los ingleses de Suramérica». En sus momentos de mayor extravagancia, Portales habló de entregar Chile en préstamo a Inglaterra por unos cuantos años, como un medio para mejorar el país. Vicuña Mackenna, *D. Diego Portales*, pág. 199.

¹⁷ Citado en Mario Barros, *Historia diplomática de Chile, 1541-1938*, Barcelona, 1970, pág. 98.

fuera a la horca por asesinato múltiple, a pesar de las peticiones de clemencia de los comerciantes extranjeros. «Hagamos justicia a los extranjeros, demosles toda la hospitalidad que sea posible, pero nunca hasta colocarlos sobre los chilenos.»¹⁸

Estos problemas pronto alcanzaron un punto álgido. En julio de 1836, el exiliado general Freire dirigió una pequeña expedición a Chile desde Perú, en un infructuoso intento por derrocar el régimen conservador. Portales consideró que la complicidad peruana en esta expedición constituía un *casus belli* suficiente. Al mando de Victoriano Garrido, dos barcos chilenos zarparon rumbo norte y capturaron tres navíos peruanos en el Callao. Santa Cruz inmediatamente arrestó al representante diplomático de Chile en Lima. Garrido y el Protector elaboraron un precipitado acuerdo, pero Portales lo consideró inaceptable. A continuación, Mariano Egaña, dotado con poderes plenipotenciarios, fue enviado al Perú con un ultimátum en el que exigía la disolución de la Confederación. Como era predecible, éste fue rechazado, así que Egaña declaró la guerra y zarpó de vuelta. Ante el inminente conflicto, Portales tomó una postura despiadadamente simple: «La Confederación debe desaparecer para siempre [...]. Debemos dominar para siempre en el Pacífico»¹⁹.

Al parecer, la guerra había sido muy impopular en Chile en sus inicios. El reclutamiento obligatorio de los soldados despertó mucha animosidad. Inevitablemente, la oposición trató de capitalizar el descontento. El régimen recurrió una vez más a las facultades extraordinarias: todos los exiliados que volvieran a Chile sin autorización serían fusilados en veinticuatro horas; una nueva ley de febrero de 1837 permitía la justicia sumaria sin apelación. Esta fuerte represión sólo encendió aún más las llamas de la conspiración. La red de conspiradores se centró entonces en torno al coronel José Antonio Vidaurre, conocido alborotador de la década de 1820, ahora comandante del Batallón Maipú y hombre de confianza de Portales. Llamado a Santiago para responder a ciertas acusaciones de deslealtad inquietantes, se dice que Vidaurre le respondió a Portales: «cuando yo le haga revolución, su señoría será el primero en saberlo»²⁰. Esta historia parece sospechosamente clara.

A comienzos de junio de 1837, mientras la fuerza expedicionaria se constituía en Valparaíso, Portales decidió inspeccionar el Regimiento Maipú (como había pasado a llamarse) en sus cuarteles de Quillota. Allí fue tomado prisionero, puesto entre rejas y obligado a acompañar al ahora amotinado regimiento de Vidaurre en su avance hacia Valparaíso, donde daría el golpe final. Los defensores del puerto rechazaron a los rebeldes sin dificultad. Pero demasiado tarde para salvar a Portales. En las primeras horas del 6 de

junio, cerca del cerro Barón, en las afueras de Valparaíso, el «ministro omnipotente» fue sacado de su carruaje y muerto de treinta y cinco bayonetazos.

La revuelta fue sofocada; sus líderes, capturados y ejecutados; y la cabeza de Vidaurre, exhibida en un pico en Quillota. El funeral de Estado de imponente solemnidad que se le rindió a Portales causó evidentemente profunda impresión. «El orden chileno», dijo un acongojado Tocornal, ministro del Interior una vez más, triunfó «en las alturas del Barón como triunfó en el Gólgota la religión de Jesucristo». Sea cual sea la opinión que uno tenga acerca de este paralelismo, estaba en lo cierto; el nuevo orden conservador de alguna manera *había salido fortalecido*. Por otra parte, como señaló el periódico *El Mercurio* seis meses después, «el crimen horrendo [...] aumentó la popularidad de la guerra»²¹. Sin embargo, no todos los chilenos estaban de acuerdo en que la muerte de Portales había sido un absoluto desastre. «Él era [...] un hombre extraordinario [...] y la patria fue su ídolo», escribió el magistrado encargado de recoger los efectos personales del difunto, «pero se iba ya corrompiendo poco a poco, y, a mi ver, sin advertirlo él mismo»²². Quienes lo recordaban en vida fueron sorprendentemente discretos en sus homenajes durante muchos años. Sólo bastantes años después (desde la década de 1850) comenzó a desarrollarse un verdadero culto a su persona.

La fuerza expedicionaria zarpó finalmente en septiembre de 1837: un ejército de 2.800 hombres al mando de Manuel Blanco Encalada. A mediados de octubre, ocupó la ciudad de Arequipa en la zona sur del Perú. Santa Cruz, sin embargo, acorraló a los chilenos y obligó a Blanco Encalada a firmar un tratado (el tratado de Paucarpata) que garantizaba tanto la retirada de la expedición como el reconocimiento de la Confederación. A mediados de diciembre, el ejército chileno estaba de vuelta a casa. El gobierno rechazó de inmediato el tratado; el almirante fue sometido a una corte marcial y exonerado con un solo voto de diferencia.

Para entonces, la guerra había llamado la atención de las grandes potencias. Portales mismo tenía esperanzas de que la ofensiva chilena pudiera ser «un ejemplo que nos hiciese más fuertes a los ojos de las naciones europeas»²³. La Inglaterra del Atlántico se formó una muy mala opinión de la que aspiraba a ser la Inglaterra del Pacífico. El cónsul británico en Santiago presionó para un armisticio y para que Chile aceptara la mediación británica. Una de sus reuniones con el gobierno (diciembre de 1837) parece haber sido más bien violenta: el cónsul habría amenazado con bombardear Valparaíso e incluso al artero Tocornal, perdiendo su compostura habitual. En 1838, el gobierno británico amenazó con intervenir para terminar con la guerra, pero no lo hizo.

²¹ *El Mercurio*, Valparaíso, n° 2.727, 2 de enero de 1838.

²² J. A. Álvarez a Manuel Monti, 12 de junio de 1837. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 27, 1917, pág. 197. Queremos expresar nuestro agradecimiento a Sergio Villalobos R. por darnos a conocer esta fascinante carta.

²³ A Ventura Lavalle, 20 de mayo de 1837. Cruz y Feliú Cruz, vol. III, págs. 503-504.

¹⁸ A Tocornal, 16 de enero de 1832. Cruz y Feliú Cruz, vol. I, pág. 393.

¹⁹ A Manuel Blanco Encalada, 10 de septiembre de 1836. Cruz y Feliú Cruz, vol. III, págs. 453-454.

²⁰ Vicuña Mackenna, *D. Diego Portales*, pág. 372.

Una segunda expedición chilena, mucho mayor, era preparada ahora y fue puesta bajo el mando del general Manuel Bulnes. A algunos de los oficiales destituídos en 1830 se les permitió volver a las filas. Una pequeña escuadra naval, al mando del capitán Roberto Simpson, tomó la ofensiva en el mar y ganó la única batalla naval de la guerra (Casma, 12 de enero de 1839). Por su parte, la expedición (5 400 hombres) dejó Chile en julio de 1838. El general Orbegoso, presidente del Estado Norperuano (una de las tres subdivisiones de la Confederación), eligió este momento para romper con Santa Cruz y, con el fin de subrayar su independencia, exigió la retirada de los chilenos a su llegada al Perú. Bulnes rechazó los ataques de Orbegoso y ocupó Lima. Los chilenos, sin embargo, no lograron capturar la vital fortaleza del Callao y el insalubre clima mermó sus filas. Dos meses y medio después, Bulnes y Cruz retiraron sus ejércitos hacia el norte. Tras volver a ocupar Lima, Santa Cruz se lanzó en una feroz persecución. El 6 de enero de 1839, sus hombres atacaron la división de Bulnes mientras cruzaba el río Buin. En medio de la lluvia, el granizo y los truenos, los chilenos salvaron el día y continuaron su marcha. No obstante, su posición se encontraba ahora en franco peligro. Superados en número por el enemigo y con escasas provisiones, la expedición rápidamente tuvo que tomar la decisión de rendirse o luchar. Bulnes decidió luchar. Contra todas las probabilidades y gracias a una arriesgada carga de caballería, la batalla de Yungay (20 de enero de 1839) resultó un triunfo avasallador para Chile. De los 9 000 soldados que se encontraron en el campo de batalla, alrededor de 2 000 resultaron muertos. Santa Cruz huyó a Ecuador²⁴, y la Confederación, tal como Portales lo había deseado, desapareció para siempre.

La victoria en esta guerra aumentó sin duda el prestigio internacional de Chile y también reforzó la hegemonía comercial de Valparaíso. Las finanzas del país soportaron la carga con extraordinaria facilidad. También parece probable que la guerra contribuyera a consolidar el creciente sentido de nacionalidad chilena; aunque esto es algo difícil de evaluar. Sin duda, la victoria dio a muchos chilenos comunes, especialmente en las ciudades, la posibilidad de respirar el embriagador aire de la euforia patriótica. Una de las canciones chilenas más populares fue escrita en honor al triunfo de Bulnes.

Cantemos la gloria
del triunfo marcial
que el pueblo chileno
obtuvo en Yungay.

²⁴ En 1843, Santa Cruz trató de volver a Bolivia, pero fue arrestado en el sur del Perú. Chile quedó a cargo de este famoso cautivo. En mayo de 1844 fue instalado con ciertas comodidades en Chillán, bajo la vigilancia del coronel Benjamín Viel, oficial de origen francés, con quien discutía incesantemente (quizás recordando a Napoleón y sir Hudson Lowe). Dos años después se le permitió partir a Europa, donde murió en 1865.

Las baladas y los espectáculos de marionetas conmemoraron durante mucho tiempo las proezas de dos figuras menos eminentes pero indiscutiblemente populares: el héroe de Buin, el subterfugio Juan Felipe Colipí (hijo de uno de los caciques amigos de la Araucanía) y la hermosa y menuda Candelaria Pérez, la «sargento Candelaria», que se había unido al ejército en Lima y había peleado valientemente en Yungay.

El gran desfile de la victoria que se realizó en Santiago en diciembre de 1839 fue la celebración popular más espléndida desde la Independencia. Ahora el gobierno se sentía políticamente capaz de adoptar una actitud más laxa con respecto a la oposición. El mismo Bulnes pidió la rehabilitación de todos los oficiales destituídos en 1830. Uno o dos breves y débiles espasmos de agitación liberal no lograron provocar esta vez la opresiva acción del gobierno. En marzo de 1840, algunos diputados de la oposición lograron llegar al Congreso. Todos los ojos se volvieron entonces a la inminente elección presidencial. Joaquín Tocornal deseaba la Presidencia. Pero ni siquiera él pudo anteponerse a los deseos del presidente Prieto, quien creía que la popularidad de Bulnes, el «héroe sin par», podría convertirse en una ventaja para el régimen. La oposición liberal sugirió al ex presidente Francisco Antonio Pinto. Con el fin de evitar cualquier posible alianza entre Tocornal y Pinto, el gobierno se acercó a los líderes liberales y les ofreció una elección en regla y futuras políticas conciliatorias. La feliz coincidencia del compromiso de Bulnes con la hija mayor de Pinto, Enriqueta, selló este acuerdo entre caballeros. El triunfo de Bulnes en las urnas fue bastante más predecible que su victoria en Yungay. El 18 de septiembre de 1841 comenzó su primer mandato con una amnistía general, como si quisiera mostrar que el nuevo orden conservador, puesto a prueba por la guerra, ahora estaba garantizado por la paz. La ilusión duró casi toda la década siguiente.

Segunda parte

El auge de una República

Al tiempo que se consolidaba como nación-Estado, Chile disfrutó tanto de una significativa expansión comercial como, finalmente, del desarrollo de una tradición política de clase alta tolerante. Las exportaciones de cobre, plata y trigo enriquecieron a la clase alta y permitieron que la República creciera e iniciara la modernización, aunque los cambios en su estructura social tradicional habrían de irse produciendo lentamente. En el extranjero, Chile llegó a ser considerado como la «república moderna» de Suramérica, opinión ampliamente compartida por los propios chilenos instruidos. La hegemonía conservadora de sus comienzos daría paso, tras algunas disputas memorables a mediados de siglo y acompañada siempre por el fuerte régimen presidencial, a un modelo político dominado por los liberales que incluía la competencia entre cuatro partidos principales, prefigurando el papel vital que los partidos políticos cobrarían en el futuro. En la década de 1870, tras una grave crisis económica, Chile obtuvo la victoria sobre Perú y Bolivia en la guerra del Pacífico.

GOBIERNOS

1841-1851:	General Manuel Bulnes
1851-1861:	Manuel Montt
1861-1871:	José Joaquín Pérez
1871-1876:	Federico Errázuriz
1876-1881:	Aníbal Pinto
1881-1886:	Domingo Santa María

Tiempo de progreso, 1831-1886

*Se grita que Chile es de Suramérica la república modelo.
¡Cómo serán las demás!*

El Copiapino, 5 de junio de 1858

Bulnes fue el segundo presidente que gobernó durante diez años seguidos. Dos más lo siguieron: Manuel Montt (1851-1861) y José Joaquín Pérez (1861-1871). En ese periodo, la paz fue amenazada en dos ocasiones por la rebelión armada, pero durante la mayor parte del tiempo prevaleció la calma y el país disfrutó de una notable expansión económica. Los barcos de vapor aparecieron en los puertos, las líneas ferroviarias fueron avanzando a través del desierto y del Valle Central, los cables del telégrafo unieron los pueblos, se fundaron bancos y sociedades comanditarias, y las ciudades fueron mejoradas. Los chilenos instruidos veían todo esto como signos de una época de progreso. Este concepto clave en el siglo XIX fue totalmente asimilado por los caudillos y creadores de opinión del país. El periódico diario de mayor tirada de Santiago se llamó *El Progreso*: durante más de cien años, éste sería el título más popular para los periódicos chilenos que se iban creando¹. En retrospectiva, el periodo de la primera República puede verse también como un ciclo económico positivo, en tanto que los productos de las minas y de las haciendas salían al mundo exterior. La crisis de la década de 1870 puso fin a esta etapa de expansión basada en la exportación.

LA POLÍTICA Y LA PRÁCTICA GUBERNAMENTALES

Los principales puntos en que se había hecho hincapié para lograr el afianzamiento económico en la década de 1830 fueron mantenidos prácticamente por todos los ministros de Hacienda del periodo siguiente. Éstos no sólo vieron el comercio como el motor del avance económico, sino que también fueron ortodoxos en materia de gastos y de ingresos y buscaron con fe el equilibrio presupuestario. Las generaciones venideras de chile-

¹ El catálogo de fichas de la colección de periódicos de la Biblioteca Nacional (Santiago) presenta alrededor de 110 publicaciones con este título.

nos se preguntarán si una estrategia diferente habría producido una mayor independencia económica o bien un mayor crecimiento equilibrado. ¿La avaricia al estilo paraguayo, por ejemplo, habría mejorado realmente la suerte de los chilenos con menos recursos? La «liga comercial» de las naciones de América Latina sugerida por el conservador Antonio García Reyes en 1844² quizá hubiera sido una táctica más promisoría, pero difícilmente podría haber sido promovida sólo por Chile. Los gobernantes del país no contaban con herramientas realmente eficaces para sacar adelante sus políticas: la contabilidad por partida doble, por ejemplo, no fue introducida en la administración pública sino en la década de 1880. Por otra parte, sus puntos de vista se veían influidos inevitablemente por los intereses de sus propias clases. Los propietarios de las minas y los hacendados se encontraban favorecidos por las decisiones económicas del gobierno, lo cual no quiere decir que esas decisiones en sí mismas fueran descabelladas.

Después de la Independencia, el impulso liberalizador en la política económica se hizo muy evidente, a pesar de lo cual el Estado siguió mostrando un claro interés por estimular o proteger la actividad económica interna: el legado «neomercantilista» era fuerte. Así, el Estado se encargó de tender vías ferroviarias y construir caminos y puertos, y de desarrollar el exiguo sistema educacional. La estructura tributaria estaba más cerca del pragmatismo que de un liberalismo o de un proteccionismo doctrinarios. Las ideas del libre mercado, es cierto, estuvieron bastante en boga entre los intelectuales desde la década de 1850. En 1857, *El Mercurio* las describió incluso como «doctrina nacional».³ El economista francés Jean-Gustave Courcelle-Seneuil, quien vivió en Chile (y asesoró al gobierno) entre 1855 y 1863, educó a toda una generación de teóricos de la economía del libre comercio. Esto no quiere decir, sin embargo, que las ideas teóricas hayan tenido tanta importancia para quienes diseñaban las diferentes políticas como las cuestiones prácticas. Cuando en 1852, la Cámara de Diputados alegó que los impuestos a las exportaciones de minerales eran poco modernos y «antieconómicos», el ministro del Interior, Antonio Varas, respondió: «Ojalá pudieran dejarse libres de todo gravamen los productos de la industria nacional; mas [...] una cosa es escribir un libro, y otra cosa es aplicar las doctrinas del libro al gobierno de un Estado».⁴

El Reglamento de Aduanas de Rengifo (1834) sintetizaba lo que sería la política habitual de los siguientes gobiernos. Su propio segundo Reglamento (1842) tuvo el efecto de bajar los aranceles. En 1851, más de 100 artículos quedaron totalmente exentos de impuestos (la mayor parte de las materias primas y la maquinaria que podía ser útil en la

² García Reyes a la Cámara de Diputados, 20 de diciembre de 1844. Valentín Letelier (ed.), *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile*, 37 vols., vol. XXIV, 1887-1908, pág. 663.

³ *El Mercurio*, n.º 9.142, 26 de diciembre de 1857.

⁴ Cámara de Diputados, 24 de septiembre de 1852.

minería o en la industria manufacturera). Trece años después, sin embargo, un nuevo ministro de Hacienda, Alejandro Reyes, llevó a cabo una reforma global que fue mucho más lejos: estableció un impuesto *ad valorem* básico del 25% y eliminó todas las exenciones de impuestos exceptuando 29 artículos, aunque la maquinaria (ahora gravada con un 15%) podía ser importada libre de impuestos mediante una autorización especial. La nueva ley también terminó con el monopolio interno en el comercio costero. A este Reglamento de Aduanas de 1864 se lo suele considerar como la marca de la pleamar en la liberalización del siglo XIX. El nuevo Reglamento de Aduanas de 1872 presentaba un aspecto más familiar, con una lista más larga de artículos exentos (incluidas máquinas, aunque, y ello es raro, muchas piezas industriales y materias primas todavía estaban sujetas a un impuesto del 15%). Como la mayoría de las leyes tributarias del período, esta última combinaba las ventajitas fiscales con la atención de los intereses locales.

El crecimiento del comercio demostró ser muy satisfactorio. El número de barcos que recalaban en los puertos chilenos aumentó a cerca de 4.000 al año en 1870, más de diez veces la cantidad de 1840. El volumen del comercio exterior se multiplicó por cinco con respecto a la cifra que había alcanzado entre mediados de la década de 1840 y mediados de la década de 1870 (de unos 15 a unos 75 millones de pesos al año)⁵. Hasta alrededor de 1860, las importaciones superaban por poco las exportaciones; durante la década de 1860, las exportaciones pasaron levemente adelante. Esta expansión comercial no fue continua. A finales de la década de 1850, se produjo una seria recesión, provocada por dos malas cosechas, la pérdida de los mercados de ultramar para el trigo y la harina, y la menguante producción de plata —todo ello agravado por la recesión internacional de 1857—. El crecimiento retomó su curso en la década de 1860.

Como resultado, el gobierno confiaba en que podía contar con una fuente de ingresos generalmente contundente: los impuestos. De hecho, éstos aumentaron desde unos 3 millones de pesos a comienzos de la década de 1840 a más de 16 millones en 1875. Tras 1860, los gastos comenzaron a superar el crecimiento comercial y se hizo más difícil cubrirlos con las fuentes «ordinarias» (es decir, autorizadas legislativamente). La tributación interna disminuyó en proporción a los ingresos del Estado; hubo una marcada renuencia a imponer impuestos sobre las propiedades o la renta (por ende, las tasas tributarias internas decayeron en este período); y, aunque ahora el Estado ganaba gracias a algunos de sus propios servicios (por ejemplo, los ferrocarriles), tenía de todas maneras que pedir prestado. Entre 1861 y 1879, se contrajeron diez importantes préstamos internos por una cantidad superior a los 21 millones de pesos. En 1858, Chile pidió su primer préstamo externo en treinta y seis años; entre 1861 y 1879, otra media docena, sumando

⁵ El peso equivalía aproximadamente a 45 centavos antiguos (18,75 centavos nuevos) en plata fina, o lo mismo respecto del dólar norteamericano; conservó su valor, con leves fluctuaciones, durante todo el período.

más de 40 millones de pesos⁶. Dada la estricta política de mantener los pagos al día, en la década de 1870, las finanzas públicas comenzaron a parecer menos sólidas.

Una de las razones para lo anterior era que las obligaciones del Estado estaban aumentando progresivamente. La administración pública se había duplicado entre mediados de la década de 1840 y la década de 1870 (de sólo 1.500 a 3.000 funcionarios). Los nuevos requerimientos al erario público incluían la educación, la construcción de ferrocarriles y los buques de guerra (a comienzos de la década de 1870). A pesar de haber sido tan agudo en la década de 1870, el crecimiento comercial ya no era suficiente para sustentar la nueva magnitud de las operaciones del gobierno —especialmente desde que la clase gobernante chilena comenzó a mostrar poca inclinación a autoimponerse gravámenes—.

LA ECONOMÍA DE EXPORTACIÓN: LA MINERÍA Y LA AGRICULTURA

La economía de exportación habría tenido un aspecto muy diferente de no haber existido las provincias norteañas de Coquimbo y Atacama (la última, creada en 1843). Las minas del Norte Chico, según Pierre Vayssiére, aumentaron la producción anual de plata de Chile de 33.000 kilos en la década de 1830 a más de 123.000 kilos en la de 1870; mientras que la producción anual de cobre pasó de alrededor de 14.000 toneladas métricas en la década de 1840 a unas 46.000 en la de 1870⁷ —momento en el cual Chile solía cubrir por lo general entre el 30% y el 50% de la demanda mundial de ese metal—. Desde la década de 1840, un alto porcentaje de cobre era exportado en forma de *Chili bars*, fundidas localmente.

Mientras gran cantidad de trabajadores, comerciantes, especuladores y prospectores partieron hacia el norte, los *cateadores* (buscadores de minas) se multiplicaban entre los áridos cerros y en los desiertos inhabitados, llamados «despoblados», entre Copiapó y la frontera boliviana —sea lo que sea que esto signifique (en 1866, se fijó la frontera en los 24° de latitud Sur, en forma más bien casual, pero Bolivia no reconocería más tarde el tratado)—. Ninguno de los descubrimientos realizados entre 1840 y 1875 pudo igualar a Chañarillo. La última «fiebre de la plata» realmente importante del periodo, la cual provocó la migración de miles de personas, ocurrió a comienzos de la década de 1870 en Caracoles⁸, en la frontera con Bolivia. La nueva mina produjo alrededor de 1.000 toneladas métricas de plata en sus primeros diez años y luego decayó.

⁶ Luis M. Ortega, *Change and Crisis in Chile's Economy and Society, 1865-1879*, Univ. de Londres, Tesis Doctoral, 1979, pág. 357.

⁷ P. Vayssiére, *Un siècle de capitalisme minier au Chili 1830-1930*, París, 1980, págs. 110-115.

⁸ También se le dio este nombre por la gran cantidad de fósiles marinos que se encuentran en la zona.

La mayoría de los cateadores provenían de un medio modesto (originalmente leñadores, quizá, o arrieros) y sus descubrimientos eran intuitivos, sin base en una experiencia geológica. No todos los felices hallazgos, sin embargo, eran producto de una vasta exploración; a veces, también las minas conocidas daban sorpresas. José Tomás Urmeneta trabajó una mina improductiva en Tamaya durante dieciocho años de indigencia antes de encontrar la veta de cobre más rica jamás descubierta en el Norte Chico (octubre de 1852). «El loco del burro», como lo conocían en la zona, se convirtió rápidamente en un millonario, que se unió a las filas del puñado de hombres cuyas familias disfrutaban de las mayores fortunas de los primeros años de la República.

A pesar del enorme aumento en la producción, muchos rasgos del sistema minero de finales de la colonia siguieron vigentes durante todo el siglo XIX: empresas individuales o familiares, tecnología simple, actividad marginal de corto plazo ejemplificada por el antiguo sistema del pitquén. Alrededor de la década de 1860, sin embargo, algunas de las mayores empresas ya habían adoptado tecnología más reciente. Urmeneta lo hizo en Tamaya Minas (una de sus bocaminas alcanzaba los dos kilómetros de extensión), al igual que José Ramón Ovalle en Carizal Alto. Alrededor del 30% del cobre producido a mediados de la década de 1870 provenía de estos dos distritos. Ambos fueron casos excepcionales; la gran mayoría de las minas seguían siendo pequeñas (o poco profundas) y dependían más del trabajo de los barreteros y apires (o, en casos más raros, de la tracción animal) que de las máquinas de vapor. A comienzos de la década de 1870, según un informe, tan sólo una mina en el Norte Chico —de un total de veintitrés— usaba máquinas de vapor⁹.

Los mayores cambios técnicos se produjeron en el tratamiento más que en la extracción. En el caso de la plata, el viejo proceso colonial del «patio» fue ampliamente desplazado por el llamado «método del cobre», una variante de un método común y corriente en Europa. El nuevo sistema aún requería grandes cantidades de mercurio por lo que, a finales de siglo, fue reemplazado por el proceso de «amalgamado Kröhnke», más eficiente. En la fundición de cobre, la innovación más vital fue la introducción de los hornos «de reverbero» por el empresario Charles Lambert, alrededor de 1830. En Chile, el método fue conocido como el «sistema inglés» (había sido utilizado durante mucho tiempo en Swansea, Gales del Sur, en esa época la capital mundial de la fundición de cobre y un puerto al cual se enviaban grandes cantidades de mineral chileno). Desde finales de la década de 1840, se instalaron varias fundiciones chilenas a gran escala: en Guayacán y Tongoy, al norte; en Lirquén y Lota, al sur. A partir de entonces, se envió aún más cobre al extranjero, ya fuera en forma de lingotes puros, ya en forma de matas semiprocessadas, con un contenido de cobre de alrededor del 50% (cerca de un 30% de las exportaciones totales entre los años 1855 y 1875).

⁹ Leland R. Pederson, *The Mining Industry of the Norte Chico, Chile*, Evanston, Ill., 1966, págs. 191-192.

Las nuevas fundiciones de cobre, grandes o pequeñas, requerían constantes suministros de combustible. Aquellas fundiciones ubicadas en la zona minera rápidamente agotaron los escasos recursos madereros del norte. A largo plazo, esto produjo un importante desequilibrio ecológico y el desierto aceleró su avance hacia el sur. La alternativa para la madera era el carbón, cuyos depósitos se encontraban cerca de Concepción (en la bahía de Talcahuano y en el golfo de Arauco). Estos depósitos fueron explotados más o menos sistemáticamente desde la década de 1840; en 1852, Matías Cousiño, un empresario tan famoso como Umeneta, inició la operación minera en Lota. A mediados de la década de 1870, había más de 6.000 mineros del carbón en el sur: la compañía Lota tuvo el primer sistema telefónico interno de Chile. Así nació una nueva industria. Su producción era modesta con respecto a la norma europea, pero, a pesar de su vulnerabilidad a la competencia del carbón galés importado, Chile terminó por aumentar la suya, en parte gracias a que se había descubierto que una mezcla de carbón nacional e importado funcionaba bien en las fundiciones del norte. Las fundiciones del sur, por su parte, fueron cobrando cada vez más importancia hacia finales de siglo, en gran medida por su proximidad a las minas de carbón.

En esta etapa, la mayoría de los empresarios mineros eran chilenos, muchos provenientes de familias ya establecidas en el Norte Chico: el poderoso clan Gallo y otras dinastías del norte, como los Goyenechea, los Matta y los Montt. Una o dos empresas cupríferas estaban en manos inglesas. Los mineros de más éxito solían reinvertir sus ganancias en nuevas minas, pero también compraban haciendas en el Valle Central y mansiones en Santiago. La mayoría de los empresarios eran más modestos y dependían de un grupo de intermediarios conocidos como «habilitadores», que les daban crédito y equipos a cambio de mineral o una participación en las ganancias de la mina en cuestión. Como demostró Eduardo Cavieres, las casas de importación y exportación de Valparaíso estaban muy vinculadas al negocio de la «habilitación», con una compleja y entrelazada red de intereses en toda la zona minera. El «habilitador» más espectacular fue Agustín Edwards, hijo del primer Edwards en Chile. En la década de 1860, gracias a numerosas y lucrativas especulaciones, Edwards se había convertido en uno de los capitalistas más ricos de Chile. En 1871-1872 dio un golpe que quedaría por mucho tiempo en la memoria: almacenó tanto metal como pudo, hizo que el precio mundial del cobre subiera en un 50% en ocho meses y logró una ganancia personal estimada en 1,5 millones de pesos.

A pesar de la importancia que la minería revestía para la economía de exportación, relativamente pocos chilenos trabajaban en ella. En la década de 1860, alrededor del 80% de la población vivía en el campo, dominado por la hacienda. Ser dueño de una hacienda (o *fundo*, como se le fue llamando cada vez más) era para entonces el emblema más claro de pertenencia a la elite nacional. Los registros tributarios de 1854 muestran que unos 850 terratenientes recibían cerca del 60% de todas las ganancias agrícolas de Chile central. Al

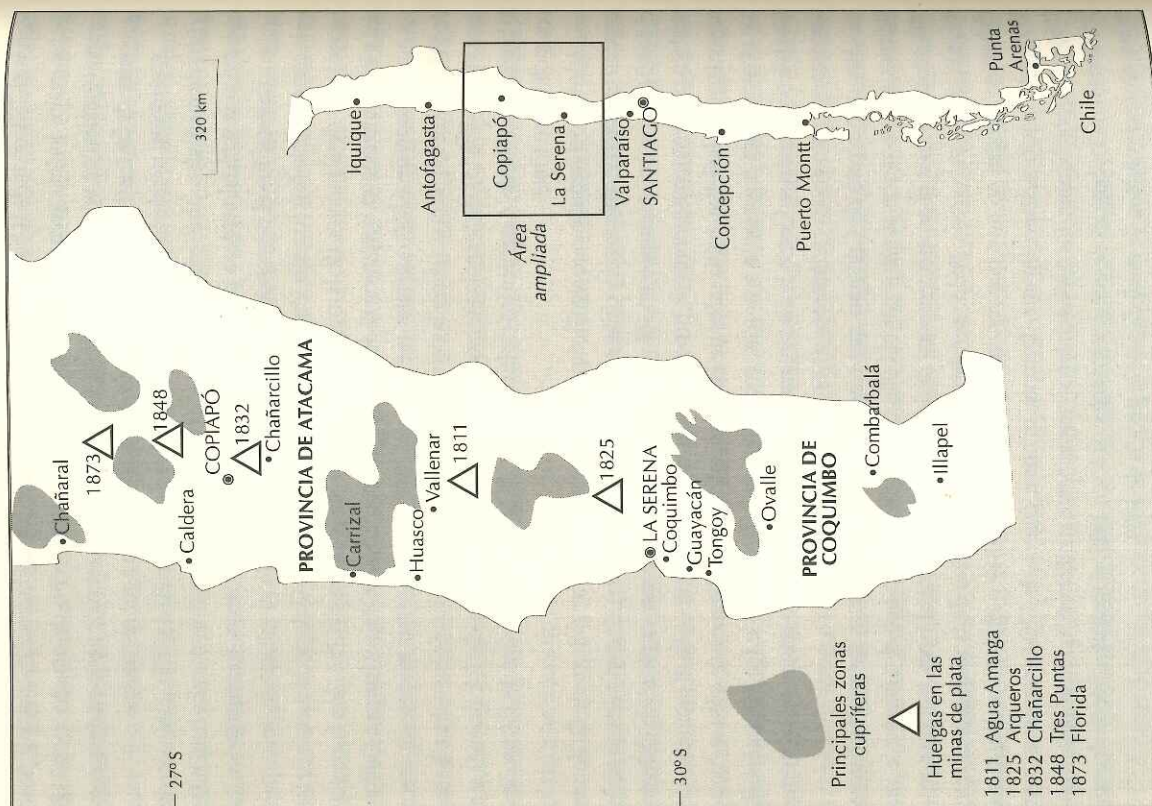
menos el 75% de toda la tierra agrícola estaba ocupada por las haciendas, la mayor parte de las cuales incluía grandes extensiones de tierra en barbecho de un año a otro. El campo contaba con un gran excedente de fuerza laboral, así como de tierra en desuso en el interior de las haciendas, en caso de que algún día llegaran a ser necesarias.

El principal problema de los hacendados chilenos en la década de 1840 seguía siendo la falta de mercados. Alrededor de 1850, sin embargo, las perspectivas para las haciendas mejoraron sustancialmente, a la vez que surgieron de pronto nuevas oportunidades. La primera de éstas fue el descubrimiento de oro en California. En su calidad de único país en la costa del Pacífico con una importante producción de trigo, Chile podía satisfacer las necesidades de alimentos de la creciente población de la fiebre del oro. Los hacendados y los comerciantes aceptaron el desafío. Las exportaciones de trigo y harina a California aumentaron de 6.000 quintales métricos en 1848 a una cantidad máxima de cerca de 500.000 en 1850. Para satisfacer la demanda de harina, aparecieron de la noche a la mañana varios molinos de tecnología moderna cerca de Tomé (bahía de Talcahuano) y a lo largo del río Maule. A comienzos de la década de 1870, había alrededor de 130 molinos en Chile.

Además del impulso que significó para las haciendas, la fiebre del oro de California impulsó un considerable éxodo: chilenos de todo tipo se dirigieron en gran número hacia el norte para probar suerte —y no sólo hombres, ya que una buena cantidad de chilenas también partieron, buscadoras de oro en un sentido algo diferente—. En el momento de mayor auge de la fiebre, había miles de chilenos en California. Algunos de ellos se hicieron ricos y nunca regresaron a su país; como siempre, a la mayoría le fue bastante mal. Los chilenos pronto sufrieron la discriminación e incluso el violento ataque de los norteamericanos, tanto en los yacimientos de oro como en San Francisco.

Hay otro efecto de California que cabe mencionar aquí. Tantos fueron los barcos chilenos que se vieron atraídos por el brillo del oro californiano que el gobierno se vio obligado a permitir el acceso temporal de los navíos extranjeros al hasta entonces restringido comercio costero. Podría señalarse aquí que el destino de la marina mercante chilena en realidad no tuvo que ver con las decisiones de 1849 y 1864. En la década de 1850, ésta creció sustancialmente. Durante la breve guerra de Chile con España en 1865-1866, no obstante, los navíos chilenos simplemente cambiaron banderas para evitar problemas con los buques de guerra españoles. Sólo en 1885, el tonelaje chileno alcanzó nuevamente el volumen de mediados de la década de 1860.

El rápido auge de las exportaciones a California fue efímero. Alrededor de 1855, los nuevos treinta y tres Estados de la Unión eran autosuficientes en trigo y harina (e incluso los exportaban). Una segunda fiebre del oro vino a rescatar a los hacendados chilenos con los descubrimientos de Australia en 1851. Una vez más, barcos cargados con trigo y harina se abrieron paso por las aguas del Pacífico. Las exportaciones chilenas a Australia alcan-



Mapa 3: Principales zonas mineras.

zaron su punto máximo en 1855 (con ganancias de casi 2,7 millones de pesos); luego, disminuyeron de golpe. California se estaba repitiendo: dos o tres años de grandes ganancias, seguidos por un repentino cierre del mercado —un factor importante en la recesión de finales de la década de 1850—.

Más o menos entre 1865 y 1875, las haciendas chilenas lograron colocar en el mercado inglés grandes cantidades de trigo y cebada. Las exportaciones llegaron a 2 millones de quintales métricos en 1874. Este crecimiento algo sorprendente fue producto de los altos precios mundiales y las mejoras en los embarques marítimos, como también del hecho de que el grano chileno, proveniente del hemisferio Sur, llegaba a Inglaterra antes que las cosechas del norte. Estas ventajas se perdieron cuando los productores a gran escala (por ejemplo, el medio-oeste americano) sacaron a Chile del mercado internacional. En 1878, el periódico londinense *The Economist* dejó de publicar el precio del trigo chileno.

La clave para los sucesivos auges de las exportaciones agrícolas de mediados de siglo fue la ubicación de Chile en el Pacífico sur y la capacidad disponible en el campo. La agricultura pudo responder ante el estímulo de los mercados en expansión, sin alterar significativamente la forma en que se hacían las cosas en Chile. «Los hacendados chilenos», como señaló Arnold Bauer, «produjeron para la exportación simplemente extendiendo el sistema ya existente»¹⁰. Sin embargo sí se produjeron ciertos cambios: especialmente las nuevas obras de irrigación, con la construcción de embalses y canales, algunos de los cuales fueron muy largos. Un caso espectacular fue el del Canal de las Mercedes, con sus 120 kilómetros, con tres túneles y un acueducto, y cuya construcción duró treinta años. En este periodo también se hicieron esfuerzos por mejorar la ganadería importando animales del extranjero, y por introducir nuevos cultivos, como el arroz. Al comienzo los resultados fueron modestos; sin embargo, hay algunos éxitos que merecen ser destacados. La introducción de las abejas italianas en la década de 1840 transformó la apicultura chilena, permitiéndole al país alcanzar rápidamente el autoabastecimiento de miel. Los chilenos habían bebido sus propios vinos áspers desde el siglo XVI, pero desde la década de 1850, varios terratenientes plantaron vides francesas por primera vez. Se descubrió que las cepas *pinot* y *cabernet* medraban especialmente bien en el suelo y con el sol del Valle Central. El aislamiento geográfico de Chile hizo que las vides no fueran atacadas por la plaga de la filoxera que asoló Europa desde la década de 1860 en adelante; de hecho, los vinos chilenos pueden haber preservado el auténtico sabor francés anterior a la filoxera.

Por supuesto, el gobierno no sólo se limitó a estar aparentemente de acuerdo con el desarrollo agrícola. Desde la década de 1840, mantuvo en Santiago una granja modelo y una estación experimental, la Quinta Normal de Agricultura. Asimismo, la Sociedad

¹⁰ Bauer, *Chilean Rural Society*, pág. 70.

Nacional de Agricultura (SNA, establecida en 1869) trató de impulsar algunas mejoras, no se convertiría en el grupo de presión de los terratenientes como tal hasta comienzos del siglo xx. Algunos agricultores progresistas lucharon con fuerza por innovar, pero claramente se trataba de una minoría. Dejando a un lado los planes de irrigación, las grandes inversiones de capital en la agricultura fueron algo inusual. Durante el auge de las exportaciones, el área cultivada se triplicó (quizá incluso se cuadruplicó); la cantidad de haciendas aumentó, dado que algunas de las enormes propiedades de otros tiempos fueron subdivididas (esto aún era muy posible); el inquilinato se expandió con el establecimiento de nuevas familias en las haciendas; se desarrollaron nuevas formas de aparcería, especialmente en la cordillera de la Costa. Pero nada de esto significó cambios realmente profundos. Los métodos agrícolas siguieron siendo tradicionales. Hubo poca mecanización, especialmente en comparación con la vecina Argentina; hasta la década de 1930, los buques seguían siendo un elemento universal en el campo chileno. El mundo rural patriarcal, el mundo del patrón y del inquilino, se vio más fortalecido que debilitado por la economía de exportación.

LOS SIGNOS EXTERNOS Y VISIBLES DEL PROGRESO

El símbolo de progreso que más rápidamente quedó en evidencia fue la revolución del transporte que acompañó a la expansión del comercio de ultramar para la que fue una condición indispensable. En la década de 1830, Chile todavía se encontraba a más de tres meses de Europa en barco de vela. En 1840, dos vapores de ruedas de 700 toneladas, el *Chile* y el *Perú*, llegaron desde Inglaterra para inaugurar las salidas regulares entre Valparaíso y El Callao. El hombre responsable de esta innovación, el notable empresario norteamericano William Wheelwright, había organizado recientemente la *Pacific Steam Navigation Company* (PSNC), una línea británica cuyos barcos de pasajeros serían un panorama familiar en la costa chilena hasta la década de 1960. Desde mediados de la década de 1840, cuando la PSNC¹¹ extendió sus itinerarios hasta Panamá, por fin fue posible llegar a Europa en menos de cuarenta días. En 1868, se iniciaron los viajes directos de Valparaíso a Liverpool vía estrecho de Magallanes. Otras compañías europeas (y, de manera más modesta, chilenas) pronto entraron a competir con la poderosa PSNC, cuyo tonelaje en 1874 igualaba al de la armada norteamericana.

Obviamente, el vapor revolucionó también el transporte por tierra. La primera vía férrea chilena (con 80 kilómetros era la línea más importante de América Latina) fue ter-

¹¹ Las famosas iniciales dieron origen a varias bromas que persistieron en el tiempo, por ejemplo: *Pásenlos Son Nuestras Comidas y Pasajeros Ser Nunca Contentos*.

rida en 1851 para unir Copiapó con el puerto de Caldera. Fue construida por el ubicuo Wheelwright y financiada por un grupo de ricos mineros y comerciantes. Después se extendió hacia el interior de la zona minera, donde otras líneas ferroviarias se le sumaron a su debido tiempo. La vital línea de 183 kilómetros entre Santiago y Valparaíso (construida entre 1851 y 1863) era originalmente una empresa mixta (mitad gubernamental, mitad privada). Cuando en 1858 surgieron dificultades tanto con la ruta como con los accionistas, el gobierno compró las acciones privadas. Una tercera vía ferroviaria importante comenzó a ser tendida desde el Valle Central hacia el sur a finales de la década de 1850; este Ferrocarril del Sur fue otra empresa mixta posteriormente tomada en manos del Estado (1873). Una línea de ferrocarril entre Talcahuano y Chillán (que debía unirse a la del Valle Central) fue construida entre 1869 y 1874. A mediados de la década de 1870, Chile contaba con una red de ferrocarriles de cerca de 1.600 kilómetros, más de la mitad propiedad del Estado.

El Estado también jugó un papel importante en el desarrollo de la telegrafía. En 1852 se instaló un telégrafo entre Santiago y Valparaíso —nuevamente una empresa del sorprendente Wheelwright, por cuyos múltiples servicios a Chile se le erigió una estatua en Valparaíso (1877)—. Este primer telégrafo pertenecía a una compañía privada, aunque apoyada por subsidios estatales; el gobierno se hizo cargo de la principal responsabilidad: crear una red nacional como parte de un servicio postal totalmente organizado; los sellos de correo fueron introducidos en 1856; dos años después, los chilenos remitían 662.998 cartas¹². Alrededor de 1876, las cuarenta y ocho oficinas de telégrafo del Estado, con una red de 2.500 kilómetros, cubrían el país a todo lo largo. Santiago y Buenos Aires estaban unidas por una línea tendida a través de los Andes (1872) y, dos años después, cuando se tendió el cable submarino al Brasil, Chile quedó comunicado en forma directa con el Viejo Mundo. El 6 de agosto de 1874, por primera vez, *El Mercurio* publicó noticias europeas llegadas directamente de Europa. Una oficina *Havas Reuter*, verdadero símbolo de esta primera «revolución informática», fue abierta en Valparaíso en 1875.

¿En qué medida los sucesivos auges en las exportaciones produjeron un desarrollo en la economía interna chilena? Con una minería y una agricultura tan dominantes, parecería quedar poco espacio para la industria manufacturera. Antes de la década de 1850, al menos, la manufactura local siguió siendo predominantemente artesanal. En el campo, como señaló Claudio Gay, el campesino tenía «que ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc.»¹³. La importación de algodones ingleses marcó alguna diferencia en este sentido, aunque el censo de 1854 todavía contaba 9.000 tejedores en las provincias de Santiago y Valparaíso. La economía de exportación, no obstante, reunió las fundi-

¹² *El Araucano*, n.º 2.092, 23 de julio de 1859.

¹³ Claudio Gay, *La agricultura chilena*, 2 vols., vol. I, 1973, pág. 159.

ciones de cobre y los molinos harineros, y la expansión del mercado interno brindó claras oportunidades a los industriales en ciernes.

Según las detalladas investigaciones de Luis Ortega, el Chile de mediados de la década de 1870 contaba con unos 120 establecimientos industriales —«industrial» en el sentido de que todos usaban la energía del vapor, pagaban salarios en dinero y empleaban a más de diez trabajadores—. Las fundiciones de Guayacán y Lota, por supuesto, tenían varios cientos de hombres cada una. Las plantas que fabricaban alimentos y bebidas incluían la refinera de azúcar de Viña del Mar (1873) y cierta cantidad de modernas lecherías. También estaban en funcionamiento algunas fábricas de textiles, una planta papelera y al menos diez talleres tipográficos mecanizados. A mediados de la década de 1860, comenzaron a fabricarse, en Lota y Coronel, ladrillos refractarios para las fundiciones. No obstante, el caso más impresionante fue el de la pequeña industria metalúrgica e ingenieril: plantas productoras de maquinaria, repuestos, equipos militares y material rodante para los ferrocarriles. Una empresa estatal de corta duración pero que vale la pena mencionar, la Fundición Nacional, instalada en 1865-1866 en Limaque, fabricó luego productos como máquinas de vapor, bombas de vapor, calderas de locomotoras, la hélice de un barco de vapor, campanas y arados. La fundición se cerró en 1874, en parte porque competía con las plantas privadas.

El ritmo de expansión de la actividad económica naturalmente se vio reflejado en las prácticas monetarias y comerciales. Las monedas de oro, plata y cobre (convertidas al sistema decimal a comienzos de la década de 1850) que, hasta 1860, eran la única oferta de pago legal, nunca fueron suficientes para satisfacer las demandas de un comercio creciente; además, solía ocurrir que, en épocas de recesión, el país se quedara completamente sin divisas, como a finales de la década de 1850. La escasez de monedas de baja denominación fue crónica. Los empleadores a veces usaban «fichas» como monedas no oficiales. La principal fuente de crédito antes de la década de 1850 eran los prestamistas privados (capitalistas como el personaje ficticio de Blest Gana, *Don Dámaso Encina*) o las casas comerciales de Valparaíso. Una de las primeras empresas bancarias, montada por Antonio Arcos en 1849, fue un fracaso, en parte por la desconfianza que producía su propia persona. Los primeros bancos permanentes con emisión fiduciaria, el Banco de Ossa y el Banco de Valparaíso, se crearon a mediados de la década de 1850. Una Ley general de bancos (bastante liberal) entró en vigencia en 1860. Quince años después, había al menos once bancos en Chile, con un capital efectivo de más de 22 millones de pesos. Mientras tanto, la Caja de Crédito Hipotecario (1856) había canalizado un nuevo flujo de créditos para el campo —en realidad, para los hacendados—.

La organización comercial también cambió después de 1850. Lo más notable fue la aparición de las sociedades anónimas, reguladas por una ley de 1854. Las primeras sociedades anónimas fueron las compañías de ferrocarriles. A finales de la década de 1870, se

habían constituido al menos 200 de estas empresas —principalmente en la minería, la banca, los seguros (la primera compañía chilena data de 1853), los ferrocarriles y los servicios públicos—. Este patrón corporativo emergente ilustra ciertas peculiaridades del floreciente capitalismo chileno. Mientras que relativamente poco capital iba a parar a la agricultura o a la industria manufacturera, las empresas mineras especulativas ejercían una atracción poderosa. La bonanza de Caracoles impulsó la formación de veintisiete nuevas compañías en octubre de 1872. Sin duda, «la fiebre de Caracoles» provocó una locura especulativa sin precedentes.

En la década de 1870, la minería incluía un nuevo negocio que pronto sería tremendamente importante en la historia de Chile. Los yacimientos de salitre, de gran demanda en Europa como fertilizante, habían sido explotados en la provincia desértica peruana de Tarapacá. Aquí había involucrados grandes capitales chilenos, expansionistas antes que nada: en 1871-1872, el 25% de toda la producción de salitre de Tarapacá era controlada por chilenos. En el litoral boliviano, más al sur, los chilenos fueron aún más avasalladores por consiguientes. Los yacimientos de salitre en el desierto de Atacama fueron abiertos a mediados de la década de 1860 por los empresarios chilenos José Santos Ossa y Francisco Puelma, quienes obtuvieron generosas concesiones de Mariano Melgarejo, el dictador de Bolivia en ese momento. A mediados de la década de 1870, la empresa original de Ossa-Puelma se había transformado en una poderosa corporación chileno-británica (de hecho, principalmente chilena): la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta. Sus accionistas incluían a prominentes políticos chilenos.

El vínculo con el capitalismo chileno era el floreciente puerto de Valparaíso, con su bosque de mástiles en la bahía, su Aduana bellamente estucada y sus almacenes fiscales. Allí, varias docenas de casas de importación y exportación se habían situado en la importante cima de la economía de exportación. La empresa típica era la casa de comisiones, cuyo interés principal era sacar provecho de las comisiones sobre las importaciones y las exportaciones, pero que también ejercía poderosas influencias tanto en los mineros como en los hacendados. En este negocio, los extranjeros fueron particularmente prominentes, con los ingleses a la cabeza —representantes de lo que se ha llamado «la última verdadera diáspora [comercial] a gran escala antes del advenimiento de las modernas corporaciones multinacionales»¹⁴—.

A comienzos de la República, las relaciones británicas resultaron fundamentales para Chile: entre un 30% y un 60% de todas las exportaciones iban a Gran Bretaña y de un 30% a un 50% de todas las importaciones a Chile provenían de allí. En el más amplio sentido, por supuesto, la posición hegemónica de Gran Bretaña en el sistema de comercio internacional del siglo XIX influyó en el desarrollo general de la economía de exportación de Chile

¹⁴ Eduardo Cavieres, *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880*, Valparaíso, 1988, pág. 227.

por el simple hecho de estar allí. Los barcos de vapor, los telégrafos, los ferrocarriles y las sociedades comanditarias, cada uno de ellos participó en el establecimiento de los sólidos vínculos de Chile con un mercado mundial en franca expansión.

PROGRESIVOS CAMBIOS EN LA SOCIEDAD

La mayoría de los chilenos instruidos a comienzos de la década de 1870, mirando retrospectivamente los cuarenta años anteriores más o menos, estaban convencidos de que su país había logrado una mejor posición social. Los principales beneficiarios del progreso eran claramente la clase alta y quienes estaban vinculados con la expansión del comercio; menos evidente resulta el beneficio que sacaron los chilenos más pobres. En la década de 1850, tras el primer auge de las exportaciones, algunos chilenos de clase alta pudieron vivir en forma muy opulenta. Tomemos, por ejemplo, a Emeterio Goyenechea (dueño de minas, comerciante y terrateniente) quien, en octubre de 1856, dio el banquete más espectacular que se haya visto en Santiago: ochocientos invitados, juegos de agua, efectos especiales de iluminación, dos bandas de la Guardia Nacional de turno —*le tout Santiago* estaba allí: «hombres de Estado, ricos capitalistas, literatos, *leones*, *dandys*...»¹⁵.

Los ricos se hicieron más ricos —mucho más ricos que sus predecesores coloniales—. Como dijo Vicuña Mackenna, «no había mineros millonarios antes de Chañarillo, ni hacendados semimillonarios antes de California»¹⁶. Lo más probable es que una famosa y a menudo citada lista de cincuenta y nueve millonarios (la mayor fortuna alcanzaba los 16 millones de pesos) publicada en *El Mercurio* en 1882 haya estado incompleta. Su compilador (quizá Vicuña Mackenna) señaló reveladoramente: «si hubiese de tomarse en cuenta los que tienen doscientos pesos para arriba, sería cuestión de llenar todo nuestro diario»¹⁷.

La clase alta del Chile del siglo xx era esencialmente lo que Claudio Gay llamó una «aristocracia del dinero, ya por derecho hereditario, ya por haber hallado en el comercio una fortuna, o ya también por haberla adquirido mayor aún en la explotación de las minas»¹⁸. Las familias más antiguas, sin duda, continuaban enorgulliciéndose de su linaje colonial: «tal vez hay pocos países que nos aventajen en añejas tendencias aristocráticas», afirmaba un escritor en 1859¹⁹. No obstante, los nuevos magnates de la minería o de la

¹⁵ *El Ferrocarril*, n.º 253 y 255, 17 y 20 de octubre de 1856.

¹⁶ Don Diego Portales, 3ª ed., 1974, pág. 71.

¹⁷ «Los millonarios de Chile viejo», *El Mercurio*, n.º 16, 547, 26 de abril de 1882.

¹⁸ *La agricultura chilena*, 2 vols., vol. I, 1973, pág. 102.

¹⁹ *El Ferrocarril*, n.º 1.173, 6 de octubre de 1859. Obviamente no había estado en Inglaterra.

banca no tenían dificultades para entrar en la alta sociedad. La clase alta chilena no consideraba que la minería o el comercio fuera socialmente degradante. Como resultado, los mineros y los comerciantes que, en otras partes, podrían haber constituido una *bourgeoisie conquérante* fueron totalmente asimilados a la elite nacional, aunque obviamente la modificaron en el proceso, al igual que la inmigración vasca había modificado la elite de finales de la colonia. Los intereses económicos de la clase alta se solapaban y, a menudo, se entrelazaban: los mineros se convertían en terratenientes, los terratenientes invertían en las minas. La tradición de la tenencia de la tierra, en particular, confirió un alto grado de coherencia a este grupo social dominante.

Induciría a error sugerir que la clase alta era totalmente homogénea. Posiblemente su división interna más significativa se daba entre Santiago y las provincias. Los sentimientos encontrados de un provinciano que visitaba la capital por primera vez se hallan bien descritos en ciertos pasajes literarios de la época. Y siempre había familias de la clase alta empobrecidas y aferradas a su condición con patética tenacidad. Sin embargo, la mayoría de las personas que pertenecían a este estrato privilegiado compartían ciertos valores comunes: un sentido de superioridad social, una visión a menudo despectiva de las clases bajas, un fuerte apego a la tenencia de la tierra y, no menos, un reconocimiento de los derechos familiares (por ejemplo, la familia extendida). Los lazos familiares entrecruzaban la clase alta, desempeñando un papel vital en los negocios y la vida social —y en la política—.

Los ingresos de la clase más alta sin duda impulsaban un consumo evidente. El acumular riquezas, según un visitante norteamericano, tenía como «gran objetivo de la vida trasladarse a la capital, despilfarrar en costosos muebles, carruajes y una vida espléndida»²⁰. Había una gran demanda de artículos de lujo importados. Gracias a los barcos de vapor, los viajes al extranjero se volvieron mucho más fáciles: la generación nacida alrededor de 1830 (una generación notable) fue la primera en realizar largos viajes a Europa a cualquier coste. Inevitablemente, los viajeros traían nuevas modas e ideas. Las influencias foráneas continuaron modificando el estilo de vida de la clase alta. Inglaterra parece haber marcado la pauta en lo que se refiere a la vestimenta masculina y a los deportes. La costumbre de tomar té continuó avanzando a expensas del mate. El Club de la Unión, el club para caballeros de Santiago fundado en 1864, imitó los modelos de Londres. Por su parte, Francia quizá constituyó una fuente aún mayor de nuevas modas —en los vestidos de las mujeres, los muebles, el gusto literario, la retórica política y la práctica religiosa (en la Iglesia católica)—. La europeización del gusto ayuda a explicar la liberalización política que se produjo después de 1861. Y también puede haber ampliado la brecha psicológica entre los ricos y los pobres, cuya forma de vida siguió siendo más tradicional.

²⁰ G. B. Merwin, *Three Years in Chile*, Carbondale, Ill., 1966, pág. 63.

La diferencia de clases, de más está decirlo, era inevitable. En los nuevos barcos de vapor, por ejemplo, los sirvientes pagaban la mitad de la tarifa; los «peones y jornaleros», un cuarto de la tarifa por un pasaje en el puente²¹. En el campo, el patrón o su mayordomo esperaban, y en su mayoría recibían, un trato deferente por parte de los inquilinos y de los peones. Sin embargo, el efecto demostrativo de las costumbres de una cambiante clase alta sin duda se filtró a otras clases. Entre la clase alta (la «gente» o la «gente decente») y los pobres trabajadores (el «pueblo»), se fue desarrollando a ojos vista un definido estrato social intermedio, si bien algo misceláneo, como resultado de la expansión económica. Los propietarios de pequeños negocios y campos, los dependientes de las casas comerciales y los funcionarios de las oficinas gubernamentales, los ingenieros extranjeros, los oficiales militares de menor rango —éstos y otros formaron esa clase media emergente—. El término *snob* de «medio pelo» fue utilizado por la clase alta para describir a las capas medias de la época —denominación que se siguió utilizando hasta bien entrado el siglo xx—. El «medio pelo», se afirmaba en 1872, «forma una casta aparte: no fraterniza con el pueblo, a quien llama desdenosamente *rotos*, y la sociedad no la admite en su seno»²². El estilo de vida del medio pelo era una versión menor del de la clase alta: quienes pertenecían a esta última fumaban cigarrillos importados, mientras los de la primera consumían productos locales. La franja más alta de este estrato medio incluía, por cierto, a arribistas frustrados, que anhelaban el nivel de vida de la clase alta. A fines de la década de 1850, habían formado un tipo identificable: los *siuticos*, neologismo atribuido a José Victorino Lastarria.

En la ciudad, los artesanos, los maestros y los comerciantes formaron otro grupo social identificable —al cual los chilenos instruidos se referían como la «clase obrera»—. Evidentemente, éstos deseaban distinguirse de los pobres trabajadores: «llamar *rotos* a los artesanos es una injuria», afirmaba una hoja de propaganda de 1845²³. Aquí también se dejó sentir la influencia de los estilos de vida de la clase alta —algo percibido por la mirada extremadamente perspicaz del teniente Gilliss, visitante estadounidense—, que observó a los «artesanos y tenderos» de Santiago:

En público, los vestidos finos son una pasión en ellos, y un extranjero difícilmente sospecharía que el hombre con que se encuentra, vestido con una fina capa de velarte y que escolta a una mujer araviada con sedas y joyas, no ocupa un rango más alto en la escala social que el de un hojalatero, un carpintero o un tendero, cuyos recursos podrían guardarse en su totalidad en una caja de cinco pies cuadrados. Pueden recorrer cualquier dis-

²¹ *Almanaque nacional para el año 1854*, 1854, pág. 43.

²² Recaredo S. Tomero, *Chile Ilustrado*, Valparaíso, 1872, pág. 465.

²³ *El Artesano del Orden*, 16 de noviembre de 1845.

tancia para obtener ropas y muebles finos, o para asistir al teatro en las vacaciones, y, sin embargo, viven constantemente en la más absoluta incomodidad²⁴.

La inundación de productos importados tras la Independencia no sacó a los artesanos del negocio. Sin duda, éstos sufrieron las consecuencias de la política comercial: ien septiembre de 1861, una delegación de artesanos pidió al nuevo presidente un impuesto inmediato del 70% en todos los productos manufacturados importados²⁵. De hecho, sin embargo, los ingresos de los ricos y la incipiente clase media permitieron al artesano expandirse e incluso compartir (modestamente) la nueva prosperidad. Su participación en ciertos episodios políticos (1845-1846, 1850-1851) fue sobresaliente —aunque reflejó un papel subalterno—. Desde la década de 1850, en una línea de desarrollo algo diferente, comenzaron a formarse varias mutualidades, para dar mayor seguridad a los artesanos y a los maestros. El carpintero, constructor y arquitecto autodidacta Fermín Vivaceta, hijo de una lavandera viuda, tuvo mucho que ver en el impulso dado a estas sociedades (creó la primera en 1826); a finales de la década de 1880 ya se habían registrado legalmente alrededor de cuarenta de ellas.

Los efectos de la expansión económica en el pueblo —el confuso laberinto de las masas—, para usar una frase de 1845²⁶, fueron evidentemente menos positivos que para los grupos sociales mejor situados. En el campo, como hemos visto, existía una clara distinción entre los inquilinos de las haciendas, un campesinado incipientemente independiente y la población de peones «flotante». Las exacciones de los hacendados y de los comerciantes, el enrolamiento obligatorio en el Ejército, las nuevas restricciones oficiales —todo ello parece hacer reducido el alcance del cultivo y del comercio de los campesinos independientes a comienzos de la República—. A medida que se fueron sucediendo los distintos auges de las exportaciones, el inquilinato mismo se vio más presionado por el aumento en el trabajo de mano de obra que se les exigía. Esto no alteró especialmente la forma de vida primitiva de los inquilinos. En muchos sentidos, el inquilino era el elemento más estable en el campo. Las haciendas podían cambiar de propietarios; las familias de inquilinos solían permanecer.

Los peones rurales eran otra cuestión: endurecidos y degradados por una subocupación y por una pobreza crónicas, eran los más afectados cuando las malas cosechas producían hambrunas locales. Algunos seguían siendo vagabundos, que sobrevivían del robo de ganado y otras cosas. Es cierto que la demanda de fuerza laboral extra, producto del

²⁴ J. M. Gilliss, *The United States Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere during the years 1849-1850-1851-1852*, vol. I, Chile, Washington D. C., 1855, pág. 219.

²⁵ *La Discusión*, n° 247, 11 de septiembre de 1861.

²⁶ *Gaceta del Comercio*, Valparaíso, n° 1.175, 21 de noviembre de 1845.

auge de las exportaciones, podría haber producido un leve aumento global en los salarios rurales (según Bauer, 20-25 centavos al día era común en la década de 1840; 25-30 al día en la década de 1870). Con la expansión del cultivo de cereales, algunos peones se instalaron en las haciendas como trabajadores residentes; otros se mudaron a las áreas más pobres de las ciudades, aumentando así las filas de los *rotos*.

Tal como en los tiempos de la colonia, la sola falta de trabajo estable significaba que los peones se veían obligados a deambular en busca de su subsistencia. Las clases instruidas los estereotiparon como irresponsables y poco previsores; no obstante, cuando había trabajo, eran trabajadores realmente constantes. La expansión de la zona minera en el norte fue una buena salida para ellos. Es probable que la cifra de trabajadores mineros haya llegado incluso a 30.000 hombres alrededor de 1870, cuando muchos de ellos se trasladaron a Caracoles. La tasa salarial de las minas era mayor que la del campo. Según el teniente Gilliss, un barretero ganaba 25 pesos al mes en 1850; un *apiri*, alrededor de la mitad. Los campos mineros aislados y destaralados eran socialmente más inestables que el campo. La disciplina era dura. El robo de metales (*cangalla*, como se la conocía) era universal, pero significaba por lo menos una azotaina si se era descubierto. Cuando los campamentos, de manera muy ocasional, explotaban en espasmos de violencia, gatillada por el alcohol, la agitación política del exterior a veces prendía en ellos. En octubre de 1851, mientras la guerra civil asolaba más al sur, los trabajadores de Chañarcillo saquearon el campamento. Después, el subdelegado local escribió al intendente de Atacama:

El origen del motín [...] parece indudable que sus autores tuvieron en vista cosa de política; pero en su estupidez no vieron que la canalla de que debían valerse en el momento del desorden no les sería ponerles freno para contenerles del robo y el pillaje que naturalmente debía entregarse esa masa bruta que no tiene aspiraciones de ningún género²⁷.

Aun así, en las minas se produjeron algunos incipientes movimientos de toma de conciencia de clase más definidos. En 1865, cuando los jefes de Chañarcillo impulsieron un nuevo conjunto de reglas que implicaban una baja en los salarios, los trabajadores organizaron (y ganaron) lo que parece haber sido la primera huelga verdadera en la zona minera.

Con el primer programa de construcción de caminos instituido en la década de 1840, surgieron nuevas oportunidades al menos para algunos peones. En la vía Chillán-Tomé, construida a mediados de la década de 1850 para satisfacer las necesidades de los molinos de Tomé, la construcción del ferrocarril requirió cuadrillas mucho mayores. El empresario norteamericano Henry Meiggs, por ejemplo, tenía a 8.000 hombres trabajando

²⁷ Carta del 3 de noviembre de 1851. Archivos del Ministerio del Interior: *Intendencia de Atacama*, vol. 80.

para él en la línea Santiago-Valparaíso. Fue uno de esos extranjeros que reconoció los méritos de los trabajadores chilenos, como lo dejó claro en un banquete inaugural en Llay Llay en octubre de 1863: «Yo los he tratado, es verdad», señaló, «como hombres, y no como perros, como es costumbre... [Yo] preferiría trabajar con 500 obreros chilenos a trabajar con 1.000 irlandeses»²⁸. Al final de la década de 1860, Meiggs se embarcó en una serie de ambiciosas empresas de construcción de ferrocarriles para el gobierno peruano. Entonces, recurrió a Chile para contratar la fuerza laboral que requería. En los siguientes años, unos 25.000 peones se dirigieron al norte. A mediados de 1871, esta evidente emigración de fuerza laboral había provocado preocupación pública. Los terratenientes se quejaban de «escasez de brazos». Sin embargo, hay pocas pruebas de que los salarios de los peones aumentaran o de que la producción de cereal decayera durante ese periodo. En el Congreso y en la prensa se discutió la posibilidad de imponer restricciones a la emigración. Sin embargo, no se impusieron normas de control: en los años venideros, los peones chilenos siguieron yéndose al extranjero, algunos para trabajar en el abortado proyecto del canal de Panamá de Ferdinand de Lesseps; otros, en busca de un futuro agrícola más prometedor al otro lado de las montañas, en una Argentina floreciente.

EXTRANJEROS Y NATIVOS

¿Qué hacer para mejorar la condición de los pobres? El sagaz Santiago Arcos tenía una solución: dividir las haciendas y darle a cada chileno una porción de tierra. La mayoría de los chilenos instruidos optó por una opción menos revolucionaria: la mejor manera para «moralizar» los órdenes inferiores era traer inmigrantes europeos: «una falange de emigrados pacíficos, de colonos laboriosos», escribió Marcial González en 1848, «trae en sus costumbres más civilización que los mejores libros, más riquezas que mil naves cargadas de manufacturas»²⁹. Los inmigrantes, en general, fueron cálidamente recibidos. El censo de 1854 contó alrededor de 20.000 extranjeros —más de la mitad argentinos, junto con cerca de 2.000 británicos, más de 1.600 franceses y alrededor de 700 norteamericanos. Veintidós años después, otro censo arrojó un total de unos 25.000 extranjeros —incluidos 4.000 británicos, 3.000 franceses y 900 norteamericanos; la cantidad de argentinos había disminuido—. Los británicos eran quizá los mejor organizados, especialmente en Valparaíso, donde tenían su barrio predilecto, el Cerro Alegre, sus propias escuelas y

²⁸ Ramón Rivera Jofré, *Reseña histórica del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso*, 2ª ed., 1963, páginas 121-122.

²⁹ *La Europa y la América o la emigración europea en sus relaciones con el engrandecimiento de las repúblicas americanas*, 1848, pág. 18.

periódicos, su propia sociedad de beneficencia (1854) y, a comienzos de la década de 1860, algo absolutamente imprescindible: un club de *cricket*.

La influencia de los extranjeros era totalmente desproporcionada con respecto a su número. Los norteamericanos instalaron los nuevos molinos harineros; los norteamericanos y los británicos trabajaron en la construcción de los ferrocarriles y, luego, manejaron a menudo las locomotoras. Los inmigrantes establecieron muchas de las empresas industriales de las décadas de 1860 y 1870. Los europeos también trabajaron como artesanos, maestros y comerciantes, especialmente en el comercio a gran escala. Los británicos y otros ocuparon puestos como ingenieros, mecánicos y trabajadores de las minas en las provincias del norte y en los yacimientos carboníferos del sur. Resulta imposible decir cuántos extranjeros se quedaron en Chile y cuántos volvieron a casa. Lo cierto es que dejaron una huella indeleble en el país. También hay que señalar aquí que el gobierno contrató algunos expertos extranjeros para realizar tareas científicas: el francés Claudio Gay, compilador de un estudio del país en treinta volúmenes (1844-1871), y Anado Pissis, quien dibujó los mapas de la República desde los 28° 10' de latitud Sur hasta los 41° 58' de latitud Sur (lo cual le llevó más de veinte años), son dos ejemplos famosos.

Aunque la proyectada inmigración europea a gran escala no se materializó, los esfuerzos de un inmigrante alemán, Bernardo Philippi, y del formidable Vicente Pérez Rosales sí tuvieron éxito: durante la década de 1850, se produjo una pequeña inmigración alemana en las boscosas tierras escasamente pobladas cercanas a Valdivia y en el lago Llanquihue, al sur del territorio araucano. Los 3.000 alemanes que se encontraban allí en 1860 limpiaron los bosques, abrieron caminos y establecieron lo que Jean-Pierre Blancpain llamó una «microsociedad pionera». Su presencia dejó un sello distintivo en las provincias del sur. «Seremos chilenos honrosos y laboriosos», dijo Carlos Andwandter, quien llegó en el primer gran grupo (1850)³⁰. Y así resultó, desde esa época hasta la fecha.

Ahora que los ferrocarriles presionaban hacia la Frontera desde el norte, la Araucanía se enfrentaba a la amenaza mortal de sus tradicionales adversarios blancos, los *huincas*. El auge de las exportaciones agrícolas perturbó el equilibrio que por tanto tiempo se había mantenido en la Frontera: obligó a los colonos a avanzar al sur del Biobío (al menos 14.000 alrededor de 1858). En 1858 se creó la nueva provincia de Arauco (que en teoría cubría toda la Araucanía). Un hombre de la Frontera, el coronel Cornelio Saavedra (intendente de Arauco, 1857-1859), propuso entonces la ocupación gradual del territorio araucano desplazando la frontera oficial hacia el sur por etapas y estableciendo nuevos cordones de fuertes.

Este tema volvió a llamar la atención debido a un episodio curioso y semicómico que ocurrió poco después. Orélie-Antoine de Tounens, un oscuro pero persuasivo aventurero

³⁰ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado*, 4ª ed., 1929, pág. 424.

francés, entró en la Araucanía, se ganó la confianza de varios caciques y proclamó que, desde entonces, el territorio sería el Reino de la Araucanía y la Patagonia, con él mismo como monarca. El reinado de Orélie-Antoine I fue tristemente corto. Traicionado por el ejército chileno, fue repatriado a Francia como un loco³¹. Inmediatamente después de este episodio, Saavedra recibió la orden de organizar la invasión final de la Araucanía.

Esta llevó más de veinte años. En sus comienzos, se crearon nuevos asentamientos fortificados, como Mulchén y Angol (1862). La primera nueva línea de la frontera, a lo largo del río Malleco, fue afianzada finalmente en 1868, fecha para la cual ya se habían construido fuertes hacia la costa. Hasta entonces, el avance no se había visto afectado por mayores problemas, pero los araucanos, dirigidos por el activo cacique Quilapán, montaron el inevitable contrataque. Los asaltos mapuches y las razias revanchistas de los chilenos se alternaron hasta 1871. Todo esto permitió a los araucanos seguir conservando una considerable franja de tierra. En 1878 se estableció un cordón de fuertes más al sur, a lo largo del río Traiguén. Los avances posteriores fueron demorados por el comienzo de la guerra del Pacífico, después de la cual se enviaron tropas al sur para terminar el trabajo. La ofensiva mapuche final (noviembre de 1881) fue aplastada rápidamente. El ferrocarril y el telégrafo habían cumplido su misión. En enero de 1883, la larga saga de la independencia araucana finalmente llegaba a su fin.

Entre tanto, los colonos llegaban en grandes cantidades al nuevo territorio. La poco escrupulosa apropiación de la tierra a costa de los mapuches era algo predecible en esta «nueva frontera» y siguió siendo así en las siguientes décadas, a pesar de los esfuerzos del gobierno por regular la compra de tierra amerindia a través de las leyes malamente puestas en vigor en 1866 y 1874. A la larga, los propios mapuches recibieron 475.000 hectáreas, de ninguna manera suficientes para toda la comunidad. Entre quienes explotaron la nueva frontera con gran provecho estaba José Bunster, quien creó aserraderos en el sur y comenzó el cultivo de cereales a gran escala. Su apodo, «el rey de la Araucanía», estaba más cerca de la realidad que el título nobiliario reclamado por el pobre y frustrado Orélie-Antoine.

LAS CIUDADES Y LA CULTURA

El contraste más impactante de comienzos de la República se daba entre la ciudad y el campo chilenos. La *civilización*, ese término tan usado, era más evidente en las ciudades

³¹ Orélie-Antoine volvió a la Araucanía en 1869; se le puso precio a su cabeza y prudentemente se retiró. Un tercer intento (1874) fue corado de raíz por las autoridades argentinas. En una cuarta ocasión (1876), el hombre que quería ser rey partió hacia su reino perdido, sólo para enfermarse en Buenos Aires. Sus sucesores designados en Francia (él fue soltero) continuaron la dinastía hasta el siglo xx, rindiendo honores y condecoraciones a cualquiera que se tomara la molestia de coleccionarlos.

que en ninguna otra parte. De hecho, en realidad con este término nos referimos solamente a Santiago y Valparaíso, cuyas poblaciones en 1875 eran de 150.000 y 100.000 habitantes, respectivamente. Otras ciudades chilenas experimentaron un crecimiento mucho más lento y pocas tenían algo que ofrecer en términos de vida cívica o atracciones arquitectónicas. Copiapó era la capital de una rica provincia minera, pero a pesar de su alumbrado de gas, su agradable alameda y su nuevo teatro, no impresionaba mayormente a sus visitantes. Concepción, devastada en febrero de 1835 por un terremoto, todavía tenía un aspecto bastante ruinoso diez años después. Chillán y Talca eran las únicas ciudades verdaderas del Valle Central. En 1875, ninguno de los lugares mencionados contaba con más de 20.000 habitantes.

Valparaíso, «la fachada, el pórtico de nuestra República», como se la describía en 1849³², solía ser el primer lugar de Chile (y a veces el único) que veían los extranjeros. Todos los marinos del mundo pasaban por allí: Valparaíso se había alojado en la imaginación de la distante Europa.

A ship from Valparaíso came,
And in the bay her sails were furled.
She brought the wonder of her name
And tidings from a sunnier world³³.

En términos de sus ventajosas como puerto, Valparaíso distaba mucho de ser ideal. Un fuerte viento del norte podía arrojar los barcos unos contra otros o hacia la orilla. Tras una fuerte lluvia, un lodo espeso corría desde los barrancos que horadaban los cerros circundantes. Sin embargo, la ciudad progresaba. Un teatro decente, periódicos todos los días, alumbrado de gas, un verdadero cuerpo de bomberos —Valparaíso tuvo todas estas cosas antes que Santiago—. En la estrecha franja de tierra más cerca del puerto, las calles llegaron a tener una impronta vagamente británica, que contrastaba con la atmósfera mucho más chilena del sector del Almendral a lo largo de la costa, al norte. Tras un bombardeo extranjero en 1866, se realizaron cuantiosas obras de reconstrucción. Francisco Echaurren, el práctico intendente de 1870–1876, impulsó otras mejoras, incluidos algunos urinarios públicos (llamados *echaurrenas*). Quienes habían conocido el Valparaíso de tiempos de Portales, encontraron una ciudad mucho más hermosa cuarenta años después.

Antes de 1850, la capital misma aún tenía un aspecto esencialmente colonial. El científico inmigrante polaco Ignacio Domeyko quedó impresionado en 1840 por la imagen de

³² Francisco de Paula Taforó, Cámara de Diputados, 4 de julio de 1849.

³³ Oliver St. John Gogarty, «The Ship», «De Valparaíso un barco llegó / y en la bahía sus velas recogió / la maravilla de su nombre trajo / Y nuevas de un más soleado lugar» [*N. de la T.*].

orden y tranquilidad que mostraban sus bajas casas de adobe de un piso, con sus ventanas con barrotes y sus patios cerrados³⁴. El campo todavía llegaba hasta la ciudad: a comienzos de la década de 1840, a sólo una manzana de La Moneda, había una lechería a la cual llegaban diariamente treinta o cuarenta vacas. La muchedumbre urbana, nos dice Gilliss, incluía:

los peones del campo, con cestas y canastos con aves de corral, frutas y vegetales; los panaderos y las lecheras, con enormes recipientes parecidos a troncos colgando a cada lado de una mula o gruesas latas de aluminio distribuidas de la misma manera; [...] vendedores de agua que distribuían a las familias su suministro diario de las turbias fuentes; [...] una recua de mulas amarradas o una serie de carros que venían justo entrando del puerto [...] ³⁵.

El caudal de nuevas riquezas alteró rápidamente esta imagen. Los primeros faroles de gas de la ciudad comenzaron a arder en 1857; los tranvías tirados por caballos empezaron a correr ese año, también, sumándose a los 4.500 coches y carruajes, aproximadamente, que ya estaban en circulación. A finales de la década de 1860, parte del centro de la ciudad contaba con cañerías de agua potable. Los esfuerzos por dotar a la capital con un cuerpo de bomberos similar al de Valparaíso fueron infructuosos hasta que se produjo un espantoso incendio en la iglesia de la Compañía (diciembre de 1863) donde perecieron 2.000 creyentes. Inmediatamente después de este impresionante holocausto, se formó una compañía de bomberos voluntarios.

Un signo más visible de cambio fue la fiebre de la construcción que comenzó después de 1850, cuando las familias ricas se construyeron nuevas mansiones al estilo europeo. Varios edificios públicos notables datan de este periodo: el Teatro Municipal (1853–1857), inaugurado con una presentación del *Hernani* de Verdi; la Universidad (1863–1874); y, el más imponente de todos, el espléndido nuevo Congreso (1857–1876). El Teatro se quemó hasta los cimientos en 1870, pero fue reconstruido de inmediato. Algunos arquitectos franceses, como Claude-François Brunet Debaines y Lucien Hénault, estuvieron a cargo de las obras, aunque fueron muy hábilmente secundados por chilenos, como Fermín Vivaceta, entre cuyos muchos trabajos se cuenta la torre de la iglesia de San Francisco, la más antigua de Santiago, y el Mercado central, que fue uno de los primeros ejemplos de la arquitectura en hierro.

Los contemporáneos estaban muy impresionados por todos estos cambios. Cuando Domingo Sarmiento volvió a visitar Santiago en 1864, tras nueve años de ausencia, se

³⁴ *Mis viajes*, 2 vols., vol. I, 1978, pág. 494.

³⁵ Gilliss, pág. 177.

quedó sin habla: «¡Qué transformación! ¡Cuántos palacios! ¡Qué majestad y belleza arquitectónicas!».³⁶ Sin duda, el mayor esfuerzo por mejorar la capital ocurrió a comienzos de la década de 1870, bajo la dinámica dirección de Benjamín Vicuña Mackenna. Ningún indio viduo tuvo jamás mayor impacto en la capital —con nuevas avenidas, la pavimentación de las calles, un hermoso parque público (el Parque Cousiño) y, lo más famoso de todo, la transformación del cerro Santa Lucía, hasta entonces un feo y rocoso cerro, en la más deliciosa de las extravagancias urbanas—.

Aunque en la década de 1870, el diplomático británico Horace Rumbold quedó anonadado, por «el aire general de desahogo y opulencia aristocráticas» de Santiago³⁷, también percibió el duro contraste entre el elegante sector central y las áreas más pobres en sus márgenes. La expansión física de Santiago no estaba limitada a los nuevos barrios como Yungay y Matadero: los ranchos de los pobres y, después, los conventillos se expandieron en diversas direcciones desde el corazón histórico de la ciudad. La mayoría de los ranchos fueron sacados del centro de la ciudad a fines de la década de 1860; el plan de Vicuña Mackenna que finalmente nunca se llevó a cabo tenía por objeto crear un «camino de cintura» que separara la ciudad propiamente dicha del «aduar africano» (en sus palabras) que la rodeaba. Tales medidas ni siquiera comenzaron a atacar el problema.

El crecimiento de Santiago parece haber traído consigo el deterioro de la salud pública. Las tasas de mortalidad eran muy altas. La mortalidad infantil, en particular, era impresionante: probablemente sólo la mitad de los niños nacidos en este período alcanzaron la edad adulta. Las acequias de la ciudad eran poco menos que alcantarillas abiertas. En 1852, un periódico de provincia llamó la atención sobre los hábitos menos civilizados de los santiaguinos: «a todas horas del día se ven hasta en los sitios más concurridos gentes con sus carnes desnudas haciendo sus necesidades».³⁸ La tuberculosis y la sífilis eran muy comunes; algunas epidemias de tifus se produjeron a mediados de la década de 1860 y, nuevamente, a mediados de la década de 1870; hubo brotes de viruela en 1862-1863, 1868 y 1872-1873. En la década de 1870 comenzó a difundirse el concepto de higiene pública, pero el cuidado hospitalario para los pobres siguió siendo grotescamente inadecuado; en 1875 no había más que alrededor de 1.000 camas para una población de 150.000 personas.

En general, la capital contaba con una vigilancia policial tan adecuada como mal pagada (y más bien ruda) a cargo de cuerpos de día, los *vigilantes*, y nocturnos, los *serenos*, cuyas tareas incluían cantar la hora y (hasta 1843) hacer una invocación a la Virgen María. En esa época, ya se conocía a los policías popularmente como «pacos», apodo que llevan hasta hoy. No contamos con estudios detallados de las conductas delictivas: los

³⁶ A José Posse, 20 de mayo de 1864. Alison W. Bunkley, *The Life of Sarmiento*, Princeton, 1952, pág. 413.

³⁷ *Further Recollections of a Diplomatist*, Londres, 1903, pág. 22.

³⁸ *El Copiapino*, n.º 1.362, 23 de julio de 1852.

ladrones parecen haber sido muy comunes, los asesinatos quizá un poco menos. La pena capital era llevada a cabo por un pelotón de fusilamiento; las ejecuciones, no muy frecuentes, contaban con mucho público. A mediados de la década de 1840, se construyó una nueva Penitenciaría para reemplazar las espantosas cajas con ruedas usadas (desde 1836) para albergar a ciertos criminales y trasladarlos a las obras de mantenimiento de las carreteras. La nueva prisión resultó inadecuada —razón por la cual aumentó la colonia penal del estrecho de Magallanes—.

Un rasgo importante de la vida urbana fue el crecimiento de la prensa. *El Mercurio* (fundado en Valparaíso en 1827, diario desde 1829) era ahora el orgulloso decano de la prensa chilena, con su edición especial para Santiago (en la década de 1850) y sus suplementos «del Vapor» (en parte en inglés) para ser distribuidos por la costa hasta Panamá. En diciembre de 1860, publicó su ejemplar número 10.000. Incluso en esa primera etapa, *El Mercurio* tendía a ser considerado como el único periódico calificado para pronunciarse sobre el destino nacional. Santiago tuvo que esperar su primer diario hasta 1842 y, a mediados de la década de 1850, se había quedado nuevamente sin ninguno. La carencia fue llenada por *El Ferrocarril* (después de 1855), distinguido periódico que se publicó hasta 1911. La década de 1860 vio nacer otros diarios de buena calidad: *El Independiente* (1864-1891, conservador) y *La República* (1866-1876, liberal). Las revistas de la época tendían a una vida más bien corta; la de mayor duración fue la *Revista Católica* clerical militante (desde 1843). El *Correo Literario* (1858) fue la primera revista chilena con historietas políticas³⁹.

Los periódicos y las revistas suponen lectores. Según el censo, el alfabetismo pasó de un 13,5% en 1854 a un 23% en 1875; este aumento sin duda reflejaba una mejora gradual de la educación. Ésta había sido una obsesión particular del presidente Montt: durante su mandato, la cantidad de escuelas primarias aumentó de 571 a 911 (648 de las cuales eran escuelas estatales). Asimismo se establecieron las escuelas «normales» (en 1842 para los hombres y en 1854 para las mujeres). La Ley de Montt de 1860 garantizaba la educación primaria gratuita (no obligatoria pero abierta a todos) y siguió en vigencia hasta 1920. En 1875, alrededor de una sexta parte de los grupos de edad correspondientes estaban recibiendo algún tipo de instrucción primaria. La educación secundaria, por su parte, fue expandida por la fundación de liceos estatales (llamados a veces «institutos»), unos veintisiete en 1879 (dos de ellos para niñas), y a la proliferación de colegios privados: algunos administrados por Órdenes religiosas; otros, como el *Mackay School* de Valparaíso (1857), por las comunidades extranjeras. Hasta cierto punto, la práctica educacional se vio influida por Ignacio Domeyko: él promovió una educación general y

³⁹ Realizado por Antonio Smith, hijo de padre escocés y madre chilena, quien después se ganó una respetable reputación como pintor.

humanista, en lugar de la formación estrecha y orientada profesionalmente que constituía el ideal de la clase alta chilena. Sus ideas se aplicaron por primera vez en el ahora venerable Instituto Nacional.

En la década de 1840, el Instituto era el único lugar en Chile donde se podía cursar una educación superior secular. La Universidad de San Felipe, de tiempos de la colonia, fue reemplazada entonces por la nueva Universidad de Chile, inaugurada en septiembre de 1843. Su primer rector, Andrés Bello, era en esa época el intelectual más eminente de América Latina. Poeta, gramático⁴⁰, educador, filósofo, jurista, divulgador científico, servidor público incansable —virtualmente modeló la tradición intelectual de su país adoptivo y escribió por sí solo y en un trabajo de más de veinte años su Código Civil, adoptado formalmente en 1855—. El modelo de la Universidad era el Instituto de Francia. En un comienzo, por ende, era un cuerpo deliberativo y supervisor, encargado de supervisar todo el sistema educativo. Sólo tras la muerte de Bello (1865), la Universidad formó a sus propios estudiantes en sus propias dependencias. Su labor reflejaba con precisión las prioridades educativas de la clase alta: de los 859 grados (licenciado y bachiller) aprobados entre 1843 y 1857, al menos 556 fueron en Leyes; 104, en Medicina; sólo 14, en Matemáticas y Ciencias Físicas. Un decreto de febrero de 1877 estableció un precedente sumamente importante al admitir a las mujeres en cursos profesionales y, por ende, en la Universidad.

Los logros culturales de comienzos de la República no fueron impresionantes, aunque una Escuela de Bellas Artes (1849) y un Conservatorio (1850) ayudaron a asentar las bases de logros futuros, y los pintores en ciernes aprovecharon la estancia en Chile del bávaro Johann Mauritz Rugendas y del francés Raymond Quinsac Monvoisin. En lo que se refiere a las letras, hay que mencionar el llamado «movimiento de 1842» para señalar el comienzo de una literatura nacional chilena. Mientras Lastarria y otros abogaban por el romanticismo francés, el enfoque esencialmente neoclásico de Andrés Bello fue una influencia por lo menos tan significativa como la de aquéllos en los escritores que se destacaban en la época —los mejores escritos de la década de 1840 son los deliciosos artículos costumbristas de José Joaquín Vallejo (*Jotabeche*) y los poemas de Salvador Sanfuentes. La figura literaria más destacada de la época, sin embargo, fue un novelista, Alberto Blest Gana, admirador de Balzac y de Stendhal. Las novelas de su juventud (escribió más en la vejez) incluyen la aún popular *Martín Rivas* (1862), un retrato bien trazado del Santiago de 1850.

El rasgo más interesante del panorama cultural emergente fue el papel preponderante que tuvo la historia como disciplina. En este caso, la influencia capital de Bello (en

⁴⁰ En 1844, Bello convenció a la Universidad de que adoptara y patrocinara una reforma global a la ortografía del español. Esta medida era demasiado radical para que pudiera prender, pero dos rasgos específicos ([i] en vez de [y] y [j] en vez de la [g] suave) pasaron a formar parte del uso común en Chile y no fueron abandonados hasta alrededor de 1910.

favor de una cuidadosa investigación y un método narrativo) «marcó por un siglo el carácter de la historiografía chilena», como señala Sergio Villalobos⁴¹. El resultado inmediato fue una brillante generación de historiadores —especialmente Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna y el gran Diego Barros Arana—.

¿Se podría decir que el entusiasmo por la historia promovió un sentimiento nacional? No es fácil evaluar hasta qué punto el sentido de chilenidad había penetrado en la población general, especialmente en la población rural, ni siquiera alrededor de la década de 1870. El inquilino, se afirmaba en 1861, «no designa jamás su nacionalidad con el título de chileno, sino con el nombre de la hacienda a que pertenece»⁴². La gente del campo todavía solía usar el término «Chile» para referirse a Santiago. Puede ser que el patriotismo se hubiera ido filtrando lentamente en las haciendas durante las primeras décadas después de la Independencia. En las ciudades, por el contrario, los sentimientos patrióticos parecen haber sido compartidos por todas las clases. Además, eran impulsados hasta cierto punto por el gobierno: las nuevas (e inventadas) tradiciones de Chile fueron puntillosamente observadas, especialmente a mediados de septiembre, cuando las fiestas nacionales eran celebradas con alegría y alcohol.

Este sentimiento patriótico, señalado con frecuencia por los políticos y por otros, puede apreciarse echando una rapidísima mirada a los discursos y editoriales de periódicos de la época. A menudo estaban teñidos de orgullo: «nuestro pecado capital», como se sugirió en 1878⁴³. La estabilidad política y el evidente progreso material parecían un amplio motivo para la autocongratulación. «Chilenos!», apostrofaba un periódico en 1858, «¡los de ánimo incontestable! ¡Raza de privilegio en la América española!»⁴⁴. De hecho, la idea de Chile como una República modelo, ejemplo para sus turbulentos vecinos, se fue extendiendo cada vez más en los círculos instruidos. El uso de esta atractiva consigna fue suficientemente común como para que se la denunciara en 1861 como «una manía [...], una pretensión bastante quijotesca»⁴⁵. Quijotesca o no, era sin duda pretenciosa. La última colonia española se había convertido en una pequeña pero orgullosa nación.

⁴¹ Sergio Villalobos R., *Historia del pueblo chileno*, vol. I, 1980, pág. 16.

⁴² «Atropos», «El inquilino en Chile», *Revista del Pacífico*, vol. V, 1861, pág. 102.

⁴³ Rafael Vial a Antonio Varas, 17 de diciembre de 1878. *Revista chilena de historia y geografía*, nº 29, 1918, pág. 344.

⁴⁴ *La Actualidad*, nº 34, 11 de marzo de 1858.

⁴⁵ *La Discusión*, nº 77, 22 de febrero de 1861.

El impulso liberal, 1841-1876

«Sin embargo», repuso don Dámaso, «todo ciudadano debe ocuparse de la cosa pública, y los derechos de los pueblos son sagrados». Don Dámaso, que [...] era opositor aquel día, dijo con gran énfasis esta frase, que acababa de leer en un diario liberal.

Alberto Blest Gana, *Martín Rivas* (1862)

BULNES Y EL RESURGIMIENTO DEL LIBERALISMO

Era poco probable que el nuevo orden conservador sobreviviera sin sufrir cambios. A mediados de siglo, una feroz y a veces sangrienta batalla se libró entre los defensores del estilo autoritario y quienes favorecían un enfoque más liberal y tolerante. A la larga, el impulso liberal resultó irresistible. Aunque los liberales tardaron casi cuarenta años, desde la muerte de Portales, en desplazar finalmente como partido a los conservadores en la conducción del gobierno.

Después de 1841, el conciliador enfoque del presidente Bulnes dio excelentes resultados. Con el tolerante pelucón Ramón Luis Irrazábal a cargo de los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores, el liberalismo, como fuerza política coherente, estuvo a punto de ser aniquilado por la amabilidad. Muchos liberales prominentes se reconciliaron con el régimen. Aunque hubo algunas rachas ocasionales de agitación en medio de la tranquilidad general. En 1844, el joven y romántico estudiante Francisco Bilbao escandalizó a la clase política con sus exaltados ataques a la sociedad chilena y a la Iglesia publicados en las páginas del periódico mensual *El Crepúsculo*. Copias del ofensivo artículo fueron recopiladas y quemadas. El mismo Bilbao fue multado y expulsado del Instituto Nacional.

Las demostraciones juveniles en favor de este exaltado populista difícilmente constituyeron una revuelta. Y tan sólo unas pocas semanas después, de hecho, el presidente Bulnes consideró que podía ausentarse de Santiago por casi seis meses, principalmente para encargarse de sus propiedades en el sur¹. Irrazábal se quedó como vicepresidente

¹ Mientras se encontraba en Lima con la fuerza expedicionaria, Bulnes compró en 1839 Las Canteras, propiedad de Bernardo O'Higgins.

(es decir, actuando como presidente), mientras el Ministerio del Interior era asumido por Manuel Montt, la nueva esperanza de los conservadores más duros e inflexibles. Montt tenía una reputación de línea dura que se había visto muy fortalecida en los meses algo agitados previos a la reelección de Bulnes, cuando ciertos liberales, que no se podían resignar (especialmente Pedro Félix Vicuña), movilizaron algunas fuerzas contra el gobierno, incluido el artesanado. Los desórdenes callejeros en Santiago (septiembre de 1845) fueron suficientes para unir a la clase política junto a Bulnes en una Sociedad del Orden, constituida precipitadamente y creada para hacer propaganda en favor del gobierno. Vicuña y sus aliados respondieron formando la Sociedad Democrática, para sí mismos, y la Sociedad Caupolicán, algo más sombría, para los artesanos.

En marzo de 1846, reaccionando de manera desmedida ante algunas confusas proclamas revolucionarias que aparecieron en una modesta gaceta publicada con escasos recursos, el gobierno impuso el estado de sitio y arrestó a algunos liberales, incluido Vicuña. Estos hechos coincidieron con las elecciones parlamentarias. En Valparaíso (donde Vicuña era candidato), estalló una seria reyerta, que costó la vida al menos a veinte personas. La propaganda conservadora naturalmente capitalizó esta deplorable situación de anarquía. Como era de esperar, Bulnes fue reelegido presidente sin oposición. Por su parte, el Congreso aprobó rápidamente una nueva Ley de prensa muy severa. Ahora los liberales veían a Montt, el arquitecto de este ataque represivo menor, como su adversario más formidable. Lo era.

Por un tiempo, los buenos sentimientos volvieron. Bulnes designó a su primo Manuel Camilo Vial como sustituto de Montt. Ambicioso y de mal genio, pero también tolerante, el nuevo ministro del Interior disfrutó de un tranquilo mandato durante sus primeros años en la cartera. No obstante, esta evidente inclinación a acumular cargos pronto provocó hostilidades en el interior del Partido Conservador. Cuando se supo que la lista de candidatos de Vial para las elecciones parlamentarias de 1849 omitía a varios de los pelucones que se le oponían, las críticas se transformaron en agitación activa. A pesar de que el gobierno desplegó sus mejores esfuerzos, cuatro de los conservadores rebeldes fueron elegidos para la nueva legislatura.

Por razones poco claras, Bulnes decidió de pronto pedirle la renuncia a Vial. El Congreso recién elegido, evidentemente, contaba con muchas personas que apoyaban a Vial y tomó una posición de gran recelo con respecto al nuevo gabinete. En las filas de esta mayoría vialista, comenzó a formarse gradualmente una nueva oposición liberal, que se autodesignó por un tiempo como Partido Progresista. El curso que estaban tomando los acontecimientos quizá era difícil de impedir. La generación más joven, la primera en haber crecido bajo el régimen conservador, se fue acercando cada vez más a las ideas emergentes, con particular entusiasmo por la revolución francesa de 1848 —a la cual el presidente Bulnes rindió tributo cuando inauguró el Congreso ese año—.

El hombre del momento para los progresistas era José Victorino Lastarria, el destacado editor liberal de la época. Las sesiones parlamentarias de 1849 constituyeron en cierto sentido su mejor momento. Lastarria tenía un toque de vanidad —«lo tengo y lo luzco», dijo sobre su propio talento— pero era un parlamentario eficaz. En agosto de 1849, ya con mayor confianza, la oposición propuso un candidato presidencial para 1851: Ramón Errázuriz, cuya respetabilidad contrapesaba sus antecedentes liberales definitivamente poco convincentes. En enero de 1850, la oposición (ahora algo más reducida, dadas las influencias que el gobierno ejercía sobre los parlamentarios) recurrió a la última arma que le quedaba: trató de demorar la aprobación del presupuesto en la Cámara de Diputados. El encuentro entre Lastarria y Montt, personificaciones respectivas de la libertad y la autoridad, marcó un hito en la historia de la competencia retórica. Un solo voto impidió que se aprobara la moción.

La biografía de Lastarria muestra un buen recuento de los triunfos y las derrotas de la época y su fracaso en términos de inyectarle una coherencia organizativa e ideológica al resurgente Partido Radical. Sin embargo, también había quienes estaban decididos a ampliar la campaña contra el régimen conservador. La Sociedad de la Igualdad, fundada en marzo de 1850 por Santiago Arcos y Francisco Bilbao, se destaca como una empresa inusual en un período de política de clase alta. Creada para hacer extensiva la educación al artesano, la Sociedad rápidamente cerró filas con la oposición, asumiendo una actitud verdaderamente hostil contra las supuestas aspiraciones presidenciales de Manuel Montt. La candidatura de Montt no era aún de ninguna manera segura, pero las marchas y demostraciones de la Sociedad de la Igualdad y el lenguaje radical de su propaganda la hicieron mucho más plausible. Tanto Bilbao como Arcos estaban cautivados por los relatos de la Revolución Francesa. «Libertad, igualdad y fraternidad» se convirtió en el lema de la sociedad, «ciudadano» era la manera preferida de dirigirse a las personas.

En abril de 1850, Bulnes designó a Antonio Varas como ministro del Interior. En gran medida, Varas era el protegido de Montt y la designación fue interpretada correctamente por la oposición como un endurecimiento de la posición del gobierno. Cada semana traía consigo un nuevo elemento de agitación. El 19 de agosto, una reunión de la Sociedad de la Igualdad fue atacada por hombres con palos, algunos de ellos agentes de la policía; el número de miembros de la Sociedad se triplicó en cinco días. En un incidente famoso, un igualitario le escupió a la cara al intendente de Santiago. Tales acontecimientos escandalizaron a la soñolienta sociedad de la capital y le dieron a Montt la candidatura conservadora. A comienzos de noviembre, los igualitarios locales de San Felipe tomaron brevemente la ciudad. El gobierno declaró el tan esperado estado de sitio, arrestó y exilió a varios liberales bien conocidos (incluido Lastarria) y disolvió la Sociedad, que desapareció prácticamente sin ninguna protesta. La oposición parecía estar desintegrándose por completo.

Su rescate provino, inesperadamente, de las provincias del sur. En febrero de 1851, los ciudadanos más importantes de Concepción proclamaron al general José María de la Cruz, su popular intendente desde 1846, como candidato presidencial. Cruz era conservador y, además, primo de Bulnes. A pesar de estos inconvenientes, los liberales hicieron suya la candidatura. Los más impetuosos entre ellos también hicieron esfuerzos por sobornar a los militares. El día de Pascua de Resurrección (20 de abril), el Batallón Valdivia se alzó en rebelión. Al alba, las noticias despertaron a Bulnes, quien montó en su caballo y se dirigió a reprimir el motín. Al final de la batalla, 200 hombres yacían muertos.

Las elecciones, realizadas poco después, arrojaron una predecible mayoría para Montt —excepto en el sur—. La oposición publicó un manifiesto que detallaba los abusos electorales, aunque no hay pruebas de que éstos hubieran sido más flagrantes que de costumbre. Cuando Montt tomó el mando el 18 de septiembre, La Serena también se había alzado. Al día siguiente, cuando el nuevo presidente iba camino del habitual desfile militar, un mensajero entró al galope en la ciudad con la noticia de que Concepción se había alzado en favor del general Cruz. A pocas horas de haber asumido la presidencia, Bulnes se encontraba camino del sur para defender el régimen conservador.

La rebelión de La Serena (7 de septiembre de 1851) había sido preparada por los liberales locales. Rápidamente se les unieron los liberales que venían escapando de Santiago, entre ellos José Miguel Carrera (hijo del famoso caudillo patriota), quien asumió el mando como intendente rebelde de la provincia de Coquimbo. No obstante, más allá de las revueltas menores que pudieran surgir en el norte, el verdadero peligro estaba en el sur. El general Cruz era una figura nacional, un héroe de la guerra de 1836-1839 a quien sólo Bulnes aventajaba. Las guarniciones de Concepción y la Frontera contaban con soldados y milicianos endurecidos —y Cruz, hombre de la Frontera con experiencia sabía cómo neutralizar a los mapuches en la retaguardia—.

Una de las primeras acciones de los rebeldes, tanto en el norte como en el sur, fue capturar dos pequeños vapores, uno de ellos de propiedad británica, con la intención de mantener el contacto entre las dos alas de la revolución. Con el consentimiento del gobierno, la escuadra naval británica recuperó ambos barcos e impuso un bloqueo marítimo a Coquimbo. Los rebeldes estaban furiosos con los británicos: «Si estos infames gringos nos saltan la mar, nosotros debemos degollarlos en la tierra»², clamó Pedro Félix Vicuña, brazo derecho de Cruz —quien, después del motín del 20 de abril, no dudó en buscar amparo a bordo de un buque de guerra británico—.

A comienzos de noviembre, Bulnes avanzó al río Ñuble. El primer encuentro entre los dos ejércitos, en Monte de Urra (19 de noviembre), probablemente favoreció a Cruz. La batalla decisiva de esta campaña se peleó el 8 de diciembre en Loncomilla. Fue una

² Agustín Edwards, *Cuatro presidentes de Chile*, 2 vols., vol. I, Valparaíso, 1932, pág. 82.

lucha sombría y feroz, en la cual murieron alrededor de 1.800 soldados. Aunque capaz de continuar la guerra civil, Cruz se rindió. Una razón plausible para ello puede haber sido que estuviera preocupado por el enorme aumento de la actividad guerrillera no oficial y el pillaje en el sur. El tratado de Purapel, que ambos primos firmaron el 14 de diciembre, estaba redactado en términos honorables: a los soldados rebeldes se les permitió volver a unirse al Ejército nacional sin que sus rangos (y pensiones) se vieran afectados. Bulnes también le prometió a Cruz que trataría de conseguir una amnistía general, que Montt se negó a conceder.

Mientras tanto, las tropas bajo el mando del coronel Juan Vidaurre Leal y de Victorino Garrido habían sitiado La Serena. La obstinada resistencia de la ciudad terminó el 31 de diciembre. Otra rebelión en favor de Cruz estalló de pronto en Copiapó: su líder era Bernardino Barahona, comerciante de Huasco, y uno de sus tenientes era «un Pinochet de Aconcagua».³ Su momento de gloria fue breve. Garrido pronto ahogó este último acceso de rebelión. Luego, en enero de 1852, llegaron a Valparaíso noticias de un horroroso motín en la colonia penal del estrecho de Magallanes, donde el sádico teniente Miguel José Cambiaso había impuesto un sanginario reino del terror en el pequeño asentamiento, claramente a nombre de Cruz. Cambiaso y otros siete hombres fueron ejecutados en Valparaíso en abril de 1852.

De todas las crisis que había debido afrontar hasta entonces, la de 1851 fue la que el régimen conservador manejó con menos habilidad. Sin embargo, el gobierno capeó el temporal. Habiendo demostrado tan sangrientamente sus ansias de gobernar, Manuel Montt quedó al mando de la República, sin cuestionamientos por el momento.

MONTT Y LA DEFECCIÓN CONSERVADORA

Muchos enemigos de Manuel Montt habían admitido siempre y libremente su excepcional inteligencia y su ejemplar laboriosidad. Sus ideales, sin embargo, eran intransigentes e inflexibles. Nunca se preguntó si la tradición autoritaria seguía siendo adecuada para el Chile de la década de 1850. Era un hombre de pocas palabras, excepcionalmente poco emocional y seco. «Pura cabeza sin corazón», era el veredicto privado de Bulnes. Inseparablemente vinculado al nombre de Montt se encuentra el de Antonio Varas, su ministro del Interior de 1851 a 1856 y nuevamente en 1860-1861. Varas compartió el enfoque autoritario del presidente, pero tenía una naturaleza definitivamente más apasionada, que quizá sirvió de complemento al gélido autocontrol de Montt.

³ Roberto Hernández, *Juan Galdames o el descubrimiento de Chañarillo*, 2 vols., vol. I, Valparaíso, 1932, pág. 183.

La administración de Montt comenzó destacando públicamente su interés por el progreso material. El ferrocarril y el telégrafo serían los principales instrumentos de la civilización. «Habéis querido ponermé», dijo Montt en un banquete en septiembre de 1851, «la cabeza de una falange de obreros, para que [...] construyamos la paz y [...] la prosperidad. ¡Dios sea con los trabajadores!».⁴ El auge comercial que se mantuvo durante su primer periodo facilitó, quizá, que la clase política olvidara sus recientes desacuerdos. El propio Montt puede haber usado este énfasis en los «intereses materiales» como un medio para distraer a los chilenos de las preocupaciones políticas. De haber sido así, su táctica falló. De hecho, la década de Montt fue decisiva en la reformulación del paisaje político: eclipsando todos los demás acontecimientos de la década de 1850, se produjo la repentina defección de gran parte (probablemente la mayoría) del Partido Conservador.

Desde 1830, el gobierno había considerado a la Iglesia como un factor insignificante dentro de la política: en la práctica, el Estado había conservado el Patronato. En 1845, el ambicioso Rafael Valentín Valdivieso se convirtió en obispo de Santiago. Con ello, un profundo ánimo de militancia ultramontana se difundió a través de toda la jerarquía eclesiástica y del clero. Una poderosa fracción del Partido Conservador siempre había estado fuertemente vinculada a la Iglesia y Montt tenía esto en mente en 1851 cuando designó al devoto Fernando Lazzcano como miembro de su gabinete. Lazzcano ocupó brevemente el cargo: su esfuerzo por imponer un régimen exclusivamente clerical en el Instituto Nacional provocó un abierto motín entre los estudiantes. Dos años después, durante la discusión de la readmisión de los jesuitas en Chile, se abrió una brecha difícil de franquear entre el Senado, reducto del conservadurismo tradicional, y la Cámara de Diputados, donde predominaban los seguidores de Varas. A finales del primer periodo de Montt, apasionadamente tranquilo, se había producido una honda fisura en el Partido Conservador.

Un incidente trivial que se transformó en una importante cuestión política agrandó la fisura hasta un punto irreparable. En un juicio sobre el despidio de un joven sacristán, dos canónigos de la catedral de Santiago apelaron a la Corte Suprema —procedimiento que Valdivieso objetaba—. La Corte Suprema ratificó la apelación. Valdivieso se opuso al fallo y fue amenazado con el destierro. Montt se mantuvo firme de parte de la Corte Suprema. La opinión pública se puso ciegamente de parte del clero. Devotas señoras de la alta sociedad afirmaron que se colgarían de las ruedas del carruaje que llevara a Valdivieso al exilio. Al margen de esta amenaza se produjo un incidente más serio: un grupo de liberales (entre ellos Federico Errázuriz, sobrino del obispo) comenzó a tramitar un *coup de main* confiado en la simpatía pública por el prelado litigante. Rápidamente se llegó a un acuerdo; el obispo y los canónicos se retractaron, pero el daño ya estaba hecho.

⁴ *La Tribuna*, 9 de septiembre de 1851.

Los conservadores tenían otros motivos para estar desencantados. La negativa de Montt de otorgar una amnistía tras 1851 fue considerada innecesariamente dura. Nunca sería perdonado por los conservadores del sur. Por otra parte, al elegir los funcionarios públicos, Montt y Varas estaban más interesados en el pedigrí de la clase alta que en sus méritos, lo que molestó a muchas familias peluconas. Así, la perspectiva de una presidencia de Varas en 1861 fue claramente mal recibida. Para muchos conservadores, la actitud severamente *regalista* del presidente en la «cuestión del sacristán» fue la gota que rebasó el vaso. Pronto se hizo evidente que se estaba preparando una gran defección conservadora.

Ésta se hizo pública por primera vez en las sesiones parlamentarias de 1857, cuando el Senado de pronto insistió en aprobar una Ley de amnistía —neutralizada rápidamente por las enmiendas de Montt—. Muy pronto quedó en evidencia que los pelucos disidentes se estaban alineando informalmente con los liberales, cuyos dirigentes (liderados con habilidad por Federico Errázuriz y Domingo Santa María) estaban prestos a obtener algunas ventajas de este golpe de suerte. Fuera de los cerrados círculos políticos, la opinión pública estaba anonadada, como se aprecia en una «conversación imaginaria» impresa en esa época:

—Hola, ilustre. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Chiti! El partido pelucón se ha vuelto liberal.

—¡Magnífico!

—No, no, no es así: es el partido liberal el que se ha vuelto pelucón.

—¡Hombre! No lo entiendo.

—Ni yo tampoco⁵.

Montt, sin embargo, sí lo entendía. La embrionaria alianza liberal-conservadora trató a continuación de demorar la aprobación del presupuesto, para obligar así a Montt a cambiar su gabinete. El presidente consideró que esto era un uso ilegítimo de los poderes del Senado y consideró seriamente renunciar. Al final, Jerónimo Urmeneta, hermano del millonario de las minas, estuvo de acuerdo en formar un nuevo ministerio que incluyera a dos liberales (octubre de 1857). Sin embargo, tras inevitables desavenencias con Montt, los liberales renunciaron y las esperanzas de un acuerdo entre el gobierno y la oposición se vieron frustradas una vez más.

El 29 de diciembre de 1857, un manifiesto anunció la creación de un nuevo Partido Nacional para apoyar al gobierno en las próximas elecciones. Hasta entonces, a pesar de su animadversión por Montt, los liberales y los conservadores que habían desertado no se

⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de agosto de 1857.

habían aglutinado en torno a una alianza formal. La reunión vital ocurrió en la chacra de Ramón Subercaseaux en enero de 1858: los conservadores iban liderados por el astuto veterano Joaquín Tocornal; y los liberales, representados por Federico Errázuriz, Domingo Santa María y Ángel Custodio Gallo. La nueva alianza, rápidamente bautizada como Fusión Liberal Conservadora, fue despreciada por los seguidores de Montt como artificial e inestable. Durante los próximos quince años al menos no sería ni lo uno ni lo otro.

Así quedaba trazado el campo de batalla. La Fusión afirmó que representaba la «opinión», probablemente en forma correcta. Los nacionales conservaron una parte de la clase alta y arrajeron el apoyo de los nuevos magnates de la minería y el comercio —«aristocratas de barreta», como los llamó el político Ambrosio Montt—. En términos electorales, los nacionales controlaban la maquinaria del Estado. A pesar de ello, la Fusión ganó al menos quince puestos en la nueva Cámara. Las sesiones de 1858 fueron tan agitadas como las de 1849. La oposición trató una vez más de obstruir la aprobación del presupuesto: esta vez, la Cámara simplemente votó para terminar con el debate, a raíz de lo cual los diputados de la Fusión se retiraron (19-20 de noviembre de 1858). Fuera del Congreso, la agitación, que ahora comenzaba a asumir algunos de los rasgos de 1850, no mostró signos de disminuir. La prensa se deshizo en una cruda invectiva contra Montt. En octubre de ese año, apareció un cometa —para muchos «un maligno mensajero de próximas desgracias»⁶.

Algunos asuntos delicados fueron sacados a la luz por un grupo de jóvenes liberales reunidos en torno a una gaceta radical, *La Asamblea Constituyente*. El 12 de diciembre de 1858, citaron una llamada «asamblea constituyente» en un salón de conciertos en Santiago. La reunión fue disuelta por soldados. Una vez más, el gobierno declaró el estado de sitio y cerró varios periódicos (incluido *El Mercurio*). Por segunda vez en ocho años, Chile estaba a un paso de la revolución armada.

Esta vez no se produjo una defección en el sur como en 1851; el Ejército siguió siendo leal a Montt. Por ende, el «comité revolucionario» de la Fusión tuvo que improvisar fuerzas propias. Éstas no tuvieron mucho éxito en ninguna parte. En Santiago, un débil motín se agotó de inmediato. En Valparaíso, un intento más serio fue reprimido rápidamente. San Felipe, también en armas, fue saqueado cruelmente por tropas del gobierno: el joven abogado Abdón Cifuentes perdió su primera levita en la refriega. En Talca, los rebeldes soportaron días de bombardeos antes de capitular. En el campo, las bandas guerrilleras organizadas por algunos hacendados de la Fusión (las *montoneras*) tuvieron algunos logros, pero a comienzos de mayo habían sido dispersadas en su totalidad. Más al sur, los insurgentes capturaron brevemente Tomé y Talcahuano y organizaron un infructuoso ataque a Concepción, mientras otra fuerza rebelde de la Frontera marchaba

⁶ *El Mercurio*, Valparaíso, 16 de octubre de 1858.

rumbo a Chillán: su derrota en la batalla de Maipón (12 de abril de 1859) marcó el final de la guerra en el sur.

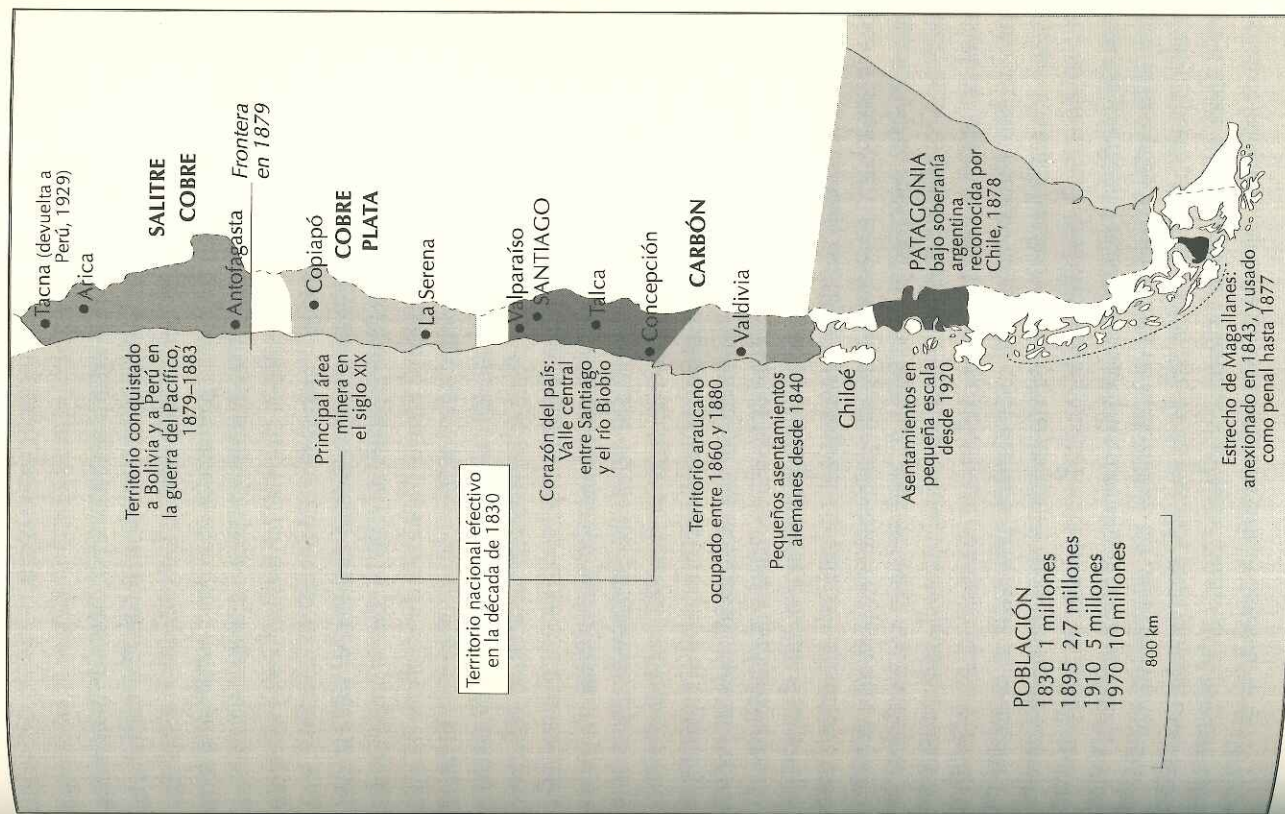
A mediados de marzo de 1859, el Ejército nacional contaba más de 5.000 hombres. El gobierno desterró a varios de sus adversarios más peligrosos. Un grupo de prisioneros rebeldes, de camino al estrecho de Magallanes, secuestró el barco (el *Olga*) y lo desvió rumbo al Perú. Dos de ellos volvieron a Chile para unirse a la única fuerza insurgente que parecía tener alguna posibilidad de derrotar a Montt, el «Ejército constituyente», de Pedro León Gallo, que había tomado el control de la zona minera y estaba preparando un ataque que mucho más serio del que se podía llevar a cabo más al sur.

En 1851, los magnates mineros de Atacama se contaban entre los partidarios más fuertes de Montt. Sin embargo, el poderoso clan Gallo (primos de Montt por matrimonio) había peleado contra el presidente y había adoptado una forma radical de liberalismo. En los días 5 y 6 de enero de 1859, los rebeldes tomaron Copiapó y aclamaron a Pedro León Gallo como intendente de Atacama. El milagro de sus improvisaciones en las semanas siguientes fue legendario: reclutó un ejército de 1.000 hombres, fabricó armas (incluidas piezas de artillería), acuñó «pesos constituyentes»; todo esto seguido por una agotadora marcha a través del desierto, la victoria sobre las fuerzas del gobierno en Los Loros (14 de marzo de 1859) y una entrada triunfal en La Serena.

Montt confió el ajuste de cuentas final con Gallo al general Juan Vidaurre Leal y a una división de 3.000 soldados. Los constituyentes hicieron su última parada en las laderas del Cerro Grande, un poco al sur de La Serena. Descendieron de allí a la derrota (29 de abril de 1859), Gallo y muchos de sus seguidores huyeron a Argentina y el norte pronto estuvo pacificado. En uno de los muchos desórdenes menores tras el fin de la guerra, el general Vidaurre Leal perdió la vida el 18 de septiembre en Valparaíso.

El gran número de acciones menores en esta guerra civil, así como la reticencia del gobierno, hace difícil estimar las pérdidas humanas. En Cerro Grande, la mayor batalla, el gobierno perdió alrededor de 100 hombres entre muertos y heridos⁷, y el ejército constituyente presumiblemente más. En las acciones urbanas, los peores encuentros ocurrieron en Talca y Concepción. Numerosas sentencias de muerte fueron aprobadas durante la consiguiente represión, pero relativamente pocas se llevaron a cabo: poco después, la oposición afirmó que se habían producido treinta y una ejecuciones en 1859. Tal como en el pasado, muchos fueron enviados (o simplemente se fueron) al exilio. Es imposible decir cuántos chilenos perdieron la vida en las dos guerras civiles de la presidencia de Montt. Nos atrevemos a estimar que el total alcanzó probablemente unas 4.000 personas.

⁷ Fernando Ruz T., *Rafael Sotomayor Baeza*, 1980, pág. 76.



Mapa 4: Chile: expansión territorial.

LA FUSIÓN LIBERAL CONSERVADORA

A la victoria de Montt en la guerra, le siguió la derrota en la paz. Cientos de chilenos estaban ahora en el exilio; sus familias anhelaban el fin de las desavenencias. Discretamente, los dirigentes de la Fusión hicieron saber a Montt que aún no había conquistado la «opinión». El sentimiento de ansiedad y descontento generalizados era evidente, puesto que la oposición había comenzado a vislumbrar la sorprendente perspectiva de tener a Antonio Varas en La Moneda. ¿Acaso el futuro inevitable de Chile eran mayores trastornos y rebeliones?

A comienzos de 1860, Jerónimo Urmeneta renunció al ministerio del Interior. En su momento de mayor necesidad, Montt se dirigió a Antonio Varas (abril de 1860). El ministro del Interior, por reglas implícitas de la política, no podía preparar su propia candidatura presidencial. Por ende, la decisión de Varas fue considerada correctamente como una renuncia a sus aspiraciones personales. Se le brindaron efusivos tributos por su falta de egoísmo. «El alma de Washington ha llamado a la puerta [...] del señor Varas», declaró el periódico *El Ferrocarril*⁸. La Fusión pronto se dio cuenta de que se estaba produciendo una revolución silenciosa en la política: Montt ya no podía mantener la tradición autoritaria por más tiempo. En este marco, el Partido Nacional optó para la presidencia por José Joaquín Pérez, un patricio mayor y tolerante. Pérez había permanecido alejado de las recientes rencillas del país y era querido. Fue elegido sin oposición y con la abstención de la Fusión. En los banquetes que celebraron el traspaso del mando (18 de septiembre de 1861), habló elocuentemente de su anhelo por una reconciliación nacional y de «un gobierno de todos y para todos», fuera lo que fuera lo que hubiera querido decir con ello.

Si quería decir una cosa. Tan sólo un mes después de haber tomado el cargo de presidente, Pérez introdujo una Ley de amnistía global. Los exiliados comenzaron a volver poco a poco a casa. Como es natural, el primer gabinete de Pérez presentaba cierto tinte nacional y él no tenía prisa por modificar dicha situación: nunca tuvo mucha prisa por hacer nada. No obstante, la insistente presión de la Fusión pronto produjo los resultados deseados. En julio de 1862, entre escenas de delirante entusiasmo público, Pérez dio el paso decisivo y designó un gabinete cuyos miembros pertenecían en su mayoría a la Fusión —con Manuel Antonio Tocornal (hijo de Joaquín)— a cargo de la cartera del Interior.

El período 1861-1862 marca una importante línea divisoria en la historia política chilena. Las generaciones siguientes considerarían con mayor generosidad a Montt y Varas, pero la clase política como un todo vio su alejamiento del cargo con evidente alivio. El estilo del nuevo presidente era muy distinto. Su tolerancia podía provenir, como se dijo en la época, de una suprema indiferencia. José Manuel Balmaceda lo describió como «ebrio de indolencia». Sin embargo, estas cualidades eran precisamente las que se nece-

⁸ 20 de abril de 1860.

sitaban para producir un estado de calma tras las turbulencias de la década anterior. Los admiradores de un gobierno fuerte a menudo presentaron a este patricio mayor bajo una perspectiva más bien pobre. No obstante, él merece tanto crédito como cualquier otro de los presidentes del siglo XIX por haber consolidado la idiosincrasia nacional de una política civilizada. Abdón Cifuentes lo describió como «uno de los más hábiles gobernantes que ha tenido Chile»⁹.

Con el Congreso aún en manos de los nacionales, el ministerio de Tocornal se vio obstaculizado con los mismos medios que la propia Fusión había usado contra Montt. Todo lo que el ministerio tenía que hacer, sin embargo, era esperar las elecciones de 1864, en que los habituales procesos intervencionistas arrojaron una buena mayoría para la Fusión. Los nacionales desplazados (llamados *monttvaristas*) ya no estaban solos en la oposición. El ala radical del liberalismo, cuya divergencia de la corriente principal del movimiento había quedado en evidencia en la rebelión de 1858 y en la «revolución constituyente» de Pedro León Gallo, rechazó por principio la alianza liberal-conservadora. A estos liberales «rojos» o «radicales», pronto se les llamaría simplemente «radicales». Los radicales emitieron opiniones inflexiblemente liberal-demócratas, aumentadas luego por una nota de ferviente anticlericalismo. Esto se debía en parte a un estrecho vínculo entre el radicalismo y la masonería. Otro hito notable de esos años se produjo en abril de 1862, cuando los masones chilenos formaron su propia Gran Logia independiente. Ése fue el comienzo de una de las influencias subterráneas más profundas en la política. La cantidad de logias creció de diez en 1872 a más de cien en la década de 1950.

Tras el triunfo de la Fusión, el curso inmediato de la política se vio interrumpido por una inesperada crisis internacional. En abril de 1864, una escuadra naval española tomó repentinamente las islas Chincha, en la costa peruana y ricas en guano, en represalia por el supuesto maltrato de los españoles. La respuesta inmediata en Chile fue un brote de animosidad contra los españoles: Tocornal, a quien no se consideraba lo suficientemente celoso en este plano, fue reemplazado como ministro del Interior por Álvaro Covarrubias. Aunque Chile se declaró neutral en el conflicto, a los buques de guerra españoles se les negó el derecho a cargar carbón en los puertos chilenos. El ministro español en Chile, Santiago Távira, agraviado por las demostraciones hostiles, exigió un desagravio. Rápidamente se llegó a un acuerdo, pero Távira no había considerado al comandante de la escuadra española, almirante José Manuel Pareja, hijo del general de Brigada Pareja, que había muerto en Chillán en 1813. El almirante, con la autorización de España, exigió más «explicaciones» por parte de Chile y un saludo de veintidós cañonazos. Ante este ultimátum, sólo podía haber una respuesta. El 25 de septiembre de 1865, la República de Chile declaró la guerra al Reino de España.

⁹ Abdón Cifuentes, *Memorias*, 2 vols., vol. I, 1936, pág. 66.

Chile rápidamente encontró aliados (Perú, Bolivia, Ecuador); Pareja, ninguno. Su escuadra era más fuerte que la minúscula armada chilena; pero no lo suficientemente fuerte para mantener un bloqueo eficiente. El 26 de noviembre de 1865, la corbeta chilena *Esmeralda* (bajo el mando del capitán Juan Williams Rebolledo) capturó el cañonero español *Covadonga*. La humillación fue excesiva para el almirante Pareja, quien se suicidó. En la batalla de Abtao (7 de febrero de 1866), una pequeña flotilla chileno-peruana derrotó a dos fragatas españolas. El sucesor de Pareja, almirante Casto Núñez Méndez, decidió castigar a Chile bombardeando un Valparaíso desprotegido. La comunidad comerciante solicitó a los buques de guerra extranjeros anclados en la bahía que intervinieran, pero sin ningún resultado. El embajador británico, William Taylour Thomson, respondió a una delegación de airados comerciantes británicos que «los intereses generales de Inglaterra» tenían más importancia que «los de una parte de su comercio»¹⁰. El sábado de Pascua de Resurrección (31 de marzo de 1866), los ciudadanos de Valparaíso se retiraron a las laderas de los cerros adyacentes para ver el bombardeo español, que duró tres horas. Se habían disparado más de 2.500 tiros.

El bombardeo de Valparaíso marcó el final de esta extraña guerra menor. Aún habría de pasar algún tiempo antes de que la diplomacia apaciguara formalmente el conflicto. Perú y España firmaron un tratado de paz en París en 1879. Chile y España hicieron lo mismo en Lima en 1883 —cerca de donde Chile tendría que pelear su próxima guerra—.

«Desde hoy han desaparecido los partidos», dijo Manuel Montt al comenzar la guerra española. Esto no fue nunca realmente cierto: la oposición radical-nacional nunca se reprimió de criticar la conducción de la guerra. Sin embargo, no cabía la posibilidad de que el benevolente Pérez pudiera perder la reelección en 1866 como ya era tradicional. Las candidaturas del general Bulnes (por los montvaristas) y de Ángel Custodio Gallo (por los radicales) ni siquiera requirieron una campaña demasiado esforzada y las elecciones parlamentarias de 1867 predeciblemente fortalecieron a la Fusión.

A finales de la década de 1860, el tema de la reforma constitucional alcanzó finalmente el primer lugar en la agenda política. En 1865, justo antes de la guerra, se había producido un largo debate sobre el Artículo 5, que daba a los católicos el derecho exclusivo del culto público, aunque en la práctica las autoridades generalmente habían hecho la vista gorda ante las iglesias en su mayoría protestantes y extranjerías de Valparaíso. En vez de una enmienda constitucional, el Congreso aprobó una «ley interpretativa», declarando en efecto la tolerancia religiosa oficial. Los debates sobre el Artículo 5 pueden verse como un ensayo general para otras discusiones más amplias sobre la reforma constitucional. El Congreso de 1867-1870 declaró que unos treinta y cuatro artículos eran en principio «reformables». De

¹⁰ W. C. Davis, *The Last Conquistadores. The Spanish Intervention in Perú and Chile 1863-1866*, Athens, Ga., 1950, pág. 301.

acuerdo con la Constitución de 1833, sólo la próxima legislatura podía tomar la decisión de hacer una enmienda. Por ende, las elecciones de 1870 adquirieron especial importancia.

La ola reformista se dejaba sentir con fuerza. La Fusión quería la reforma, mientras la oposición mostraba un evidente interés por poner sobre el tapete la libertad electoral. En 1868-1869, muchos jóvenes montvaristas se unieron a los radicales y liberales independientes para formar una red de Clubes de la Reforma en Santiago y en las provincias, con una Convención nacional en septiembre de 1869. El programa reformista favorecía la libertad electoral, franquicias más amplias, «el principio de la libertad industrial» y una reducción general del poder presidencial.

El Congreso de 1870-1873 estaba constituido por uno de los grupos más brillantes de parlamentarios en la historia chilena, incluidos cinco futuros presidentes. Había muchas esperanzas puestas en este Congreso «constituyente», pero se cumplieron más bien pocas. La única enmienda constitucional que logró aprobarse (aunque era importante) fue la prohibición de la reelección presidencial inmediata. La seguidilla de administraciones «por decenios» llegaba así a su fin.

Ahora la cuestión principal era una vez más la sucesión presidencial. La muerte en 1867 de Manuel Antonio Tocornal, el conservador con las mejores perspectivas, despejó el camino para el ambicioso liberal, Federico Errázuriz. Sus relaciones con el obispo Valdivieso y su calculada amistad con los conservadores le dio cierta ventaja respecto de los otros contendientes. La oposición (nacionales, radicales, liberales disidentes) eligieron al magnate minero José Tomás Urmeneta. Ambos bandos realizaron modestas convenciones de nominación. Durante la elección misma, el gobierno fortificó ostensiblemente las guarniciones cercanas a las propiedades de Urmeneta. Como era de esperar, Errázuriz ganó con una amplia mayoría (226-258) en el colegio electoral.

IA «POLÍTICA NUEVA»

El ministro británico Horace Rumbold recordaría luego a Federico Errázuriz como «un espécimen de la clase patricia chilena muy honorable [...] con un carácter esencialmente despótico»¹¹. A diferencia de su predecesor, Errázuriz fue un presidente activo, tan resuelto en el poder como lo había sido en su oposición implacable a Montt. Aunque su cercanía a los conservadores le había ayudado a conseguir el cargo, no estaba destinado a disfrutar de su apoyo por mucho tiempo, ya que las contradicciones internas de la Fusión finalmente se estaban haciendo patentes. La cuestión que dividió a los conservadores y a los liberales fue la «libertad de instrucción» (incluidos los exámenes) en los numerosos cole-

¹¹ Horace Rumbold, *Further Recollections of a Diplomatist*, Londres, 1903, pág. 32.

gios del país, muchos de los cuales eran privados. Esto fue un anatema para los liberales, los nacionales y los radicales, quienes querían que todos los exámenes siguieran bajo la supervisión del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile. El decreto de la «libertad de exámenes» aprobado en enero de 1872 por Abdón Cifuentes, el ministro conservador a cargo de Educación, provocó una tensión inmediata entre los liberales y los conservadores. Los desórdenes estudiantiles en el Instituto y el despidio de Diego Barros Arana (su director) produjeron apasionados debates en el Congreso. Todos estos sonados acontecimientos provocaron la renuncia de Cifuentes (julio de 1873), la retirada de los conservadores que se unieron a la oposición y la desintegración de la Fusión.

La ruptura era inevitable. La relación de los conservadores con el clero se había fortalecido durante la década de 1860 y un choque con las crecientes fuerzas del anticlericalismo tenía que ocurrir tarde o temprano. De hecho, lo que suelen llamarse las «cuestiones teológicas» comenzaron a asumir una importancia poco habitual en política precisamente debido a esta coyuntura. Las cuestiones tenían menos que ver con la teología que con la frontera misma entre las esferas civil y eclesiástica. Dos contenciosos a comienzos de la década de 1870 las convirtieron en el centro de todas las miradas. La negativa de la Iglesia a casar a un político menor y a enterrar a un popular veterano de la época de la Independencia indicaron la necesidad de una Ley de matrimonio civil y de contar con lugares separados para los no católicos en los cementerios públicos. La aprobación del nuevo Código Penal (1874) provocó brotes de pasión pía e impía. La reforma judicial paralela (que abolla los procedimientos usados en la «cuestión del sacristán») también enfureció a los conservadores, pero en este caso el gobierno había discutido la ley de antemano con el Vaticano, socavando así todos sus argumentos.

Ahora que se encontraban en la oposición, los conservadores tenían gran interés en la reforma constitucional. No es de sorprender que el Congreso de 1873-1876 aprobara toda una serie de enmiendas. Éstas incluían la elección directa del Senado, el derecho de asociación (no mencionado en la Constitución de 1833), la modificación de los poderes de emergencia y la introducción de «incompatibilidades limitadas», es decir, la exclusión de ciertas clases de funcionarios públicos del Congreso. Para muchos políticos, sin embargo, la reforma electoral era un tema aún más importante. ¿No debía de ampliarse esta franquicia? ¿No debía de liberarse Chile del humillante espectáculo de las elecciones «arregladas»? Los prolongados debates de 1872-1874 produjeron cambios importantes en este sentido. El tema de las calificaciones fue transferido entonces de las municipalidades a las Juntas de Mayores, contribuyentes locales supuestamente más independientes. Aún así, los esfuerzos de los reformadores por lograr el voto acumulativo (una forma primitiva de representación proporcional) para todo tipo de elecciones se encontraron con la obstinada resistencia de Errázuriz. Luego, en septiembre de 1874, Eulogio Altamirano, su leal ministro del Interior, llegó repentinamente a una avenencia que permitía el voto acu-

mulativo en las elecciones para la Cámara de Diputados. La nueva Ley electoral, la más significativa desde 1833, hizo que la única condición para votar fuera saber leer y escribir.

Mientras el Congreso debatía estas reformas, Errázuriz organizaba una nueva coalición de gobierno. Aunque podía confiar en un sólido contingente parlamentario de liberales (los «liberales de gobierno»), también necesitaba encontrar otros aliados. Dado que un nuevo acercamiento a los conservadores era impensable, dicho apoyo sólo podía venir de las filas de los radicales y de los liberales disidentes. Este acuerdo decisivo se llevó a cabo en una reunión secreta entre el presidente y el «patriarca» radical Manuel Antonio Matta. La nueva alianza liberal-radical quedó formalizada a mediados de 1875 con la designación de José Alonso como ministro de Relaciones Exteriores; él sería el primer radical en entrar al gabinete. Para entonces estaba claro que se había producido un giro político comparable al de 1861-1862. De hecho, el esquema político consolidaba así la forma básica que habría de tener hasta la crisis de 1891.

Debemos detenemos aquí en los cambios que sufrió el esquema político. La interacción de los partidos políticos se había vuelto mucho más importante que antes. Los «partidos» seguían sin ser más que conjuntos no demasiado cohesionados de políticos de clase alta y sus seguidores. Ni su identidad parlamentaria ni su identidad nacional estaba muy clara. Cuando, en octubre de 1876, el diputado radical y conocido masón Dr. Ramón Allende Padín propuso que los parlamentarios deberían votar automáticamente según la línea del Partido, la idea fue ampliamente repudiada. Los partidos no contaban con una organización nacional formal. Y, aunque los radicales contaban con una creciente red de asambleas locales —que llegaban a más de cuarenta a fines de la década de 1880—, éstas no estaban coordinadas centralmente. Ningún partido había realizado convenciones nacionales hasta diciembre de 1878, cuando los conservadores se reunieron en Santiago. No obstante, los partidos constituían un punto de referencia esencial en toda conversación política —como también lo eran sus conocidas divisiones internas—. Algunos conservadores (los llamados *pechorños*) aceptaron el liderazgo de la Iglesia; otros (los más prominentes) prefirieron una postura católica más independiente. Los radicales sufrieron una defección tras el acuerdo Errázuriz-Matta: los hermanos Gallo lo desaprobaban. A mediados de la década de 1870, el Partido Nacional consistía principalmente en los seguidores de Antonio Varas, cuyas ideas se iban haciendo cada vez más liberales con los años; muchos montevistas jóvenes se habían pasado (a través de los Clubes de la Reforma) a las crecientes filas liberales. Lo más importante fue que los propios liberales se dividieron entre una mayoría que apoyaba al gobierno y una minoría heterogénea e impredecible. La nueva concertación de gobierno centrada en los liberales era menos estable que sus dos predecesoras.

Las diferencias ideológicas entre los partidos eran más aparentes que reales. En la década de 1870, casi todos los políticos chilenos podían haber dicho «Ahora somos todos liberales!». La idea de que la Constitución de 1833 era «parlamentaria» más que presidencialista iba ganando cada vez más terreno. La práctica parlamentaria reflejaba una ten-

dencia creciente (y lo reflejaría aún más bajo el sucesor de Errázuriz) a un mayor uso de la interpelación (incorporada por primera vez en el reglamento vigente de la Cámara en 1846) y, en menor medida, del voto de desconfianza formal.

El poder del presidente sobre el Congreso, como hemos visto, descansaba a fin de cuentas en su manipulación de las elecciones. Aunque esto no disminuyó después de 1874, sí se hizo más difícil. La cantidad de asientos en competencia era cada vez mayor y, en consecuencia, el poder ejecutivo tuvo que recurrir a formas más amplias de fraude, intimidación y violencia –todas evidentemente expuestas en el Congreso y en la prensa–. Se consideraba cada vez más que la intervención electoral era un resabio arcaico que no cuadraba con la liberalización general que se estaba produciendo. A comienzos de 1875, el político en ascenso José Manuel Balmaceda publicó un conjunto de elocuentes artículos sobre este tema. Algo menos públicamente, el oficial naval Arturo Prat, que entonces cursaba estudios para obtener un grado en leyes, eligió como tema de tesis las maneras en que podía hacerse que la Ley de 1874 funcionara realmente.

Por el momento, tales esperanzas eran vanas. La elección presidencial de 1876 mostró, muy claramente, las limitaciones precisas de la «nueva política». A comienzos de 1875, Benjamín Vicuña Mackenna decidió hacer campaña para la presidencia. Evidentemente creía que si apelaba con decisión a la democracia, la «opinión» le haría ganar. Las giras que realizó en su campaña y sus candentes discursos despertaron una corriente de excitación electoral sin precedentes en Chile.

Si la nación estaba lista o no para este tipo de política es algo que no podemos decir. Errázuriz no lo estaba. Su opción recayó en Aníbal Pinto, el algo insípido hijo del presidente liberal de la década de 1820 y yerno del recientemente fallecido general Cruz. Errázuriz, fiel a la forma, preparó el terreno con sumo cuidado, haciendo proposiciones conciliatorias a los nacionales y montando una elaborada convención para sellar la nominación de Pinto. A esta convención de la Alianza Liberal, que él llamó la «convención de los notables», Vicuña Mackenna respondió con su propia «convención del pueblo», un gesto menos útil electoralmente que la alianza tácita que hizo con los conservadores.

Sin embargo, grandes fuerzas estaban contra él. Las elecciones parlamentarias (marzo de 1876) fueron intervenidas tan flagrantemente como siempre. Acosado por los problemas con sus propios partidarios «liberal-demócratas» y sus aliados conservadores, Vicuña Mackenna se retiró de la competencia desigual pocos días antes de la votación. Luego, se dice, algunos oficiales del Ejército se le acercaron ofreciéndole organizar un golpe de Estado para él. «Ningún gobierno impuesto por la fuerza de las armas», se dice que replicó este verdadero gran chileno, «puede ser grato al corazón del pueblo»¹². Aníbal Pinto fue nombrado presidente el 18 de septiembre de 1876.

¹² Eugenio Orrego Vicuña, *Vicuña Mackenna, vida y trabajos*, 3ª ed., 1951, págs. 331–332.

La crisis y la guerra, 1876–1883

El señor Pinto asumirá las riendas del gobierno en un momento especialmente crítico para la historia de su país, una época de grave depresión comercial y en que varias cuestiones sociales y financieras exigen rápida solución, y con el prestigio de la administración previa como rival. El país esperará mucho de él –más, probablemente, que lo que se hará– [...].

The Chilean Times, 2 de septiembre de 1876

LA CRISIS ECONÓMICA

Durante los primeros meses de gobierno del presidente Pinto, el precio mundial del cobre cayó en un 20%; y las exportaciones de cobre chileno, en un 16%. Las exportaciones de plata no alcanzaron un tercio de su volumen de 1874. Desgraciadamente, el clima se volvió extremado: entre 1876 y 1878, las tierras de cultivo del país sufrieron algunos meses de sequía separados por lluvias excesivamente generosas. En 1877, la tasa normal de precipitaciones se triplicó y la lluvia batió los caminos, sumergió líneas ferroviarias y destruyó ganado y plantaciones. En 1878, las exportaciones de trigo y harina habían disminuido en más de un 30% con respecto a las de 1873. Alrededor de 300.000 trabajadores quedaron en paro, el ritmo de los negocios disminuyó y el precio de los alimentos subió.

Desde que los chilenos había dejado de controlar sus ansias por obtener artículos importados, el déficit comercial aumentó y, por consiguiente, hubo que exportar dinero en cantidades récord. A la larga, los desastrosos efectos combinados de una economía de exportación asolada, una recesión comercial y la fuga de capitales debilitaron las instituciones financieras del país. Algunos de los defectos de la legislación bancaria de 1860 quedaron entonces en evidencia. Puesto que la ley permitía a los bancos pedir prestado por encima de sus activos, los banqueros habían invertido en una serie de empresas sumamente especulativas que no resistían un examen más frío. En julio de 1878, se notificó al presidente Pinto que todos los bancos, excepto uno, carecían de fondos para cubrir los depósitos.

La perspectiva de que los clientes asediaran los bancos convenció de que era tiempo de actuar incluso a quienes apoyaban más obstinadamente el *laissez faire*. En julio de 1878, el Congreso aprobó una medida que obligaba a los ciudadanos a aceptar los billetes emitidos por los bancos privados como pago por las deudas. Las instituciones financieras ya no estaban sujetas a convertir en oro o plata los billetes bancarios impresos de forma privada. Las personas no tuvieron más opción que aceptar la nueva Ley: algunos de los bancos ya no tenían dinero en sus arcas.

La llamada «Ley de inconvertibilidad» salvó los bancos, pero no ayudó al gobierno. La baja en las exportaciones y en las importaciones redujo sustancialmente los ingresos del Estado. Anhelando solucionar el déficit presupuestario, Pinto impuso un aumento del 10% a todos los impuestos a las importaciones. También redujo de raíz el presupuesto de la nación, disminuyendo la cantidad de funcionarios públicos, varando buques de la Armada y desmantelando numerosas unidades del Ejército y de la Guardia Nacional. Sin embargo, la crisis exigía claramente soluciones más radicales. Debido al cierre de las minas y el aumento de las tierras en barbecho, los desempleados inundaron las ciudades en busca de trabajo. La Iglesia y varias organizaciones de caridad abrieron comedores populares (*ollas de Pobre*), pero esto sólo brindaba una ayuda temporal. La situación llegó a tal punto de desolación que un periódico declaró que la única forma en que los hombres podían evitar morir de hambre era convertirse en ladrones; y las mujeres decentes, en prostitutas¹. Unos 50.000 chilenos emigraron, mientras pandillas de campesinos desempleados atacaban los fundos y, en las ciudades, los asaltos se convertían en algo habitual. Todos las señales apuntaban a una crisis social incipiente y muchos de los comentaristas advertían sutilmente sobre una posible rebelión.

La reacción inicial del Congreso ante la crisis económica —sin duda la peor desde la Independencia— fue tratar sus síntomas más que sus causas fundamentales; por ejemplo, autorizó que se azotara a los ladrones, como un elemento de disuasión para los criminales en potencia. Algunos observadores sociales más reflexivos sugirieron que el Estado debía fomentar la industria manufacturera para generar empleos, reduciendo así las tensiones sociales; la industria disminuiría la vulnerabilidad chilena ante los caprichos del clima y liberaría la economía de ser un «vasallo de los mercados extranjeros»². En julio de 1878, el Congreso aprobó un código arancelario revisado. Como resultado, los productos y artículos importados sueltos que competían con los productos nacionales pagarían un impuesto del 35%; mientras las herramientas, las máquinas y los productos industriales necesarios para el desarrollo de la economía pagarían sólo un 15%. Los artículos que no caían en ninguna de las dos categorías pagarían ya un gravamen del 25%, ya un

¹ *Mejstáfeles*, 20 de abril de 1878.

² *Industria Chilena*, 16 de octubre de 1876.

impuesto específico relativo al valor. El Congreso, no obstante, fue aún más lejos y aprobó una medida más revolucionaria: la Herencia, un impuesto a los regalos y a las propiedades. Todo esto por sí solo no podía resolver el dilema económico del país. A finales de 1878, el gobierno propuso la llamada Mobiliaria, un impuesto sobre los ingresos y el capital de inversión que, al igual que la Herencia, recayó sobre los más acaudalados. Sin embargo, el Congreso rechazó esta propuesta: «los capitalistas pueden volver a respirar libremente», comentó *The Chilean Times*³.

La aprobación de la nueva legislación aduanera y de la Herencia representó un giro significativo en la política fiscal. Desde entonces, el Estado podría intervenir con más autoridad para proteger las industrias locales y gravar con impuestos a los ricos. Quedaba por ver, sin embargo, si estas dos medidas particulares proporcionarían los ingresos que el gobierno necesitaba.

LA CRISIS INTERNACIONAL

Los primeros presagios de la inminente crisis internacional provinieron de Bolivia y tenían que ver con la delimitación de la frontera. Dado que ésta corría a través de uno de los desiertos más secos del mundo, ninguno de los dos países parecía haberse preocupado excesivamente por su ubicación exacta. El descubrimiento de plata, guano y, finalmente, salitre dio un enorme valor a Atacama. De pronto, ambas naciones luchaban con fuerza por controlar el desierto que antes habían despreciado. En 1874, tras una serie de graves disputas que casi degeneró en una guerra, la frontera quedó fijada en los 24° de latitud Sur. Para llegar a este acuerdo, Chile desistió de exigir una parte del desierto. A cambio, Bolivia prometió no subir los impuestos de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, la mayor compañía salitrera que operaba en Atacama.

Bolivia no era el único enemigo potencial de Chile. Durante la década de 1870, el gobierno argentino exigió que Chile reconociera su soberanía sobre el estrecho de Magallanes y la Patagonia, en donde los chilenos habían estado filtrándose desde hacía algún tiempo. El gobierno de Pinto se vio fuertemente presionado por la prensa para que rechazara las demandas argentinas. Ante esto, Pinto comisionó al historiador Diego Barros Arana para que negociara el acuerdo; sin embargo, la elección no fue la más acertada. Cuando Barros Arana violó sus instrucciones, acordando ceder la Patagonia y entregarle a Argentina el control parcial del estrecho, estallaron en Santiago una serie de desórdenes callejeros. De pronto, la guerra parecía inminente, pero Pinto aceptó la fórmula propuesta por el cónsul general de Argentina y, en diciembre de 1878, ambos países firmaron el

³ *The Chilean Times*, Valparaíso, 31 de agosto de 1878.

para evitar el conflicto, ofreciendo a Perú incluso concesiones económicas a cambio de su neutralidad, pero la opinión pública lo presionaba y finalmente tuvo que exigir que el Estado peruano dijera abiertamente si planeaba cumplir el tratado de 1873. Cuando llegó la respuesta, afirmativa, Chile declaró la guerra a Bolivia y a Perú (el 5 de abril de 1879).

Las perspectivas de Chile parecían sombrías. Años de restricciones presupuestarias habían privado al Ejército del 20% de sus hombres; la Marina había sacado del servicio activo los buques de guerra; la Guardia Nacional había sido disminuida en más de un 60%. Equipados con armas anticuadas, sin cuerpo médico ni de suministros, los soldados chilenos fueron llamados a luchar contra dos enemigos cuyas fuerzas armadas superaban en dos a uno las suyas y en una guerra lejos de la zona de mayor importancia de su país. Para darle el triunfo a Chile, el control del mar era esencial: ésta sería la única manera de permitirle al Ejército atacar al enemigo en su propia tierra natal. Sin él, Chile quedaba expuesto a la invasión, al bloqueo o al bombardeo (como lo había demostrado España en 1866). La Marina peruana contaba con dos acorazados y con navíos de apoyo; la flota chilena incluía dos acorazados, pero, al igual que la mayoría de sus buques, estaban en malas condiciones. Las perspectivas inmediatas no eran exactamente prometedoras.

LA GUERRA DEL PACÍFICO

Con la esperanza de ganar la supremacía marítima, Pinto pidió al comandante de la Marina, almirante Juan Williams Rebolledo, que atacara la flota enemiga en su base de El Callao. Williams se negó. En vez de ello, bloqueó Iquique, el puerto a través del cual Perú exportaba el salitre. De esta forma, la escuadra chilena se quedó perdiendo el tiempo en el puerto de Iquique, a la espera del ataque peruano. La opinión pública se cansó pronto de la pasiva espera de Williams y exigió que atacara al enemigo. Deseoso de aumentar su popularidad (Williams tenía esperanzas de presentarse como candidato para la presidencia en 1881), el almirante finalmente decidió atacar a los acorazados peruanos, el *Huáscar* y el *Independencia*, mientras estaban anclados en El Callao. Sin informar a La Moneda, zapó hacia el norte, dejando dos barcos de madera, el *Esmeralda* y el *Conadonga*, a cargo del bloqueo en Iquique.

La expedición fue un fiasco: los buques peruanos ya habían zarpado cuando llegó la escuadra chilena. Al volver finalmente a Iquique, el almirante se enteró de que la flota peruana había aprovechado su ausencia para romper el bloqueo. El almirante peruano Miguel Grau no sólo había reforzado Iquique con éxito, sino que también había hundido el *Esmeralda* en el primer combate naval memorable de la guerra (el 21 de mayo de 1879). El combate naval de Iquique entregó a Chile su máximo héroe de la guerra: el capitán Arturo Prat, cuya muerte en un intento desesperado por abordar el *Huáscar* se con-

tratado de Fierro-Sarratea: éste posponía la discusión sobre la soberanía para más adelante, pero permitía el control conjunto de Argentina y Chile en el estrecho. Si bien Pinto logró evitar una guerra, su manejo de la crisis con Argentina dañó aún más su reputación ya un tanto inestable. La oposición comenzó a mostrarlo como un débil pusilánime que se había sometido a Buenos Aires.

Los problemas de Pinto pronto se vieron aumentados por un recrudecimiento de las desavenencias con Bolivia. En diciembre de 1878, el dictador boliviano Hilarión Daza elevó los impuestos a la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta. Esto violaba claramente el acuerdo de 1874, pero Daza no esperaba una reacción chilena: «Chile no intervendrá en este asunto empleando la fuerza», escribió, «su conducta con la Argentina revela de una manera inequívoca su debilidad e impotencia»⁴. En todo caso, Daza podía recurrir a un tratado secreto firmado en febrero de 1873, en que Perú prometía ayudar a Bolivia si se declaraba la guerra con Chile.

Pinto contaba con un margen muy estrecho para negociar. Los accionistas de la Compañía de Salitre sobornaron a algunos periódicos que exigieron estridentemente que el gobierno hiciera cumplir las obligaciones del tratado. Los políticos de la oposición previnieron a Pinto y a sus seguidores liberales de que no se rindieran ante el dictador boliviano. Tanto los inescrupulosos políticos como la prensa nacionalista organizaron manifestaciones en Santiago y Valparaíso para alentar el belicoso estado de ánimo nacional. Esta táctica dio resultado. Viendo una multitud patriótica que desfilaba frente a su casa, Antonio Varas, entonces ministro del Interior por un breve periodo, dijo al presidente: «ahora tenemos que ocupar toda Antofagasta o nos matan a ti y a mí»⁵.

En febrero de 1879, Pinto dio instrucciones al Ejército de que capturara tanto Antofagasta como el territorio cedido a Bolivia según el tratado de 1874. Pinto se habría contentado con llegar a Antofagasta, pero no podía hacerlo: tanto la prensa como la oposición exigieron que ordenara al Ejército marchar más al norte de la antigua frontera para proteger las posiciones chilenas. Pinto se negó, creyendo quizá que Daza aceptaría volver al *statu quo* anterior. Daza no lo hizo: dos semanas después de la ocupación chilena de Antofagasta, Bolivia declaró la guerra.

Pinto conocía desde hacía años la alianza «secreta» peruano-boliviana; sin embargo, tenía la esperanza de que Lima se mantuviera al margen del conflicto. Por un tiempo, esto pareció probable: el presidente peruano Manuel Prado se ofreció como mediador. No obstante, mientras tanto, los peruanos pusieron a punto su Marina y su Ejército —acciones que la prensa chilena no dejó pasar inadvertidas—. El presidente trabajó laboriosamente

⁴ H. Daza a S. Zapata, 6 de febrero de 1879, en Pascual Ahumada Moreno (ed.), *La Guerra del Pacífico*, 9 vols., vol. I, Valparaíso, 1884-1890, pág. 93.

⁵ Citado en Mario Barros, *Historia diplomática de Chile*, Barcelona, 1970, pág. 332.

virtió en un impecable símbolo de sacrificio patriótico y cumplimiento del deber para el país. El único punto de luz en medio de este desastre provino de la persecución en alta mar del *Covadonga*, en la que el capitán del *Independencia* hizo encallar su nave, con lo cual la fuerza naval peruana real quedaba reducida prácticamente a la mitad.

Williams no aprovechó esta ventaja inmerecida y se recluyó en su cabina, cuidando un ego maltratado y una enfermedad imaginaria. Durante el invierno de 1879, mientras tanto, Chile continuó sufriendo reveses navales: en julio, los peruanos capturaron un transporte de tropas con un gran cargamento, el *Rímac*, lo que provocó masivos desórdenes callejeros en Santiago. El almirante Grau aterrizó con éxito los puertos del norte, mientras otro buque de guerra peruano, el *Unión*, amenazaba las líneas de abastecimiento chilenas a través del estrecho de Magallanes. Finalmente, en agosto de 1879, y nuevamente sin informar al gobierno, Williams rompió el bloqueo de Iquique. Esta vez, ni siquiera los más ardientes defensores de Williams pudieron protegerlo. Fue reemplazado por el almirante Galvarino Riveros, quien zarpo inmediatamente para rehabilitar sus buques. En octubre, la flota chilena atrapó a Grau en Punta Angamos. Tras un brutal intercambio de cañonazos (en el que Grau pereció), los chilenos capturaron el *Huáscar*.

Chile se había hecho así con el control de la ruta marítima y había despejado la vía hacia el norte. No obstante, si bien la Marina estaba lista, el Ejército no lo estaba. Su comandante, el general Justo Arteaga (74 años), no poseía las capacidades físicas ni mentales para organizar una expedición al Perú. Renunció antes de que pudiera causar demasiado daño. Su sucesor, Erasmo Escala, resultó ser sólo un poco más eficaz. Ferviente católico de estrechas relaciones con el Partido Conservador, el nuevo comandante parecía dotado de un temperamento incapaz de trabajar con cualquiera que desafiará su autoridad o cuestionara su juicio. Sin embargo, por razones políticas, Pinto no podía permitirse reemplazarlo, pero ordenó a los políticos civiles Rafael Sotomayor (nacional) y José Francisco Vergara (radical) que asistieran (e implícitamente que supervisaran) a Escala.

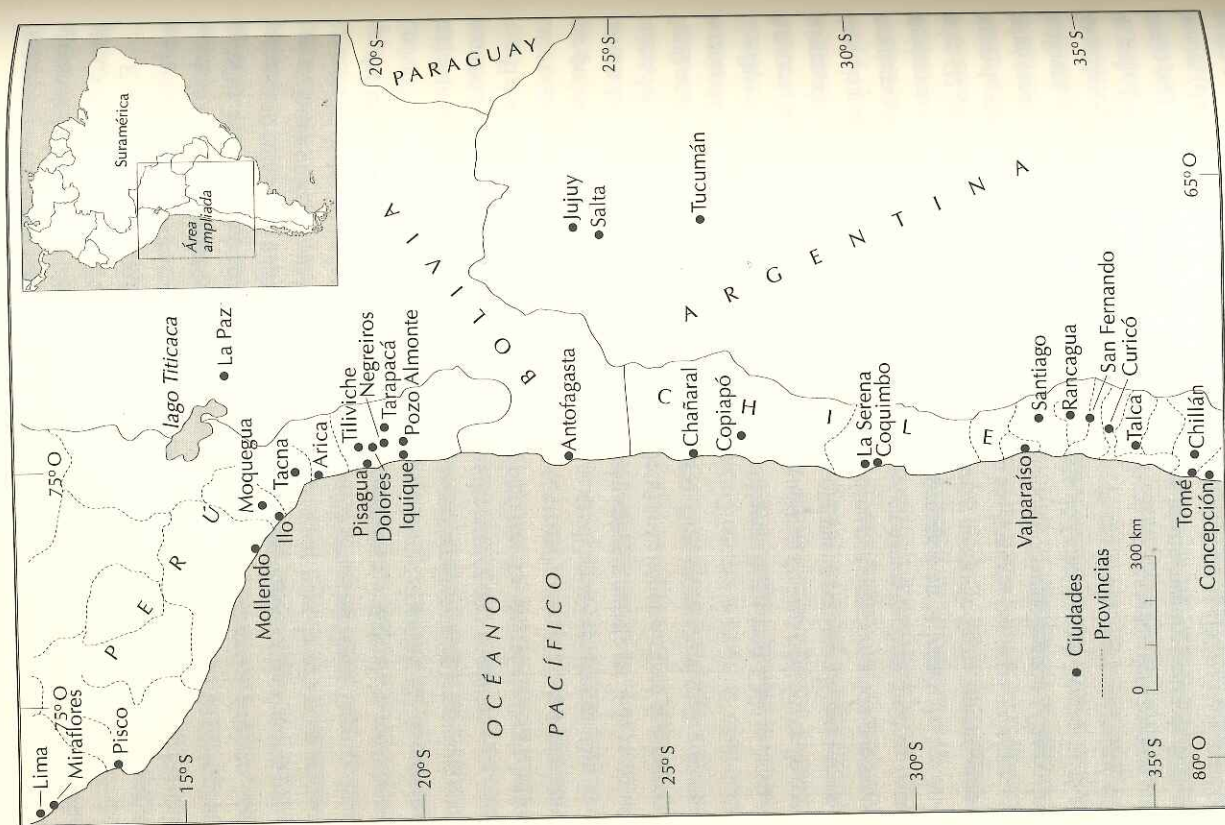
En noviembre de 1879, las tropas de Escala desembarcaron en Pisagua (provincia peruana de Tarapacá). El asalto dejó bajas, pero los chilenos se comportaron como el paradigma de la virtud militar en comparación con sus oponentes. Los aliados habían planeado un contrataque en el que Daza tenía que golpear desde el norte mientras el general peruano Juan Buendía lo hacía desde el sur, aplastando así a la expedición chilena entre ambos ejércitos aliados. El plan falló estrepitosamente. La incompetencia de Daza (ya ampliamente demostrada) diezmó a sus unidades a medida que avanzaban desde La Paz hacia la costa; los soldados simplemente desertaban. En vez de avanzar a través del desierto hacia el sur, ordenó a sus hombres que retrocedieran a Arica. Buendía, sin saber de la defección de Daza, continuó hacia el norte, ignorando todos estos hechos. Escala mantuvo la mirada atenta al norte, asumiendo que un ataque proveniría de ese sector. Con el fin de asegurarse una provisión segura de agua para la expedición, Rafael

Sotomayor ordenó a su colega Vergara (que ahora servía como oficial activo) que capturara el oasis de Dolores. Vergara ya había cumplido esta misión cuando una de sus patrullas, al reconocer el área, se topó con la guardia de avanzada del ejército de Buendía.

El sorprendido comandante chileno, coronel Emilio Sotomayor, logró posicionar a sus hombres en el aldeaño cerro San Francisco antes de que el enemigo atacara. El hábil uso de la artillería y una gran entereza dieron el triunfo a los chilenos (19 de noviembre de 1879). Los soldados bolivianos, desalentados y sedientos, huyeron al altiplano. Los peruanos se retiraron al pueblo de Tarapacá. En vez de perseguir a sus exhaustos oponentes, Escala ordenó a sus hombres que asistieran a una misa de acción de gracias. Algunos días después, una fuerza militar al mando de Vergara avanzó hacia Tarapacá. Esta vez, fueron los peruanos quienes hicieron huir a los chilenos, infligiéndoles serias bajas (incluidos más de 500 muertos) en una batalla especialmente sangrienta (27 de noviembre). A pesar de esta victoria, el Perú abandonó entonces la provincia de Tarapacá, lo que permitió a los chilenos ocupar Iquique y las tierras del interior ricas en salitre.

El éxito en la campaña de Tarapacá no terminó con los altercados: Escala había caído bajo el influjo de una camarilla de edecanes conservadores, quienes le aseguraron que podría convertir sus triunfos militares en una candidatura presidencial. Con frecuencia, había discutido con Sotomayor y con cualquiera que pusiera en duda su genio militar. En marzo de 1880, aparentemente para destacar su importancia en el gobierno, Escala amenazó con renunciar. Para su gran sorpresa, Pinto reconoció el truco y aceptó la renuncia.

Bajo el mando del nuevo comandante, general Manuel Baquedano, Chile se lanzó a la tercera campaña norteña en febrero de 1880, desembarcando a sus soldados en Ilo con la intención de capturar la provincia de Tacna. Sin contrataque peruano a la vista y recorriendo la ineptitud de Escala, Pinto ordenó a Baquedano con cierta renuencia que avanzara tierra adentro. Baquedano tuvo que superar graves problemas de abastecimiento, pero rápidamente capturó Moquegua y derrotó a los peruanos en la batalla de Los Ángeles (22 de marzo). Desoso ahora de capturar Arica, puerto de Tacna y punto estratégico de vital importancia, Baquedano avanzó con sus hombres por tierra, viaje que se cobró varias vidas. Aproximadamente un mes después, los chilenos llegaron a Campo de la Alianza, posición peruana fortificada en las afueras de Tacna. Aunque Vergara urgió a Baquedano para que rebasara el flanco por el punto de resistencia, el general insistió en un asalto frontal. Los soldados de Baquedano triunfaron (26 de mayo), pero pagaron un precio muy alto: tres de cada diez soldados chilenos fueron muertos (cerca de 500) o heridos (alrededor de 1.600). A pesar del gran número de bajas, el ejército siguió rumbo a Arica y capturó el fortificado Morro, la roca similar a Gibraltar que se alza sobre el puerto, en uno de los asaltos más rápidos y heroicos de la guerra (6 de julio): de principio a fin, la toma duró 35 minutos y alrededor de 120 chilenos murieron en el ataque.



Mapa 5: Perú-Bolivia-Chile, enero de 1879.

La victoria en la campaña de Tacna produjo encontradas reacciones en Chile. Una vez que se supo el coste en vidas que había tenido la táctica de almadena de Baquedano, la opinión pública se enfureció. De hecho, uno de los periodistas estaba tan impresionado que sugirió que en Santiago se hicieran «danzas macabras» más que un baile de victoria para celebrar el triunfo en Tacna⁶. La presión para que se atacara Lima se hizo entonces irresistible. Satisfacer dicha demanda resultaba difícil. La mayor parte de los suministros del Ejército estaban agotados: los civiles, como Vergara, tuvieron que trabajar duro para encontrar hombres y equipos y los medios de transporte para una expedición a la nueva zona de batalla. Gracias a unos esfuerzos prodigiosos, las tropas de Baquedano ya estaban listas en enero de 1881 para atacar la capital peruana. Al igual que durante la campaña de Tacna, Vergara sugirió que Baquedano tratara de rebasar el flanco de las defensas peruanas para minimizar las bajas, lo que al mismo tiempo permitiría a Baquedano capturar la ciudad. El general desechó este consejo. Como señaló después un admirador, sólo el asalto frontal permitiría a los chilenos demostrar su virilidad.

El 13 de enero de 1881, las tropas de Baquedano demostraron debidamente su virilidad rompiendo las posiciones peruanas en Chorrillos. Dos días después, los chilenos atacaron y derrotaron las defensas peruanas en Miraflores en una segunda y cruenta batalla. Las bajas chilenas en estas dos batallas sumaron por lo menos 1.300 muertos y 4.000 heridos; las pérdidas peruanas fueron aún mayores. Al final de la jornada, el gobierno peruano había huido y las primeras unidades chilenas (una de ellas compuesta por policias de Santiago) entraron en la misma Lima. Por tercera vez en sesenta años, la antigua capital virreinal estaba a los pies del Ejército chileno.

La caída de Lima no puso fin a la guerra. Chile exigió la cesión de Tarapacá, Arica y Tacna como indemnización de guerra y como parachoques en el caso de que Perú decidiera organizar una revancha. Nicolás Piérola, quien había reemplazado al presidente Prado en 1879 y ahora había trasladado su gobierno a las montañas, se negó a ceder un milímetro. Los chilenos estaban en una posición poco cómoda: difícilmente podían salir del Perú sin un tratado de paz, pero tampoco podían lograr un tratado de paz sin vencer o coartar al gobierno peruano para que aceptara sus demandas. Francisco García Calderón, el desafortunado abogado que se convirtió en el presidente del Perú controlado por Chile en febrero de 1881, era tan terco como Piérola (aún a la cabeza de su gobierno) con respecto a las concesiones territoriales. Y la resistencia peruana se hizo más fuerte. Bandas de guerrilleros, los *montoneros*, bajo el liderazgo de oficiales veteranos, como Andrés Cáceres, acosaron y atacaron al Ejército de ocupación. Cada vez más chilenos comenzaban a temer que su gran victoria militar estuviera destinada a lograrse a costa de grandes pérdidas.

⁶ *Las Novedades*, 4 de noviembre de 1880.

Un factor que complicaba la situación era el papel de Estados Unidos que, antes (en octubre de 1880), había intentado mediar entre los países beligerantes⁷. El secretario de Estado norteamericano, James G. Blaine, deseaba usar la guerra del Pacífico para reducir lo que él veía como imperialismo británico, al mismo tiempo que para extender la versión norteamericana. Blaine decidió que tenía más posibilidades de lograr estos objetivos si apoyaba la negativa de García Calderón de ceder territorio. El gobierno chileno se cansó finalmente de este juego y encarceló a García Calderón, acción que enfureció a Blaine. Por un breve lapso, llegó a parecer posible incluso que los Estados Unidos y Chile iniciaran una guerra. La crisis concluyó con el asesinato del presidente James Garfield (septiembre de 1881). El nuevo presidente, Chester A. Arthur, reemplazó a Blaine por Frederick Frelin-ghuysen, quien rápidamente abandonó la truculenta política exterior de su predecesor.

A pesar de que la situación política había mejorado, la situación militar de Chile no iba por el mismo camino. A comienzos de 1882, el gobierno mandó una nueva expedición al altiplano peruano. A la deriva en un medio ambiente hostil, sin provisiones y bajo el ataque constante de los guerrilleros, ésta fracasó completamente en sus intentos de pacificar el interior. Tras meses de errar infructuosamente por las montañas, se ordenó a las tropas que se retiraran hacia la costa. Cuando lo estaban haciendo, Cáceres asestó su golpe más devastador. En la batalla de La Concepción (9 de julio de 1882), los peruanos aniquilaron a todo un destacamento de setenta y siete chilenos, asesinando no sólo a los soldados, sino también mutilando sus restos.

La Concepción recordó a los chilenos que sus soldados todavía estaban envueltos en una cruenta guerra. La prensa cuestionaba cada vez más las razones para que los jóvenes chilenos tuvieran que morir en lugares que se podrían haber dejado solos «sin comprometer en absoluto la causa de Chile»⁸. ¿Por qué, se preguntaban otros, la nación derramaba su sangre y gastaba sus tesoros en una guerra que amenazaba con convertirse en un cáncer para la prosperidad del país?⁹ Como concluyó un periódico de provincias: «el asunto es hacer la paz, sea a tuertas o a derechas»¹⁰.

Los peruanos también estaban cansados de la guerra. Uno de ellos, Miguel Iglesias, estableció su propio gobierno (con el apoyo chileno) y pareció dispuesto a negociar. Si bien estaba dispuesto a entregar Tarapacá, se negaba a ceder Tacna. El gobierno de Santiago, deseoso de liberar la nación del marasmo diplomático, mantuvo sus demandas respecto de Tarapacá, pero propuso ocupar Tacna y Arica por diez años, tras lo cual un

⁷ En las cancillerías europeas se habló de la intervención de los grandes poderes para concluir la guerra, pero el canciller alemán Bismarck neutralizó eficazmente tales sugerencias.

⁸ *El Independiente*, 30 de abril de 1882.

⁹ *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de julio de 1882.

¹⁰ *El Correo de Quillota*, Quillota, 28 de septiembre de 1882.

plebiscito determinaría la soberanía final del territorio. Aunque Iglesias aceptó estos términos, Cáceres no lo hizo. Otra expedición chilena marchó hacia el interior para darle caza, derrotándolo finalmente en la batalla de Huamachucho (10 de julio de 1883). Con Cáceres fuera de juego, Iglesias firmó el 20 de octubre, como correspondía, el Tratado de paz de Ancón.

El Tratado de Ancón, sin embargo, persuadió incluso a los bolivianos más belicosos para buscar la paz. Aunque vencida, la nación había obtenido términos generosos: la «regua indefinida» firmada en abril de 1884 otorgaba a Chile sólo el derecho de ocupación temporal del litoral boliviano. El armisticio con Bolivia marcó el final de la guerra del Pacífico, casi cinco años exactos después de haber comenzado.

Una consecuencia diplomática colateral del triunfo de Chile fue que Chile y Argentina firmaron un tratado (julio de 1881) que confirmaba tanto la soberanía argentina en la Patagonia como el control chileno del estrecho de Magallanes.

LOS SOLDADOS Y LOS CIVILES

Los apologistas de los aliados derrotados han descrito a Chile como la Prusia del Pacífico —una nación depredadora en busca de cualquier excusa para empezar una guerra con sus desafortunados vecinos—. El puro sentido común indica otra cosa. En 1879, las fuerzas armadas chilenas eran pequeñas en tamaño, pobres en pertrechos y, debido a que muchos oficiales debían su alto rango a relaciones políticas, deficientes en su comando. La incompetencia de Williams y de Escala obligó al gobierno a tomar un papel activo en la conducción de la guerra. Algunos soldados profesionales pidieron ayuda a sus aliados políticos para que los protegieran de los intentos del gobierno de hacerse cargo de la dirección militar. Estas disputas, por cierto, prolongaron la guerra.

La sociedad militar y la sociedad civil a menudo se enfrentaron durante la guerra. Los oficiales resentían la libertad de la prensa, particularmente cuando se la usaba para describir su conducta en un lenguaje poco halagador. En San Felipe, por ejemplo, algunos subalternos resentidos destruyeron la oficina de un periódico como venganza por un editorial crítico. Un incidente más extraordinario ocurrió en 1882, cuando el almirante Patricio Lynch, entonces gobernador militar de Lima, afirmó que él estaba por encima de la ley y redujo arbitrariamente los derechos civiles de un coronel chileno. La Corte suprema de Chile lo invalidó.

La guerra del Pacífico obligó al Ejército a entrar en las vidas de los civiles. Cuando los reclutamientos voluntarios fueron disminuyendo gradualmente, las fuerzas armadas tuvieron que recurrir a patrullas de reclutamiento. Los funcionarios públicos toleraban (e incluso en algunos casos fomentaban) tales actividades ilegales siempre y cuando los

reclutadores se limitaran a acosar a los borrachos del pueblo, a los delincuentes menores o a los vagabundos. A la larga, sin embargo, los militares comenzaron a capturar a campesinos, artesanos y mineros respetables. «Es una curiosa ilustración de la igualdad democrática y la libertad republicana», señaló un periodista, «obligar a Juan, que no tiene un centavo, a pelear en defensa de la propiedad de Pedro, mientras este último se niega a alzar el brazo, porque no es tan pobre como su compatriota».¹¹ La población masculina del país vivía con el temor a los reclutadores: en un caso, su aparición hizo que un grupo de inquilinos se lanzara a un río para evitar la captura. Quienes no tenían que servir aplaudían el reclutamiento a la fuerza. De hecho, un diputado particularmente patriota ofreció enviar a todos sus inquilinos a la guerra. Ocasionalmente, los hacendados se oponían, pero no porque no estuvieran de acuerdo con la conscripción, sino simplemente porque no querían ver disminuidas sus reservas de mano de obra. En otra ocasión, algunos terratenientes locales decidieron entre ellos quién debería quedarse y quién debería servir; el periódico local los felicitó por su buen criterio.

Una vez conscripto, un soldado debía aceptar una dura disciplina y soportar condiciones de vida miserables. Los oficiales y los suboficiales repartían más golpes que comida. Las raciones eran míseras: sequetes, charqui, cebollas. El sistema de suministros de los militares pronto no dio abasto, obligando a los soldados a complementar las raciones con alimentos comprados con su propio dinero. La paga de los soldados no sólo era baja, sino que los hombres a menudo no recibían su dinero porque el departamento de pagos funcionaba, en el mejor de los casos, irregularmente. La vida en las guarniciones ofrecía sólo un poco más de comodidad que en el campo: aisladas en pueblos de provincia, las tropas eran presa fácil de los codiciosos almaceneros.

El soldado chileno sufría casi tanto a manos de su propio gobierno como a manos del enemigo. Dado que el ejército había eliminado hacía tiempo su cuerpo médico, los militares no podían cuidar a los heridos o a los enfermos. Si bien los civiles podían satisfacer la necesidad de cirujanos y equipos, no podían compensar la falta de previsión de los militares. El general Escala no se preocupó de llevar ambulancias cuando atacó Pisagua. En Perú, los heridos solían ser enviados de vuelta a Chile, a veces en el puente de los cargueros. Como resultado, muchos soldados llegaron a casa muertos o con heridas gangrenadas. Hasta que las protestas obligaron a cambiar esta situación, los funcionarios del gobierno insistían en que los heridos de guerra pagaran por su propia atención médica; los militares también dejaban de pagarle al soldado su salario y sus asignaciones familiares mientras estuviera hospitalizado. Los muertos en servicio recibían aproximadamente la misma veneración con que se trataba a los leprosos medievales, algunos eran arrojados desnudos en las tumbas con una prisa indecente.

¹¹ *The Chilean Times*, Valparaíso, 5 de abril de 1879.

A los lisiados y a las familias de quienes morían en la guerra no les iba mucho mejor. Los herederos de los oficiales recibían alguna protección, pero sólo en 1879 el gobierno hizo una provisión de fondos para pagar pensiones a las familias de los hombres reclutados. Su gratitud fue claramente mezquina. La madre de un soldado raso muerto en la batalla, por ejemplo, recibía tres pesos al mes. Aún peor, las leyes de pensiones excluían a los herederos de los soldados que hubieran muerto por causas naturales o accidentes. Dado que sucumbían más soldados por los bacilos que por las balas, difícilmente se podía culpar al Congreso por despilfarrar el dinero de los contribuyentes. No hay que sorprenderse entonces si muchos de quienes hacían el servicio militar despreciaban con sorna su retribución apodándose el «pago de Chile».

LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD DURANTE LA GUERRA

La guerra del Pacífico fue la experiencia nacional más significativa para Chile desde la Independencia. ¿Cuáles fueron sus efectos en la economía y en la sociedad del país? Su impacto en la agricultura, en la minería y en la industria manufacturera obviamente variaron según los casos. En el campo, los hacendados criticaban «una escasez de brazos», pero lo venían haciendo desde mucho antes de 1879. Incluso si la guerra efectivamente hubiera sacado a los hombres de los campos, no podemos afirmar que esto haya afectado negativamente la producción. Las cosechas de 1880 fueron generosas. La producción disminuyó en 1881 y en 1883 —tras la caída de Lima y el comienzo de la desmovilización—. Por ende, la ausencia de los trabajadores rurales que se encontraban en el Ejército no causó serios daños en la agricultura. Algunos hacendados aparentemente compraron o arrendaron maquinaria agrícola; otros contrataron mujeres o usaron prisioneros de guerra. Los cambios que se produjeron en el campo durante esos años parecen haber tenido poco que ver con la guerra. En septiembre de 1880, el Congreso finalmente abolió el Estanco, que indudablemente estimulaba la producción interna de tabaco. Lo anterior parece haber producido cierta diversificación de los cultivos. Ninguna de estas cosas alteró profundamente los métodos de trabajo tradicionales o el lugar que los hacendados ocupaban en el campo.

Las exportaciones de cobre disminuyeron durante la guerra, pero, una vez más, es difícil atribuirlo a la misma. Sin duda, los mineros fueron arrastrados al Ejército, pero las causas reales de la caída de la minería del cobre se debieron no tanto a la escasez de mano de obra como a factores «estructurales»: incapacidad para usar tecnología punta; la pobre calidad del mineral metalífero restante; la continua bajada en picado de los precios mundiales; la competencia extranjera. Sólo las minas más eficientes prosperaron. De hecho, alrededor de 1884, la Sociedad de Minería se preguntaba abiertamente si las minas de

cobre chilenas sobrevivirían. La producción de plata también bajó en 1879 y 1880, afectada por una disminución en la demanda internacional y por la competencia extranjera, aunque volvió a aumentar a comienzos de la década de 1880, cuando se produjo una discreta racha de nuevas inversiones en el Norte Chico.

Aunque muchas de las pequeñas plantas manufactureras chilenas habían sufrido con la depresión de la década de 1870, algunas lograron sobrevivir. Sólo unas pocas (la fundición de Carlos Klein en Rancagua, por ejemplo) pudieron brindar su apoyo logístico al Ejército y a la Marina. El país importaba la mayor parte de sus armamentos y municiones del extranjero y, si bien las plantas textiles y las confeccionadoras de zapatos se dedicaron a hacer uniformes y botas, nunca fueron capaces de equipar a todo el Ejército y la Marina. En un comienzo, la guerra afectó negativamente a la industria, produciéndose el cierre de varias plantas en 1879, en la medida en que los trabajadores se alistaban en el Ejército. Después de 1881, sin embargo, la cantidad de plantas volvió a aumentar, así como los tipos de productos: alimentos, zapatos, golosinas, jabón, sacos, ropa.

Este repunte de la producción industrial puede atribuirse más bien a factores generales que a la guerra. Las ciudades chilenas, por ejemplo, se desarrollaron radicalmente entre 1875 y 1885 —la población de Santiago aumentó aproximadamente en un 50% (a 190.000 personas)—. Antofagasta, Iquique, Valparaíso y Concepción-Talcahuano, todas crecieron. No sólo se produjo un auge en la construcción, sino que varias municipalidades emprendieron la realización de mejoras. Mientras tanto, el propio gobierno se embarcó en un programa de construcción de carreteras y ferrocarriles. Todos estos proyectos estimularon la economía. Las provincias del norte recién anexionadas también abrieron un nuevo mercado para los productos del Valle Central. Un último factor fue la protección arancelaria establecida por el gobierno. Además de imponer impuestos aduaneros más altos, las autoridades exigieron su pago en metálico. El papel moneda sólo era aceptable si el importador pagaba la diferencia de valor entre el papel peso y el peso fuerte. La diferencia misma fluctuaba, pero en algunos meses el recargo equivalía al 40%. Esto, sumado a los impuestos de importación habituales, significaba a veces un impuesto efectivo del 75% sobre los artículos importados.

El reclutamiento parece haber afectado mucho más a la vida social de Chile que a su economía. La ausencia de hombres jóvenes que persiguieran ardientemente a las muchachas en el tradicional paseo de la tarde dio a los observadores la impresión de que las pequeñas ciudades se habían convertido en desiertos sociales. A juzgar por la tasa de nacimientos, sin embargo, aún quedaban suficientes jóvenes. Hubo quienes dieron la bienvenida a la guerra, pues el reclutamiento forzado de la población criminal terminó con la ola delictiva de finales de la década de 1870. Inversamente, el tratado de paz y la desmilitarización trajeron un renovado aumento del crimen.

La lucha contra Bolivia y Perú no fue en ningún sentido una guerra total. El recluta-

miento no afectó a la «gente decente». No hubo racionamientos. Los pobres sufrieron durante la guerra porque eran pobres, no porque no hubiera nada que comprar. Los esquemas sociales se mantuvieron más o menos intactos. Tal como las aves migratorias, los más acomodados aún partían en grandes bandadas a la costa o a las montañas para pasar allí el verano; y mantenían la rutina social en Santiago en el invierno. Durante los años de la guerra, las temporadas de la ópera fueron algo insípidas, pero la cantidad de bailes de máscaras y de fiestas no decayó. Las clases más bajas, mientras tanto, continuaron divirtiéndose en las chinganas o en las peleas de gallos, en los azotamientos, en las ejecuciones y en las fiestas religiosas. Las victorias militares también aliviaban la monotonía: orgullosos ciudadanos hacían estallar tanta pólvora para celebrar los triunfos de Chile como los soldados para lograrlos. Los habitantes de las ciudades probablemente sufrieron más inconvenientes que los de las zonas rurales. Tras la guerra, sin embargo, muchos inquilinos aparentemente se negaron a volver a las haciendas, cambiando la tiranía del terrateniente por una existencia precaria en la ciudad. Producto de la crisis de la «invertibilidad» de 1878, el país literalmente se quedó sin circulante en los primeros meses de la guerra. Hasta que el gobierno comenzó a imprimir papel y a acuñar monedas, los ciudadanos no contaban con los medios para comprar alimentos. Los ricos, por supuesto, podían conseguir crédito; los menos acudados a menudo tenían que dejar en el almacén todo el dinero en efectivo que tenían y salir de allí. Algunas tiendas y compañías imprimían fichas de cartón o metal para pagar a sus trabajadores. Algunos almaceneros inescrupulosos usaban el sistema para engañar a los pobres imponiendo descuentos a las fichas emitidas por sus competidores.

Los precios de los alimentos aumentaron durante la guerra. En 1881, el precio de la harina había subido en un 14%; el del azúcar, en un 20%; y el del café, el té y la ropa, en un 75%. El precio de la carne (incluido el charqui), el queso y el sebo aumentó en un 50%. Esta ola inflacionaria puede atribuirse al aumento del volumen de circulante, a las demandas del Ejército y también a las malas condiciones climáticas.

La vida urbana no sólo era más cara que antes, sino también más desagradable. A finales de la década de 1870, la expansión de Santiago y otras ciudades había traído consigo el deterioro de la salud pública, especialmente por el aumento de los conventillos —«cuchitriles desprovistos de cualquier comodidad [...] donde las leyes de la salud y la decencia eran completamente ignoradas», según un periódico de habla inglesa de 1876¹²—, año que fue testigo de otra mortal epidemia de viruela. En 1881, se produjo otro brote que causó consternación. Estas epidemias ponían en jaque las instalaciones médicas del país. El gobierno lanzó programas de vacunación desde 1876, pero éstos encontraron a veces resistencias políticas. «Los estragos de la viruela no son nada», afirmó un diputado,

¹² *The Chilean Times*, Valparaíso, 29 de enero de 1876.

«en comparación de los que produce esa otra plaga que se designa con el nombre de autoritarismo»¹³. Los mismos políticos se opusieron también a los esfuerzos del gobierno por regular la prostitución, sobre la base de que se restringía así la libertad de comercio.

LA GUERRA Y LA POLÍTICA FISCAL

La guerra del Pacífico alteró sustancialmente el sistema fiscal del país. Tal como hemos visto, los gobiernos del siglo *xx* contaban con los aranceles aduaneros, especialmente con los impuestos a la importación, para financiar sus actividades. Los ingresos restantes provenían del Estanco, la Alcabala, las Patentes y el Agrícola, impuesto a la propiedad de tierras instaurado en la década de 1830. Dado que estos gravámenes no lograban financiar al gobierno en tiempos de paz, es poco probable que pudieran financiar el esfuerzo que significaba la guerra. La Moneda obviamente tuvo que encontrar nuevas fuentes de ingresos. En mayo de 1879, desesperado, el Congreso aprobó la *Mobiliaria*, impuesto a la renta que había rechazado el año anterior. Este nuevo impuesto, sin embargo, no podía sufragar el costo de la guerra. El gobierno ofreció a los bancos concesiones tributarias a cambio de un préstamo de 6 millones de pesos. Los bancos, obviamente, no tenían para prestar sino los billetes impresos privadamente, que habían precipitado la «inconvertibilidad». Con las reservas en metálico del gobierno prácticamente agotadas, Pinto autorizó la impresión de papel moneda, que la gente no tenía otra opción que aceptar.

Aunque las generaciones posteriores deploraron esta acción, en su época, las reacciones fueron menos condenatorias. Muchos vieron el papel moneda como una forma de liberar al país de las manos de los codiciosos banqueros. Algunos legisladores, sin embargo, exigieron cautela. El radical, Enrique MacIver, asimiló el papel moneda al mercutio que se usaba para curar la sífilis: en pequeña cantidad podía ser saludable, pero demasiada podía matar al paciente.

Incluso el gobierno reconoció que no podía emitir billetes indefinidamente sin encontrar alguna manera de compensarlos. La salvación estaba a mano: la conquista del litoral boliviano y Tarapacá había dado a Chile el monopolio de la producción mundial de salitre. Una de las primeras acciones del comandante chileno a cargo de la ocupación de Tarapacá fue obligar a reabrir las oficinas salitreras y a que produjeran nuevamente; y produjeron: en 1883, más de 7.000 hombres trabajaban en las salitreras (comparados con los 2.000 de 1880). Las exportaciones se duplicaron (llegando a 589.000 toneladas) en el mismo período de tres años. Así, parecía probable que el nuevo impuesto a las exportaciones establecido en septiembre de 1879 (1,60 dólares por quintal) garantizara un copioso flujo de ingresos.

¹³ *Cámara de Diputados*, 18 de julio de 1882, pág. 271.

Aunque La Moneda pudiera gravar las salitreras, éstas no eran suyas. Las empresas del salitre de Tarapacá pertenecían al gobierno peruano, que las había nacionalizado en 1875. A cambio de los títulos de propiedad, las autoridades peruanas habían emitido escrituras fideicomisarias que devengaban intereses o «certificados». El gobierno chileno tenía dos alternativas: podía asumir la responsabilidad de la deuda del salitre peruano (alrededor de 4 millones de libras esterlinas)¹⁴ y convertirse así en propietario de las salitreras o bien podía negarse a liquidar la deuda peruana y reconocer a los dueños de certificados como legítimos propietarios de las empresas. La cuestión fue estudiada por dos comités legislativos en 1880-1881. Ambos rechazaron la idea de la propiedad estatal. En junio de 1881, el Congreso otorgó el título a cualquiera que pudiera demostrar la propiedad del 75% de cada certificado. Al año siguiente, el gobierno remató las salitreras que no habían sido reclamadas por sus nuevos dueños. Estas medidas permitieron a los empresarios controlar lo que entonces se había convertido en la principal fuente de ingresos para el Estado chileno. Los extranjeros (especialmente los ingleses), al igual que los chilenos, aprovecharon la oportunidad con alacridad. Entre ellos cabe destacar a John Thomas North, el «rey del salitre», nacido en Yorkshire, cuyos espectaculares haberes personales en Tarapacá pronto causarían preocupación en Chile.

Aunque las decisiones de 1881 fueron muy criticadas después, parecen haber sido lo suficientemente apropiadas en su momento. La opinión pública no consideraba desde un punto de vista ideológico que el gobierno fuera dueño de los medios de producción. Además, el elevado costo de los certificados del salitre también detuvo a quienes podrían haber estado de acuerdo con la propiedad estatal. Por otra parte, el retorno de la propiedad a manos privadas liberó a La Moneda de una carga fiscal y burocrática inmensa, mientras que la creación de un impuesto de exportación al salitre prometía cierta bonanza fiscal. Tal como señaló el presidente Santa María, primer gran beneficiario de la nueva política: «dejen que trabajen libremente los gringos en el salitre; yo los espero en la puerta»¹⁵.

LA POLÍTICA Y LA GUERRA

Se suele señalar un contraste entre la continuidad institucional de Chile durante la guerra y los trastornos políticos que ocurrieron tanto en Bolivia como en Perú. Es indudable, sin embargo, que el sistema político chileno tuvo que soportar con un gran esfuerzo la depresión de la década de 1870 y el aumento de la agresividad parlamentaria. Como ya se

¹⁴ Perú había obtenido préstamos gracias al respaldo de sus posesiones salitreras en Tarapacá y sus alrededores extranjeros presionaban por un acuerdo.

¹⁵ Arturo Alessandri, *Revolución de 1891*, 1950, pág. 204.

señaló, la discusión sobre los límites con Argentina provocó manifestaciones callejeras antibuquemamentales en 1878, que amenazaron con volver a producirse en 1879. El episodio más peligroso ocurrió tras la captura del *Rímac*, cuando se emplearon tropas para reprimir a los manifestantes. Si Chile hubiera sufrido otro serio revés militar poco después, Pinto podría haber corrido la misma suerte que sus colegas boliviano y peruano, Daza y Prado.

El estallido de las hostilidades no acabó con las rencillas partidarias. En vez de declarar una tregua política para servir los intereses de la guerra, la Cámara de Diputados se pasó los primeros y cruciales meses de 1879 discutiendo sobre las elecciones parlamentarias. El Partido Conservador introdujo constantemente votos de censura con la esperanza de hacer caer (y levantar) gabinetes. Tales luchas intestinas en el poder legislativo se repitieron durante la guerra. En 1881, un grupo de diputados trató de cortar los fondos para ésta, como una forma de presionar a Pinto para que reorganizara su gabinete. El futuro defensor del privilegio ejecutivo, José Manuel Balmaceda, introdujo una moción (septiembre de 1880) para censurar a los ministros de Pinto sobre la base de su desacuerdo con la política de guerra y expresó también la inusual opinión de que los miembros del gabinete debían reflejar la composición política del poder legislativo. La moción de Balmaceda fue un signo elocuente del creciente empuje «parlamentario» en la política chilena. El discreto Pinto no tenía el tipo de personalidad que le pudiera permitir controlar a sus críticos legisladores.

A medida que el mandato de Pinto llegaba a su fin, el Partido Conservador creyó que podía volver a ganar La Moneda para sí. Con la esperanza de capitalizar su reputación militar, los conservadores designaron a Manuel Baquedano candidato presidencial. Baquedano admitió con orgullo que virtualmente no sabía nada sobre las instituciones civiles y legales de Chile. Afirmó ser absolutamente apolítico —de visión olímpica, por encima de una multitud enloquecida—. No obstante, Manuel Baquedano no era Manuel Bulnes. Y era 1881, no 1841. Los políticos, cuya participación en la guerra había hecho posible la victoria en términos reales, no estaban dispuestos a renunciar al poder para dejarlo en manos de los tricornios.

Domingo Santa María, ministro del Interior de Pinto en 1879-1880, no buscaba la presidencia, pero la candidatura de Baquedano lo convenció de hacer lo contrario. Santa María, a quien le disgustaba el «candidato de la espada», concentró su ataque en la inexperience política del general. Quienes recordaban los sangrientos triunfos de Tacna y Lima argumentaron que un oficial que había derrochado las vidas de los jóvenes de la nación no merecía la presidencia. Su inexperience política, afirmaban quienes lo criticaban, podía llevarlo a asumir poderes dictatoriales o a fiarse en forma demasiado contundente en el consejo de los conservadores. Sin ninguna restricción impuesta por las buenas maneras o leyes antidifamatorias serias, la prensa atacó personalmente a Baquedano.

Consciente de que iba a perder y enojado por el vulgar abuso de la prensa, el general se rindió ante la lucha desigual y renunció. La elección de Santa María, por ende, fue una conclusión prevista y éste asumió el mando en septiembre de 1881.

La guerra del Pacífico puso a prueba a Chile. El intenso partidismo político del Congreso protegió a los oficiales incompetentes; sus estériles debates sobre las malas prácticas electorales y sus frívolas mociones de censura consumieron el tiempo de los ministros —tiempo que habrían podido aprovechar para proseguir la guerra en forma más expedita—. Sin embargo, a pesar de todas las presiones, el sistema político aún funcionaba. Las elecciones, aunque estuvieran arregladas, se llevaron a cabo según lo programado. La Moneda no silenció las críticas de la prensa o del Congreso. Se seguía disfrutando y abusando de la libertad de expresión y de reunión. Éstos eran logros valiosos y demostraban, asimismo, cuánto había cambiado el país desde la primera guerra contra la Confederación peruano-boliviana. Y resultaba evidente que había cambiado sustancialmente también en otras áreas. El sentido de superioridad chileno, ya bien desarrollado, se vio aumentado por la victoria. Un nuevo conjunto de héroes ocupó su lugar en el panteón nacional¹⁶. No obstante, lo más importante de todo fue que la guerra le había dado al país un nuevo territorio cuyas ricas reservas de salitre prometían una fuente constante y abundante de ingresos. El futuro parecía aún más brillante.

¹⁶ Sin embargo, pocos héroes de guerra, con la importante excepción de Arturo Prat y las víctimas de La Concepción, parecen haberse alojado de manera tan permanente en la imaginación chilena como los héroes de las guerras de Independencia.

Tercera parte

La era del salitre

Tras la victoria en la guerra del Pacífico, se produjo en Chile, gracias a la guerra civil de 1891, el triunfo de las ideas «parlamentarias» sobre el presidencialismo. La política de las tres décadas siguientes se apoyó en un nuevo período de crecimiento basado en las exportaciones, gracias al enorme volumen que alcanzó el comercio de salitre, acompañado de una inevitable diversificación social, cuyos principales síntomas fueron el surgimiento de la clase media (si bien todavía pequeña) y un movimiento obrero militante. La llamada República parlamentaria no logró solucionar los nuevos dilemas sociales del período. El fracaso marcó también la primera presidencia, que luego sería reformadora, del carismático Arturo Alessandri. Entre 1924 y 1932, el país debió sufrir la intervención militar y el régimen autoritario, lo que produjo una leve disminución en el predominio oligárquico dentro de la política. En la década de 1930, Alessandri rescató la tradición chilena de la continuidad institucional, pero en un paisaje político diferente. El desarrollo impulsado por las exportaciones, mientras tanto, se vio frenado por el auge del salitre sintético tras la Primera Guerra Mundial y por la Depresión de 1929, que llevó a una mayor intervención estatal en la economía.

GOBIERNOS

1881–1886:	Domingo Santa María	1920–[1925]:	Arturo Alessandri
1886–1891:	José Manuel Balmaceda	1924–1925:	Juntas Militares
1891:	Junta	1925–1927:	Emiliano Figueroa Larraín
1891–1896:	Almirante Jorge Montt	1927–1931:	General Carlos Ibáñez
1896–1901:	Federico Errázuriz*	1931–1932:	Juan Esteban Montero
1901–1906:	Germán Riesco	1932:	Gobiernos breves (República socialista)
1906–1910:	Pedro Montt**		
1910–1915:	Ramón Barros Luco	1932–1938:	Arturo Alessandri

* hijo del presidente de 1871–1876.

** hijo del presidente de 1851–1861.

El periodo parlamentario, 1882-1920

Chile [...] está corrompido hasta sus cimientos por el veneno del salitre. El salitre ha sido para Chile como el famoso vino de los Borgias: entre los granos del fértil salitre se esconde el veneno que enloquece, corroe y mata [...].

El Diario, Buenos Aires, citado en *El Mercurio*,
29 de diciembre de 1907

¿Son [...] homogéneos los elementos que forman la Alianza?

Ramón Barros Luco, 1918

SANTA MARÍA Y BALMACEDA

Además de negociar el fin de la guerra del Pacífico, el presidente Santa María también tuvo que lidiar con un poder legislativo cada vez más hostil. En esa época, los miembros del Congreso estaban sumamente entusiasmados con las ideas «parlamentarias»: disminución del poder ejecutivo, control parlamentario de los ministerios y elecciones libres. Santa María deseaba obtener el poder presidencial y esto sólo podía lograrlo a través de una burda intervención electoral, la cual ya había sido muy evidente en la votación de 1882, marcada por la violencia y el soborno: «por cada votante independiente», afirmaba el periódico *La Época*, «hay dos o más que venden su voto»¹. Otra posibilidad era darle a sus reacios partidarios liberales un útil enemigo externo. El presidente mismo era contrario a lo que llamó «prejuicios medievales» e intentó reducir el papel de la Iglesia, todavía poderosa en la vida chilena. El programa de su presidencia quedó sellado con el estallido de un conflicto con el Papado mismo. A la muerte del arzobispo Valdivieso en 1878, el gobierno de Pinto propuso que fuera reemplazado por el sacerdote liberal Francisco de Paula Taforó. Cuando, en 1882, un delegado apostólico (monseñor Celestino del Frate) aconsejó al Papa León XIII que rechazara a Taforó, Santa María envió su documentación de vuelta al delegado y con ello se suspendieron las relaciones entre Chile y la Santa Sede.

¹ *La Época*, 19 de abril de 1882.

La reacción entre los católicos chilenos fue feroz, al igual que en el interior del Partido Conservador.

Santa María y la mayoría parlamentaria le quitaron entonces a la Iglesia el monopolio de los matrimonios y el registro de los nacimientos, los matrimonios y las muertes. Estas dos proposiciones se convirtieron en leyes en enero y julio de 1884, respectivamente. Por su parte, la Ley que secularizó todos los cementerios públicos (agosto de 1883) resultó mucho más polémica. La Iglesia, que previamente había extendido su bendición a tales cementerios, ahora los execró. Las escenas a menudo macabras y grotescas que resultaron de ello (los católicos a veces sacaban en secreto los cadáveres para enterrarlos ilegalmente en las iglesias, mientras ataúdes llenos de piedras eran enterrados en los cementerios) fueron recordadas en Chile durante mucho tiempo. Durante esos años estalló una suerte de «guerra religiosa». Existe una historia posiblemente apócrifa de una señora de sociedad que le dijo a Santa María que no seguiría rezando el rosario porque hacerlo significaba repetir su nombre —el de Santa María—. Tomando en cuenta la atmósfera que prevalecía en la época, la historia parece bastante creíble.

Ni siquiera la cruzada anticlerical podía pacificar un Congreso cada vez más militante. Las elecciones de 1885 fueron manipuladas una vez más con mucha violencia. Las relaciones entre el ejecutivo y la oposición parlamentaria fueron de las más amargas del siglo. Santa María estaba decidido a asegurar la sucesión presidencial para su leal ministro del Interior, José Manuel Balmaceda, y la elección de junio de 1886, como informó el embajador británico, vio «gran desorden y no pocas pérdidas en vidas por el uso libre que se le dio a revólveres, cuchillos y piedras. En una mesa (de votación), seis personas fueron asesinadas; y treinta, heridas»². Una fuerza destructora había sido desatada y no podía ser detenida. El candidato de la oposición José Francisco Vergara se retiró de la competencia. El 18 de septiembre de 1886, Balmaceda tomó el mando como presidente.

Nadie podría haber estado mejor preparado. Balmaceda era un oligarca entre oligarcas. Su personalidad dirigente, sus dotes retóricas y sus grandes capacidades no fueron discutidas por sus oponentes. Además, el nuevo presidente restableció inmediatamente las relaciones con el Vaticano (y ocupó el cargo vacante de arzobispo con el estimado Mariano Casanova), lo cual apaciguó considerablemente la «guerra de religión». Los augurios parecían prometer una Presidencia notable.

El objetivo de Balmaceda, como lo anunció desde un comienzo, era reunir a «la familia liberal», como la llamó, y convertir en realidad su propia y creativa imagen de una mejora nacional. Fue esto lo que convirtió a Balmaceda en una fuente de inspiración para las futuras generaciones. Había concebido la idea de invertir la nueva riqueza del salitre en

² Ministro Fraser a Lord Rosebery, 19 de junio de 1886. Public Record Office, Londres: FO 162/2, n.º 47. Diplomático.

obras públicas a gran escala, en mejoras educativas y en la modernización militar y naval. En 1887, se creó un nuevo Ministerio de Obras Públicas; el cual, en 1890, absorbió más de un tercio del presupuesto de la nación. Nuevas escuelas, nuevos edificios de gobierno, la primera sección del ferrocarril transandino, el dique seco de Talcahuano, la canalización del río Mapocho, el largo puente sobre el río Biobío, el viaducto del Malleco: Balmaceda dejaría una huella innegable en Chile. El programa de obras públicas, no obstante, también conllevaba peligros políticos. Con el enorme aumento del patronazgo presidencial, creció el temor de un predominio del ejecutivo, al tiempo que iniciaba una confusa lucha por obtener trabajos y contratos, algo que se veía exacerbado por las pugnas políticas del momento.

En este sentido, la elevada concepción que Balmaceda tenía del papel presidencial se fue encontrando con la creciente determinación de los partidos de someter tanto al gabinete como a la Presidencia. Balmaceda comenzó con dos ministerios liberal-nacionalistas (la fórmula de Santa María) e integró a algunos liberales disidentes en un tercer ministerio, pero su limitada intervención en las elecciones de marzo de 1888 pronto destruyó esta prometedora coalición. El cuarto gabinete (abril de 1888) estaba formado sólo por liberales «del gobierno», lo que le granjeó la hostilidad del ahora excluido Partido Nacional, que, al ampliar sus bases (noviembre de 1888), trajo algunos meses de estabilidad. Sin embargo, a estas alturas, la oposición parlamentaria se había vuelto muy suspicaz con respecto a Enrique Salvador Sanfuentes (ministro de Hacienda y Obras Públicas en 1888-1889), a quien Balmaceda había elegido como heredero de la Presidencia. Atrapado por sus propios programas de progreso visionarios, Balmaceda pareció poco inclinado a politiquear a la manera de un Errázuriz o un Santa María.

En parte para fortalecer su posición en la nación en general, el presidente había comenzado a visitar las provincias. En marzo viajó a la zona del salitre. En Iquique (7 de marzo), hizo un largo discurso sobre el futuro de la industria salitrera. Aludió a los peligros de un monopolio extranjero (mientras denunciaba los monopolios en general), conminó a los capitalistas chilenos a que se hicieran cargo del desafío y expresó sus esperanzas de que, algún día, todos los ferrocarriles chilenos fueran propiedad del Estado. Balmaceda, de hecho, estaba muy preocupado por la forma en que los amplios intereses que John Thomas North (el inglés «rey del salitre») tenía en Tarapacá estaban comenzando a convertirse en algo cercano a un Estado dentro de otro Estado. El gobierno buscaba socavar el monopolio del transporte que gozaba la *Nitrate Railways Company* de North en dicha provincia. Finalmente, esto se logró, pero después del periodo de Balmaceda.

Estas excursiones a las provincias tuvieron pocas consecuencias en los políticos de Santiago. A mediados de 1889, Balmaceda había perdido la mayoría en el Senado. Una combinación de dos grupos de liberales de la oposición con los nacionales y los radicales («el cuadrilátero») amenazaba ahora con quitarle también la Cámara de Diputados, pero

rápida los tentó con un nuevo gabinete, el octavo de Balmaceda. Éste duró apenas dos semanas (octubre-noviembre de 1889). Desde entonces y gracias a la ayuda de otra defección en las filas de los liberales del gobierno, la oposición contó con la mayoría en ambas cámaras del Congreso. A esas alturas, prácticamente toda la popularidad inicial de Balmaceda había desaparecido. La oposición contaba con el apoyo avasallador de la clase política como un todo y, durante 1890, la sensación de crisis inminente se hizo cada vez más fuerte.

A comienzos de 1890, el presidente intentó acercarse a los conservadores, sin éxito. Su próxima jugada fue sacar a Sanfuentes de la candidatura presidencial poniéndolo en el cargo de ministro del Interior (30 de mayo). Esto no apaciguó a la oposición: cuando el Congreso se reunió en junio, censuró al nuevo ministro y votó por atrasar la aprobación de la nueva Ley de contribuciones «periódica». Ningún impuesto podía ser cobrado, ni se podía pagar a funcionario público alguno.

Por si esto fuera poco, el presidente también debió enfrentarse a la primera ola de huelgas seria en la historia chilena, que paralizó el puerto de Iquique y se extendió por la pampa salitrera hasta Valparaíso, Concepción y las minas de carbón en Lota. En la pampa salitrera, varias pulperías fueron saqueadas; en Valparaíso, estallaron desórdenes callejeros. En aquellos lugares donde la fuerza laboral sublevada no pudo ser contenida a través del fraude, fue reprimida por los soldados y la policía. La refriega más sangrienta tuvo lugar en Valparaíso, donde al menos cincuenta personas fueron muertas. La alarma que se extendió a la clase alta de toda la nación, no se tradujo, sin embargo, en apoyo a Balmaceda.

El arzobispo Casanova ofreció entonces su mediación y, por poco tiempo, pareció que el acuerdo resultante podría mantenerse: el Congreso aprobó la Ley de contribuciones y, el 7 de agosto, Balmaceda nombró un nuevo gabinete y le dio libertad de acción. Éste duró ocho semanas. Balmaceda nombró su decimotercer (y último) gabinete, que incluyó al afable Claudio Vicuña (como ministro del Interior) y al completamente poco afable Domingo Godoy. Con el ministerio Vicuña-Godoy, la atmósfera se volvió bastante más tensa y amenazadora. Tanto Balmaceda como la oposición temían que la situación se resolviera de manera violenta (la dictadura, un golpe de Estado, la rebelión armada) e hicieron planes de acuerdo a ello. Balmaceda, por su parte, estaba obcecadamente determinado a mantener la tradición presidencial. El Congreso y los partidos (Nacional, Conservador y Radical, y los diversos grupos liberales opositores) estaban todos decididos por igual a hacer prevalecer sus ideas sobre un gobierno parlamentario y la libertad electoral.

En diciembre, Balmaceda viajó al sur para inaugurar las obras del dique seco de Talahuano. En Concepción, fue el blanco de una demostración extremadamente hostil. En las calles de Santiago, a su regreso, «estalló una tempestad formidable de pitazos

ensordecedores, seguida de un chivato infernal de insultos e injurias contra el presidente. Balmaceda palideció...»³. Sólo unos pocos días después, un ataque al Club Conservador en Santiago perpetrado por agentes municipales arrojó la primera muerte de un conflicto cuyas razones eran puramente políticas. El funeral de la joven víctima, Ignacio Ossa, fue otra enorme manifestación contra el gobierno.

Con toda la inexorabilidad de una tragedia griega, los hechos se desarrollaron rápidamente hacia su predecible fin. El Congreso se negó a aprobar el presupuesto para 1891. El primer día del nuevo año, Balmaceda emitió un manifiesto, donde rechazaba la presión del Congreso y anunciaba que, durante 1891, mantendría en vigencia las «leyes esenciales» aprobadas para 1890. Cuatro días después decretó que se renovaría el presupuesto del año anterior. La oposición, por su parte, había hecho sus propios planes. Un comité formado por todos los partidos ya había sondeado a la Marina. En los últimos días de diciembre, el conservador Abdón Cifuentes redactó el borrador de un Acta de deposición de Balmaceda. Entre otras cosas, se acusaba al presidente de alta traición y se asignaba al capitán naval Jorge Montt la tarea de ayudar al Congreso a restaurar la Constitución. El documento fue firmado en forma clandestina por diecinueve senadores y diecisiete diputados. El 7 de enero de 1891, la mayor parte de los buques de guerra de la Marina zarparon de la bahía de Valparaíso, transportando un pequeño número de líderes de la oposición, incluido el presidente de la Cámara de Diputados, Ramón Barros Luco, y Waldo Silva, vicepresidente del Senado.

Ni el decreto de Balmaceda ni el «Acta de deposición» del Congreso fueron en absoluto constitucionales. Como observó una vez Thomas Hobbes: «en materia de gobierno, cuando nada más resulta, los bastos son triunfos»⁴. Esto resultaría cierto una vez más.

LA GUERRA CIVIL DE 1891

En cierto sentido, se trató de una guerra extraña. La Marina estaba de parte del Congreso. El Ejército (que había recibido un aumento del 50% en su paga) permaneció leal a Balmaceda. Sin embargo, el Ejército difícilmente podía atacar a la Marina y la Marina podía hacerle poco daño al Ejército. A la larga, sin duda, los parlamentarios tenían mayores posibilidades; al igual que en las dos guerras de Chile con Perú y Bolivia, el control del mar

³ Arturo Alessandri, *Revolución de 1891*, 1950, pág. 73.

⁴ «A Dialogue between a Philosopher and a Student of the Common Laws of England», en *The English Works of Thomas Hobbes*, ed. por William Molesworth, vol. VI, Londres, 1840, pág. 122. Queremos expresar nuestro agradecimiento al profesor Paul Sigmund por indicarnos la fuente de esta observación.

les dio la ventaja final. La escuadra chilena era poderosa, con dos cruceros y varios navíos más pequeños, pero bien armados. A mediados de enero, el capitán Montt declaró el bloqueo de los puertos del salitre y de Valparaíso, y luego asoló la costa, apoderándose de hombres, armas y provisiones.

El primer éxito parlamentario importante ocurrió el 6 de febrero con la captura de Pisagua. Después, ese mismo mes, las tropas de Balmaceda se rindieron en Iquique. Finalmente, el 6 de marzo, una sangrienta batalla de cinco horas en Pozo Almonite ganó para los parlamentarios la zona del salitre, incluida Antofagasta, ocupada poco después. Con esta base asegurada, se improvisó rápidamente un gobierno bajo el mando de una Junta formada por el capitán Montt, Ramón Barros Luco y Waldo Silva. Contando con las ricas ganancias de la zona del salitre, ésta comenzó a procurarse armas en el extranjero. Balmaceda, por su parte, necesitaba urgentemente barcos. Los agentes parlamentarios en Francia le impidieron conseguir dos nuevos cruceros y, por otra parte, lograron mandar a Iquique armas para 10.000 hombres. Éstas llegaron en julio. Para entonces, la Junta había contratado los servicios del general Emil Körner, reclutado en 1885 en Alemania para modernizar al Ejército chileno. La pericia de Körner no tenía precio para el novato Ejército parlamentario.

Mientras tanto, el gobierno de Balmaceda aún controlaba la mayor parte de Chile. Libre de sus oponentes parlamentarios, Balmaceda podía reformular ahora el sistema político de acuerdo con sus propias ideas. En marzo de 1891, una «Convención liberal» designó a Claudio Vicuña candidato presidencial y, en abril, se eligió una Asamblea Constituyente, aunque sin oposición. Al comenzar la asamblea, el Presidente dio su propia versión de las causas de la guerra, sin decir nada muy nuevo. El Congreso mismo debatió (a menudo con vigor) asuntos tales como la reforma constitucional, un plan para un banco estatal y otras medidas. Los debates habían adquirido un nuevo tono: mucha retórica para atacar los intereses extranjeros, a los banqueros y a la clase alta en general.

Este Congreso, no obstante, sí fue capaz de lograr una cosa: la renuncia del impopular Domingo Godoy, ministro del Interior de Balmaceda. Su persecución de la oposición había sido implacable: los periódicos opositores fueron cerrados, así como la Universidad (y el Club de la Unión); las haciendas de la oposición fueron atacadas; y los bancos, estrictamente controlados. En mayo, Godoy fue reemplazado por Julio Bañados Espinosa, hombre más idealista. La guerra, sin embargo, creó su propia lógica salvaje. Como la oposición trataba de cortar los cables del telégrafo y alterar el tráfico ferroviario, algunos sangrientos encuentros resultaron inevitables. La ejecución de entre veinte y treinta jóvenes, que apoyaban a los parlamentarios y se habían reunido en la hacienda Lo Cañas, cerca de Santiago (19 y 20 de agosto), fue el peor episodio.

Aun cuando a mediados de agosto, el embajador británico informó de que la guerra había sido notable por su «ausencia de acción, acompañada de una extraordinaria actividad

de la imaginación»⁵, la némesis se acercaba para Balmaceda. Tres días después de su partida, la Marina desembarcó a un poderoso Ejército congresista de 9.000 hombres al norte de Valparaíso. En dos batallas extremadamente sangrientas (Concón, 21 de agosto, y La Placilla, 28 de agosto), las tropas de Balmaceda fueron derrotadas. Al darse cuenta de que todo estaba perdido, Balmaceda transfirió su autoridad, o lo que quedaba de ella, al general Manuel Baquedano y se refugió en la Legación argentina, a una manzana de La Moneda. Baquedano fue incapaz de aplacar la violencia de la multitud en Santiago y las casas de los prominentes balmacedistas se vieron atacadas y saqueadas, quedando a merced de otros actos vandálicos. El 31 de agosto, el Ejército congresista entró en la ciudad y restableció el orden.

Balmaceda era un hombre demasiado orgulloso para rendirse o huir. Rechazó cualquier posibilidad de exilio. Durante las tres semanas que permaneció en la Legación argentina, escribió cartas de despedida —una de ellas a sus colaboradores Claudio Vicuña y Julio Bañados—. Ésta fue un «testamento político». En prosa lírica, defendió su causa y predijo su triunfo final. En la mañana del 19 de septiembre, al día siguiente de que expirara formalmente su periodo presidencial, se pegó un tiro en la cabeza.

Habiendo ganado la guerra, a un coste de al menos 6.000 vidas, los victoriosos parlamentarios tenían que restaurar la Constitución. En un sentido muy exacto y de acuerdo con las palabras del embajador alemán en Chile, el barón Gutschmidt, ellos eran «las clases que hasta ahora han gobernado el país»⁶. Y seguirían gobernando Chile durante otros treinta años.

LA REPÚBLICA PARLAMENTARIA: ASPECTOS ECONÓMICOS

El periodo entre la guerra civil de 1891 y la década de 1920 suele llamarse la República Parlamentaria. Nosotros no sugerimos un nombre alternativo; el periodo ciertamente posee una unidad básica, lo cual es particularmente cierto respecto de la economía. Analizaremos aquí algunas de sus tendencias principales, teniendo en cuenta que, a fines del periodo parlamentario, la economía chilena también se vio afectada por las ondas de choque desencadenadas por la Primera Guerra Mundial.

Agricultura, industria manufacturera, minería cuprífera

Los años posteriores a la guerra del Pacífico fueron años florecientes para la agricultura. El país desarrolló una economía de pastoreo, especialmente con el ganado ovino en el sur

⁵ Ministro Kennedy a Lord Salisbury, 17 de agosto de 1891. Public Record Office, Londres: FO 16/265.

⁶ Citado en Gonzalo Vial, *Historia de Chile 1891-1973*, vol. 2, 1982, pág. 7.

y, en particular, en el Extremo Sur.⁷ Los agricultores también crearon empresas que producían leche y sus subproductos para las ciudades en expansión. Algunas haciendas cultivaron alfalfa y heno, no sólo para alimentar a su propio ganado, sino también para los caballos utilizados en las ciudades. Progresivamente, asimismo, los fabricantes locales comenzaron a convertir las frutas en mermelada; el tabaco, en cigarrillos; los granos, en galletas, cerveza o fideos; y los cueros, en zapatos u otros artículos de cuero —para venderlos en las ciudades o en la zona salitrera—.

En otros aspectos, sin embargo, el ímpetu de la agricultura comenzó a trastabillar. La producción de cereales entró en una caída lenta pero cada vez mayor. Entre 1910 y 1920, las cosechas de trigo a veces no aumentaron sustancialmente en relación a las de la década anterior y sólo fueron levemente mayores que las de las dos décadas anteriores. Ocasionalmente, hubo cosechas excelentes, pero, salvo dos excepciones (en 1908 y 1909), las exportaciones de trigo y harina rara vez igualaron su volumen máximo del siglo anterior. Diversos problemas paralizaron a los agricultores que cultivaban cereales en Chile, incluido el inestable clima y el brote periódico de plagas en las plantas. El nuevo estilo agrícola desplazó a los agricultores de trigo de la zona norte del Valle Central, trasladándolos a las tierras menos fértiles del sur. Sin embargo, lo más serio fue la competencia de Australia, Canadá, Estados Unidos, Argentina y Rusia, que inundaron de trigo el mercado internacional. Ahora Chile sólo se aventuraba en sus mejores años en el mercado del Atlántico Norte. Al parecer, los años malos se sucedían con deprimente frecuencia y el país se vio obligado a importar alimentos.

En cierta forma, el problema de fondo de la agricultura era bastante evidente. En 1900, las haciendas todavía abarcaban el 75% de la tierra y producían alrededor del 66% de todos los productos agrícolas y la mayor parte de las mercancías destinadas a la exportación. En 1917, sólo un 0,46% de todas las propiedades concentraban más de la mitad de toda la tierra útil. Al otro extremo de este espectro, los minifundios también se multiplicaban —cerca del 60% de todas las propiedades ocupaban menos del 1,5% de toda la tierra—. Los pobres dividían la tierra en lotes cada vez más pequeños, mientras los ricos, ya fuera a través de la compra o el matrimonio, aumentaban sus posesiones: se podría afirmar plausiblemente que en 1919 «existía en Chile una mayor monopolización de la tierra agrícola que en cualquier otro país del mundo».⁸ Una vez que se adueñaron del mercado interno, los hacendados tenían pocos incentivos para producir.

⁷ Ya en 1877 se habían llevado ovejas desde las islas Malvinas al territorio del estrecho de Magallanes. Un sangriento motín de artilleros en noviembre de ese mismo año llevó a que se dejara de usar el asentamiento como colonia penal.

⁸ Moisés Poblere Troncoso, *El problema de la producción agrícola y la política agraria nacional, 1919*, citado en Thomas Wright, *Landowners and Reform in Chile*, Urbana, Ill., 1982, pág. 125.

Si bien la agricultura seguía idéntica a sí misma, la manufactura, no. La República parlamentaria suele ser presentada como una época de flagrantísimo consumismo pero, mientras las importaciones de bienes de consumo aumentaron en un 250% entre 1885 y 1910, las compras de maquinaria fabricada en el extranjero aumentó aún más (casi en un 300%) y las de materias primas foráneas creció más de diez veces. Estas cifras dejan en evidencia el hecho de que a la industria manufacturera le iba bastante bien. De hecho, entre 1880 y 1900, la producción industrial creció a una tasa anual del 2,1%, la cual aumentó a un 2,9% en la década siguiente. La industria manufacturera se expandió en parte para satisfacer la demanda de una creciente población urbana y de la zona del salitre. Sin embargo, tan importante como lo anterior fue la formación de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) por parte de industriales chilenos en 1883. Ésta promovía la participación chilena en exposiciones internacionales, auspiciaba los institutos de formación técnica y presionaba al gobierno para que erigiera barreras tributarias con el fin de impulsar a las industrias nacientes. El gobierno respondió. Una Ordenanza de Aduanas reformada (1897) impuso mayores aranceles sobre un rango más amplio de importaciones, a la vez que reducía los gravámenes en las materias primas y la maquinaria. Además, La Moneda estableció impuestos específicos en los artículos que competían con los productos nacionales, mientras que subsidiaba ciertas actividades (el cultivo de remolacha o la producción de ácido sulfúrico) consideradas beneficiosas para el país. En 1915, Chile contaba con 7 800 plantas (en su mayoría muy pequeñas) que empleaban alrededor de 80 000 trabajadores y satisfacían cerca del 80% de las necesidades de los consumidores internos. Esta expansión industrial, por supuesto, fue desigual: los industriales producían más de la mitad de los alimentos procesados del país, pero satisfacían menos de la mitad de la demanda de zapatos, bebidas, papel, productos químicos o textiles. Las fábricas, que cada vez cobraban más importancia, estaban produciendo ahora acero y bienes capitales, como vagones de tren y barcos.

La Primera Guerra Mundial tuvo un efecto fortalecedor en la industria manufacturera chilena, pues los fabricantes locales tenían poca competencia extranjera a la cual temerle, al menos mientras durara la guerra. Además, en 1916, el Congreso puso en vigor una nueva Ley tributaria que aumentaba los impuestos sobre las mercancías importadas de un 50% a un 80% y creaba otros impuestos más elevados sobre ciertos artículos específicos —un impuesto del 250% en la mermelada importada, por ejemplo—. La combinación de aranceles más altos, una competencia extranjera reducida y la inflación del peso (que aumentaba el costo de las importaciones) permitió que las industrias locales prosperaran. En 1918, la producción de las plantas que fabricaban artículos de consumo había aumentado en un 53%. La producción de bienes durables e intermedios aumentó en casi un 59%. Un visitante extranjero de alrededor de 1920 señaló con admiración la amplia variedad de productos chilenos: «artículos de metal, muebles, fruta seca y en lata; vinos, cer-

veza, aguas minerales, mantequilla y queso, manteca, velas, jabón, botas y zapatos, harina de trigo, avena Quaker, telas de lana tejida y algodón, cerámica, productos químicos, papel de estraza, botellas y otros utensilios de vidrio, azúcar y tabaco». El mismo visitante señaló también que los astilleros de Valdivia «construían embarcaciones de más de 3,000 toneladas».⁹

La minería del cobre corrió una suerte claramente irregular durante el período parlamentario. A mediados de la década de 1880, la mayoría de los yacimientos de cobre más ricos se habían agotado. Para explotar las vetas restantes de mineral de baja ley se habría requerido una nueva inversión sustancial. Los capitalistas chilenos prefirieron invertir su dinero en la nueva industria del salitre, en la que los dividendos eran mayores, y los riesgos menores. De esta manera, una década después del comienzo de la guerra del Pacífico, la producción de cobre bajó de 46.421.000 kg a 24.931.000 kg. En 1911, la participación de Chile en el mercado mundial había caído a menos del 4%.

La tabla de salvación apareció entonces donde menos se la esperaba. En 1904, el norteamericano William Braden introdujo en Chile el proceso de flotación —la tecnología que había permitido prosperar a la industria del cobre estadounidense—. Tras comprar El Teniente, cerca de Rancagua, Braden revolucionó la minería del cobre. En 1908, vendió la mina a la familia Guggenheim, que tres años después compró Chuquibambilla, en el desierto de Atacama —que llegó a ser posteriormente la mina a cielo abierto más grande del mundo—. Tras cinco años de trabajos (y 100 millones de dólares de inversión), Chuquibambilla comenzó a producir ganancias. Los Guggenheims transfirieron luego El Teniente y Chuquibambilla a la *Kennecott Copper Company*. Un año después (1916), otra corporación norteamericana, la *Anaconda Copper Company*, comenzó a abrir una tercera gran mina, en Potrerillos. Estas tres grandes minas de propiedad norteamericana, conocidas colectivamente como la «Gran Minería», triplicaron la producción de cobre chileno y su participación en el mercado mundial aumentó del 4,3 al 10%.

Las nuevas minas de cobre dependían de la tecnología moderna más que de la mano de obra. Los campamentos mineros que aún quedaban eran enclaves aislados, que existían en la periferia de la economía local. Aunque pagaban salarios y compraban comida, las compañías norteamericanas enviaban la mayor parte de sus ganancias al extranjero, ya fuera para pagar dividendos o para comprar nueva maquinaria —«las empresas extranjeras [...] no nos dejan sino el hoyo», señaló tristemente un periódico en 1920¹⁰—. La Primera Guerra Mundial aceleró el crecimiento de la nueva industria cuprífera. Entre 1914 y 1918, la producción casi se triplicó y las exportaciones aumentaron más del doble. En 1917, el cobre cubría casi el 19% de las exportaciones del país.

El evidente éxito de las compañías norteamericanas dio origen a reacciones encon-

tradas en Chile. Mientras algunos denunciaban la penetración norteamericana (el libro de Ricardo Latcham *Chuquibambilla, Estado yanqui*, 1926, constituye la expresión clásica de este punto de vista), otros desacreditaban estas quejas como «socialismo» o «boxerismo», alabando las condiciones de trabajo en los campamentos mineros y señalando que «[el] genio y el capital americano ha creado [...] esa riqueza que antes no existía, y es justo que el que crea una riqueza la goce»¹¹.

Salitre

El comercio del salitre fue el verdadero motor de la economía chilena durante el período parlamentario. El papel que jugó en la historia del país se prestaba a controversias en su época y sigue haciéndolo hasta hoy.

El salitre fue un regalo caído del cielo para la economía chilena y tales regalos muy fácilmente resultan mal administrados. La literatura sobre el tema suele estar llena de reproches para los intereses extranjeros que controlaron gran parte del negocio. En 1895, a las compañías británicas correspondía alrededor del 60% de todo el salitre exportado; en 1918, la participación chilena en la industria había aumentado al 60% de la producción. ¿Habría sido más apropiado para Chile un monopolio del salitre nacionalizado? El gobierno se negó a tomar este camino, en gran medida porque parecía más barato y eficiente permitir que los extranjeros asumieran la tarea de la producción. Un monopolio nacionalizado posiblemente habría dado más dinero a Chile, pero, dado que no había forma de evaluar cuán eficiente o exitoso habría sido, la pregunta parecía ociosa. En lo que se refiere a lo que sí se ganaba, se ha estimado que, en 1924, las salitreras habían generado alrededor de 6.900 millones de pesos oro, alrededor de un tercio de los cuales llegaron a las arcas del gobierno. Los impuestos parecen haber correspondido a alrededor del 50% de los costes de producción; un 25% más correspondía a los salarios. Una alta proporción de las ganancias del salitre permanecían así en Chile.

¿Por qué no usó el Estado ese regalo del cielo que constituían los impuestos para diversificar la economía y darle alternativas para cuando se acabara el auge del salitre? Tal política hubiera requerido que el Estado mantuviera los impuestos sobre la Renta, las Propiedades y las Donaciones. Sin embargo, dado que tales gravámenes recaían principalmente en los más acudados, el Congreso prefirió abolirlos en favor de gravar a los consumidores extranjeros del salitre. Además, la parálisis política del régimen parlamentario no favorecía la realización de innovaciones decisivas en la política económica o social. Concebir políticas alternativas no era difícil, pero resultaba casi imposible llevarlas a la práctica.

¹¹ *El Mercurio*, 7 de noviembre y 19 de diciembre de 1915.

⁹ L. E. Elliott, *Chile today and tomorrow*, Nueva York, 1922, págs. 228-230.

¹⁰ *El Sur*, Concepción, 22 de abril de 1920.

Mientras tanto, el crecimiento del comercio del salitre era espectacular. Incluso antes de que hubiera terminado la guerra del Pacífico, los chilenos y los extranjeros se dirigieron en gran número hacia Antofagasta y Tarapacá para excavar el salitre del poco generoso desierto. El primer paso consistía en llenar de dinamita los hoyos taladrados en la cubierta de la roca calcinada por el sol. Al detonar, los explosivos hacían saltar la capa superficial (la costra) y dejaban expuestos los yacimientos de salitre. Una vez arrancado del desierto, el mineral era cargado en carretas o autorrieles para ser transportado a las refineras, donde se usaba el proceso Shanks para extraer el salitre del caliche. El método de refinado demandaba mucha mano de obra. Cuando las chancadoras gigantes de la planta habían pulverizado el caliche sacado a mano, éste era vertido en depósitos donde el mineral pulverizado se mezclaba con agua y luego era calentado. El líquido caliente y rico en salitre fluía entonces a una serie de tanques donde el salitre era separado primero del líquido, luego concentrado y finalmente secado. En último lugar, los trabajadores cargaban el salitre en polvo en sacos de arpillera para embarcarlo rumbo a Europa a bordo de los graciosos *clipers* salitreros.

El trabajo en la pampa salitrera era arduo y peligroso: a menudo había que cargar sacos de más de 140 kg, los mineros tenían que abrirse camino constantemente entre explosivos, desechos que caían y carretas o autorrieles en movimiento. Las refineras no eran menos peligrosas. Al operar en plantas llenas de vapor o polvo, los trabajadores tenían que evitar caer en las enormes máquinas molidoras o en los depósitos llenos de líquidos hirvientes. La tasa de accidentes era predeciblemente alta. Dada la falta de servicios médicos, la mayoría de los accidentes resultaban fatales o dejaban a las personas inválidas.

Atraídos por la perspectiva de un trabajo bien remunerado, miles de hombres emigraron desde el Valle Central hacia las salitreras. Entre 1875 y 1907, la población del Norte Grande aumentó de 2.000 a 234.000 personas. Iquique se convirtió en la cuarta ciudad más grande de Chile; Antofagasta, en la séptima. Una nueva sociedad surgió en la pampa y en los florecientes puertos, una sociedad marcada por una profunda división de clases. Las elites comerciales de Iquique se construyeron hermosas casas y se dieron el gusto de gozar de una activa vida social. Los hombres que excavaban el caliche vivían en casuchas, construidas a menudo con trozos de desierto y techos de zinc, que ofrecían poca o ninguna protección contra las conocidas temperaturas extremas del Norte Grande. Sin agua corriente ni sistema de alcantarillas, los mineros y sus familias eran presa fácil de las epidemias o la tuberculosis, enfermedades siempre presentes. La gran masa de mineros del salitre tenía que satisfacer sus apetitos en las pulperías, almacenes pertenecientes a las compañías salitreras que solían vender productos de mala calidad a precios excesivos. Aislados en los campamentos y pagados con fichas, los mineros se veían obligados a tratar con ellos. Sin embargo, a pesar del trabajo peligroso y las condiciones de vida por lo general miserables, los hombres seguían llegando por miles al norte. Por muy sórdida que

fuera la vida en las salitreras, era menos letal que vivir en los conventillos, esas asquerosas y atestadas viviendas de Santiago, Valparaíso y Concepción.

Trabajar en las salitreras también estaba mejor remunerado. Prácticamente todos los trabajadores urbanos chilenos ganaban más que los trabajadores rurales, pero, según consta en un informe del gobierno de 1913, el minero del salitre ganaba en promedio salarios más altos que cualquier otro tipo de trabajador, incluidos los de las plantas metalúrgicas o los de los ferrocarriles del Estado —las elites de la fuerza laboral industrial en ciernes—. Los mineros mejor pagados recibían casa gratis (sea lo que sea que esto haya significado) y pagaban sustancialmente menos por sus alimentos que los trabajadores urbanos —incluso si compraban en las tan denunciadas pulperías—. A veces podían ahorrar lo suficiente como para comprar parcelas de tierra o pequeños negocios cuando emigraban de vuelta al Valle Central.

El salitre era una mercancía especulativa y la salud de la industria dependía de la fortuna económica de los principales clientes de Chile: Alemania, Estados Unidos, Francia y Bélgica. Dado que el salitre era esencial en la producción de explosivos, las condiciones políticas también podían afectar a su precio. De hecho, éste variaba erráticamente, cayendo, por ejemplo, de 52 dólares por tonelada en 1894 a 41 dólares en 1898, antes de alzarse a 76 dólares nueve años después. Durante las depresiones económicas, los productores formaron (por primera vez en 1884) las Combinaciones de Productores de Salitre temporales, carteles que limitaban la producción para mantener los precios. Una vez que esto se había logrado, las Combinaciones se disolvían.

En 1914, sin embargo, la industria del salitre parecía menos estable que antes. Tras años de pagar precios artificialmente altos, los consumidores europeos comenzaron a utilizar fertilizantes alternativos, tales como el sulfato de amonio. Una amenaza aún más grande surgió entonces: en 1913, la planta procesadora Haber-Bosch de Oppau (Ludwigshafen) en Alemania comenzó a producir, lanzando al mercado toneladas de salitre sintético —la peor de todas las pesadillas—. El estallido de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, impidió la expansión de este proceso y, por ende, resguardó temporalmente el monopolio del salitre chileno.

En un comienzo, el impacto de la guerra fue altamente destructivo. El bloqueo naval británico cerró los mercados tradicionales como Alemania y Bélgica, que antes de 1914 recibían más del 25% de las exportaciones de salitre chileno. Los poderes aliados aún necesitaban salitre para fabricar explosivos, pero no contaban con los barcos para transportarlo a Europa. Enormes cerros de salitre se apilaban en los puertos chilenos. Inevitablemente, la producción se contrajo: entre mediados de 1914 y comienzos de 1915, la producción mensual decayó en más del 66%. Muchas salitreras cerraron, produciendo un éxodo masivo de trabajadores desempleados. A mediados de 1915, la situación mejoró sustancialmente. Los poderes aliados enviaron nuevamente barcos a Chile y el propio